

EUROPA DESDE LA IDENTIDAD CRISTIANA

(Ensayo transcrito de los valores éticos cristianos)

Bernardo Villasanz

INTRODUCCIÓN

Siempre será relevante tratar el tema de la identidad cultural de Europa porque siempre estará tal identidad en constante revisión. No obstante se trata ahora de dar una definición que dé cierto sentido a lo que se está constituyendo como un patrimonio cultural común.

Se teme ser confesional por lo que la identidad cristiana europea, en el caso de que tal fuera, quiere expresarse más bien como un punto de referencia histórico meramente, sin ningún atisbo de pretender que la Unión Europea se convierta en una administración pública de tipo confesional.

Se pretende aludir al cristianismo sin mencionarlo expresamente aunque muchas son las voces que reclaman un reconocimiento expreso de que la identidad europea se encuentre íntimamente vinculada a los valores cristianos. En este sentido juristas europeos piden que la Constitución europea reconozca las raíces cristianas pues no se puede entender Europa sin el cristianismo.

Esta pugna parece querer decir que exista cierta percepción de un *horror vacui* pues el hecho de no mencionar tal realidad cristiana es como si se dijese que Europa no tuviese historia, que todo ha sido un sueño vacío, y que lo que ha existido es un vacío anímico.

Fundamento es lo que mantiene viva una identidad, lo que es capaz de inspirar e impulsar con coherencia el desarrollo de esa identidad a lo largo del tiempo. La fe cristiana se consolidó en Roma y desde allí se extendió a la península itálica, a Hispania y desde Hibernia (Irlanda) hasta Egipto. Esta fe cristiana se hizo cultura, una cultura asfixiada por el materialismo y el racionalismo y que no obstante fue el germen de la

identidad europea en su pureza originaria.

La realidad de la vida europea es una realidad radical y el ciudadano europeo debe enfrentarse a esta realidad para que no lo aniquile tratándolo como mera “masa” .

Ciertamente ha existido en Europa y en el mundo durante demasiado tiempo una lamentable “imposición de la creencia religiosa” que ha llevado a sostener que la creencia es contraria a la razón pues se le impone arbitrariamente y por tanto algo no voluntario.

La expresión “fe en Dios” ha sido en realidad un cajón de sastre donde cada cual sacaba vestidos hechos a su propia medida interesada y mediante la cual unos hombres oprimían a otros hombres.

La fe cristiana es una fe libre y por lo tanto cualquier tipo de imposición es contraria a sus principios.

La igualdad democrática y la justicia son ideas que provienen de la doctrina cristiana y que están en proceso permanente de realización pues una interpretación acertada de la doctrina cristiana en su auténtica expresión social está todavía por ver.

EUROPA Y SU CRISIS DE IDENTIDAD*

La historia de Europa como parte de la historia de la humanidad está ligada y condicionada a los sucesos que se relatan en la Biblia y esta es una terrible realidad de la que el mundo se ríe estúpidamente mientras sufre su acción mortífera hecha de oscuridad y sufrimientos.

Tanto el racionalismo como el materialismo han narcotizado la realidad con grave daño social y personal pues fue el comunismo ateo y la transformación de la sociedad mediante el proceso industrial en curso de la civilización de consumo el medio utilizado para volver materialista y atea a la humanidad. Y todo ello para alejar al hombre de Dios.

Parecería que la peregrinación terrena tuviese un fin en sí misma y se tratase de prolongar al máximo la vida con el máximo de bienestar material excluyendo todo lo referente al orden sobrenatural.

Se suele admitir que en el siglo XIX la idea de “progreso” se convirtió en un artículo de fe para la humanidad argumentando que la idea del universo que prevaleció en la Edad Media era incompatible con algunos postulados de la teoría del progreso.

* Ideas tomadas y basadas de: **MICHELINI, Ottavio.** *Confidencias de Jesús a un sacerdote.*
<http://personal2.iddo.es/jlto/Michellini.htm>.

Por ejemplo se alude que todo creyente medieval no estaba interesado por el tema de la mejora gradual de la sociedad o el aumento del saber y que la doctrina medieval entendía la historia, no como un desarrollo natural, sino como una serie de acontecimientos ordenados por intervención divina y las revelaciones.

Según la teoría del progreso la doctrina del pecado original se contemplaba como un obstáculo insuperable para la mejora moral del género humano mediante algún proceso gradual de desarrollo. Se concebía a la especie humana como mala y digna de castigo por lo que un avance moral de la humanidad hacia la perfección sería evidentemente imposible. Según esto la teoría medieval mantuvo la creencia en la degeneración según la “mitología hebraica” .

No obstante la doctrina cristiana lo que sostiene sobre la naturaleza humana no es que sea mala e incapaz de avance moral sino que reconoce una inclinación al mal que puede superar con la ayuda de Dios. Hoy, como hace dos mil años, el hombre tiene los mismos instintos brutales de su naturaleza herida, con las mismas manifestaciones de odio. Sólo el espíritu cristiano devuelve a la naturaleza humana, envilecida por el pecado, su primitiva dignidad. Así pues, la humanidad puede progresar o retroceder pero no puede cambiar sustancialmente. Estará siempre inclinada al mal pero con la capacidad de poder cambiar el viejo en nuevo yo.

Se equipara en la teoría del progreso la revelación con la mitología. Revelación es la aparición ante el conocimiento público de algo secreto o escondido y en las religiones reveladas la divinidad se comunica directamente a través de profetas o enviados. En cambio mitología es el conjunto de relatos fabulados propios de un pueblo o cultura determinados.

Desde la perspectiva cristiana lo que se suele llamar “progreso” es más bien “seudo-progreso” puesto que si bien puede hablarse de un cierto progreso material, en el terreno moral y espiritual lo que hay más bien es un impresionante retroceso.

Se ha mantenido la falsa idea de que la doctrina cristiana posee elementos antiprogresistas porque el progreso del que se habla es un progreso en aras del cual se profana la familia, se enseña la violencia, el crimen, el adulterio y para lo que se invoca el nombre de la libertad. Ciertamente si a esto se le llama “progreso” la enseñanza de tal progreso está en perfecto contraste con los principios de la doctrina cristiana.

No se puede pretender reconciliar lo irreconciliable, hacer lícito lo ilícito intentando

cambiar y reformar la esencia de los valores cristianos. Si hay que hablar de cambio o de reforma, el alma europea ha olvidado lo verdaderamente importante: renovarse a sí misma. Renovándose a sí misma puede proceder, con sabiduría, a una sensata actualización, a una útil reforma de acuerdo a las nuevas circunstancias sociales.

En cambio Europa parece haber seguido el camino aparentemente más cómodo abandonando a Dios y posponiéndolo a una civilización pagana del progreso con la que ha pactado, rebajándose a los más indignos compromisos.

Aquí sí que puede utilizarse el concepto de “mítico” aplicado al progreso pues destronado Dios del alma europea ha sustituido su puesto un mítico progreso social y una igualmente hipotética justicia social que jamás se podrá realizar, pues está claro que ningún progreso y mucho menos ninguna justicia social es realizable sin la verdadera libertad que nos lega la doctrina cristiana.

Hay que decir claramente que en este siglo impera una cultura materialista que no desperdicia medio ninguno para destruir los valores cristianos: sectas, partidos ateos, corrientes envenenadas de filosofías perversas y demolidoras de todos los más sublimes valores espirituales cristianos del alma europea.

Pues bien, este alma europea que se define desde el punto de vista cristiano como la vida consciente que tiene de sí misma Europa con sus sentimientos y deseos colectivos puede decirse muy bien que ha perdido el objeto de su referencia, su programa de vida vocacional contenido en su legado histórico cristiano.

El alma europea necesita una Iglesia renovada, una comunidad cristiana renovada en donde el Evangelio como ha sido revelado sea la fuente de una seria y sólida cultura.

*“La vieja Europa, que quiere convertirse en una familia de naciones, parece haberse secado. El continente está olvidando el mensaje que recibió desde los primeros siglos de la nueva era. Durante más de cincuenta años, en muchos países de la Europa central y oriental se impidió anunciar el Evangelio. Bajo regimenes ateos y dictatoriales, la luz de los tabernáculos se apagó. Las iglesias se convirtieron en monumentos de tiempos ya pasados. Con todo, hoy podemos constatar que esos regimenes han fracasado, mientras sigue manando las antiguas Fuentes, que mantienen toda su frescura: la sagrada Escritura, con su inagotable vena de verdad, los sacramentos de la Iglesia, en los que Cristo nos comunica el dinamismo de su presencia; la oración, mediante la cual el alma puede respirar el oxígeno regenerador de la gracia de Dios.” “Juan Pablo II. **Homilia de la Misa en Salzburgo**, viernes 19 de junio de 1998.” <http://198.62.75.1/maracaibo/Papa%20Austria.htm>*



Europa influenciada y sugestionada por la oleada antisocial del materialismo y el racionalismo debe tener el valor de mirar a la cara esta realidad que le hace perder el sentido de su existencia, abatida por la crisis de fe. Las imperantes costumbres paganas europeas ofuscan las más bellas realidades espirituales y divinas.

Los valores cristianos aportan a la identidad europea la paz en las conciencias, en las familias, entre los pueblos. La herencia cristiana es la que ha contribuido al desarrollo de la civilización europea en particular ayudando al florecimiento del arte verdadero, que no pervierte sino que ayuda al hombre en su ascenso hacia la conquista del bien, de lo verdadero y de lo bello.

El llanto por Europa no es debilidad sino el dolor al ver el terrible espectáculo de las llagas de una posible enfermedad que desemboque en la destrucción de una herencia cultural al negar su identidad cristiana. No es debilidad el llanto de un corazón cristiano herido mortalmente por la ruina del alma europea ante la posible insensibilidad de la grave crisis que sufre la identidad europea: ciudades y pueblos europeos sumergidos en un nauseabundo paganismo rechazan su identidad cristiana. Es ya tiempo de desembarazarse del pesadísimo fardo del materialismo, sea marxista o capitalista.

Europa parece dispuesta a rechazar a Dios y sus ciudadanos ya no tienen conciencia de la inmensa tragedia de la que son objeto y víctimas. Este rechazo de Dios de Europa constituye una catástrofe espantosa de gravedad gigantesca cuyas consecuencias negativas viene expresada en una Europa materialista y racionalista que parece amar las aguas podridas de la corrupción, de la sensualidad y de los placeres perdiendo hasta la noción del bien y del mal.

Lo primero que debe hacer Europa es aniquilar su propio yo (un yo materialista y racionalista), su propia voluntad para que pueda resurgir en ella un nuevo yo, una nueva identidad cristiana. Europa parece dormir cuando debiera vigilar ante la tremenda y gigantesca lucha, el combate inevitable entre el bien y el mal.

Por otra parte nadie tiene derecho a capitalizar el nombre de Dios por eso la crisis de fe europea es una señal de que no sólo se trata de la inclusión del nombre “cristiano” en tal o cual constitución sino la posible invocación inútil e insincera del nombre cristiano en un alma europea pagana. Es mejor la honestidad del no creyente que la hipocresía del falso creyente.

Demasiadas veces se ha invocado el nombre de Dios como premio o garantía de las maldades del hombre, así pues, que no se invoque el nombre de Dios para cumplir un delito contra el prójimo.

El alma europea si es realmente cristiana estará más allá de cualquier nacionalidad. Lo importante es que se es cristiano y esto anula la separación que pueda haber entre regiones, estados, naciones y razas.

Los ciudadanos europeos son los individuos que forman, uniéndose, una cosa múltiple, pero al mismo tiempo una cosa individual que se llama “Europa”. Cuando entre esos mismos ciudadanos hay unión en un propósito común de realizar ese sueño europeo cristiano, cada uno tratará de superar al otro en conseguir ese fin común y es seguro que se logrará.

Lo importante es que haya concordia entre los ciudadanos europeos para construir el bien en sus respectivas ciudades porque en la sociedad europea el bien de cada ciudad redundará en el bienestar de quienes la componen.

Se trata de reconstruir Europa dedicándola a la realización de los valores cristianos. Reconstruir Europa quiere decir reconstruir su alma y para ello los materiales que se habrán de utilizar para hacerla sólida, hermosa y duradera están en los valores cristianos.

Hay que ir a las raíces de los males. Nuestra vida no es integralmente cristiana sino en parte pagana e incluso del todo pagana. Hay que estar dispuestos a elaborar

un nuevo plan de vida interior, un nuevo modo de vivir la fe cristiana lejos de prejuicios pero con el ánimo de discernir para acallar los tumultos que se levantan en torno a nosotros.

Una Europa con una Iglesia cristiana purificada y regenerada del futuro siglo será un cuerpo granítico al que ninguno podrá romper, es más, ni tan siquiera hacerle un rasguño.

La identidad europea debe hacer un severo examen de conciencia sobre el trastorno tan descarado producido por el racionalismo materialista en el legado histórico cristiano, un legado europeo de orden moral y social con su correspondiente proyección internacional y mundial.

Actualmente hay una excesiva proliferación de teorías tanto filosóficas como teológicas y científicas que más que estar sedientas de verdad están sedientas de sí mismas.

LA COSMOVISIÓN CRISTIANA

Según la creencia cristiana la historia de la humanidad se basa en la lucha entre el Bien (Dios) y el mal (Satanás). La Revelación muestra cómo de entre los ángeles creados por Dios hubo rebeldes que encabezados por Lucifer combatieron contra los ángeles fieles dirigidos por el Arcángel San Miguel.

La misma historia de la Iglesia es la prolongación de esta lucha antagónica entre el bien y el mal, pues Satanás sabe bien que no puede enfrentarse a Dios directamente y a cambio lo combate indirectamente en sus criaturas.

La historia de la humanidad según el punto de vista cristiano tiene dos puntos focales: la creación del hombre que es engañado por Satanás y la Encarnación del Hijo de Dios hecho hombre en la figura de Jesús de Nazaret.

Así pues, para la creencia cristiana la auténtica historia del género humano es una historia en acción dialéctica, una lucha sin tregua entre el bien y el mal, entre la fe y el ateísmo. No hay zonas neutrales en esta guerra: o se está con Dios o se está con Satanás.

Hay una misteriosa correspondencia entre los hechos que acontecen en la realidad espiritual y los que suceden en la realidad física material. La batalla de Inteligencias, que se combatió en el Cielo en la presencia de Dios determinó para la eternidad el destino de los ángeles y de los hombres. El hombre sufre dicha acción.

Ignorar la realidad espiritual revelada pone al ser humano en franca desventaja. Negar dicha realidad sin más como pretende hacer el racionalismo y el materialismo

supone permanecer pasivos frente a la acción de un enemigo que trata de destruir a las almas.

Todas las batallas combatidas en el transcurso de los siglos parecen tener su origen en la efectuada por Satanás y San Miguel, siendo imposible tal conocimiento sin la Palabra Revelada. Creer o no creer la revelación es lo mismo que adoptar un punto de vista en el que se acepta o rechaza una cierta visión de las cosas que puede ser o no la correcta. Es una apuesta vital.

Rechazar que existe la realidad del infierno y autocomplacerse en un materialismo terrenal es tomar por felicidad algo caduco y reducir al ser humano a algo efímero.

En realidad, desde el mero sentido común como la forma específicamente humana de percibir el mundo y de entenderlo, se comprende que una criatura no puede ser nunca superior al Creador, por lo que cualquier pretensión en ese sentido está abocado al fracaso.

El árbol del conocimiento del bien y del mal evoca simbólicamente el límite de la criatura ante el Creador y la orden de abstenerse del fruto prohibido era la prueba que demostraría que el hombre y la mujer vincularían su voluntad a la de Dios. Una vez roto el lazo de unión por la desobediencia, tratan de ocultarse y avergonzados sienten la necesidad de cubrirse.

Puede decirse que el pecado original simboliza el fracaso de la naturaleza humana en la prueba del uso correcto de la libertad. No obstante, a la rebelión de la humanidad en Adán y Eva, Dios responde con justicia y misericordia. Justamente castiga el pecado y misericordiosamente (una vez obtenida la confesión) promete la Redención.

La naturaleza humana mortalmente herida resulta ahora presa fácil para Satanás que sucesivamente y a través de las diferentes generaciones es tentada a apartarse del bien. La desobediencia primera produjo un desorden en cadena y la batalla continúa: el ser humano debe reaccionar a las insidias del enemigo para contener el mal.





La cosmovisión cristiana contempla cuatro realidades:

1) la muerte; 2) el juicio; 3) el infierno y 4) el purgatorio.

1) La muerte es una realidad concreta de la que tenemos evidencia todos los días y de la que tendremos experiencia personal. No obstante, es curioso constatar que la actitud del ser humano ante la muerte parece ser más bien de incredulidad: se vive más o menos como si no se debiera morir.

En términos generales la gente prefiere estar ocupada en algún trabajo que reflexionar sobre la muerte, experiencia de la que ninguno puede escapar. La muerte para el cristiano es un tránsito, la momentánea separación del alma del cuerpo. No es el fin total.

2) El Juicio Universal es el epílogo de esta guerra que se entabla entre el bien y el mal. Será el día en que la Verdad triunfe sobre la Mentira.

El camino humano se inicia en el seno materno y termina en la muerte corporal. Según se ha usado de la libertad recibida, o sea, según la actitud moral ante la vida y los semejantes determinará el Juicio sin apelación y a partir del cual se iniciará una vida eterna feliz o infeliz. Jesús anunció en su mensaje el Juicio del último Día, según la conducta de cada uno.

3) El infierno hoy día es un concepto considerado como una especie de tabú de lo que es preferible no hablar. La revelación, no obstante, no deja lugar a dudas de la realidad del infierno, un estado de autoexclusión y rechazo de la comunión con Dios.

Jesús habla de la “gehenna” y también del “fuego que nunca se apaga” reservado a los que rechazan el mensaje de salvación. Las almas que rechazan a Jesucristo han decidido voluntaria y libremente seguir a Satanás. Para ellas la muerte del Hijo de

Dios ha sido inútil.

4) El purgatorio es la purificación final de los que mueren en gracia y amistad de Dios pero no han alcanzado el grado de santidad necesario para considerarse merecedores de la contemplación del rostro de Dios.

Así pues, desde el punto de vista cristiano el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal lo que confiere al mundo y su estructura una condición pecadora, es decir, una influencia negativa que ejercen las estructuras sociales.

El pecado de desobediencia original tiene como terrible consecuencia enturbiar las relaciones humanas: el hombre se convierte de hecho en enemigo del hombre.

En esta batalla espiritual se debe combatir continuamente para adherirse al bien con la ayuda de la gracia de Dios. La naturaleza humana no está totalmente corrompida sino inclinada al mal lo que le da la posibilidad de rectificación si bien no sin gran esfuerzo.

Éticamente la naturaleza humana había perdido la posesión del bien y se necesitaba una restitución. Perdido el sentido de lo moralmente bueno el Verbo se encarna en Jesucristo para dar a conocer el modelo de conducta a seguir.

Ante la actitud rebelde de los primeros padres Jesucristo ofrece dos voluntades (divina y humana) no opuestas sino cooperantes. Ciertamente la vida de Jesús, su nacimiento, su sufrimiento, su enseñanza tuvo como misterioso motivo la redención del género humano.

Su enseñanza subraya la importancia de la conversión y la necesidad de mostrar con obras que realmente se ha aceptado su mensaje. Jesús, según la revelación efectúa milagros y exorcismos, lo que da a la naturaleza humana una dignidad y poder sobrenaturales.

Según estos hechos revelados la naturaleza humana se diviniza participando de la fuerza y voluntad de Dios. Se vuelve a restablecer el estado original perdido cuando la armonía de Adán y Eva con la divinidad quedó destruida.

Un punto importante, que no puede pasarse por alto, es la necesidad de apoyo que pone la Justicia de Dios para restituir a las generaciones humanas el equilibrio: Patriarcas, Profetas, Virgen María. Sin este tipo de satisfacción previo nunca la Justicia habría permitido enviar al Verbo. Se trata de mantener el equilibrio del Ser Supremo para lo que se necesitan los actos suficientes de la criatura.

En la creencia cristiana Dios es espíritu purísimo y si asumió la Humanidad tomando la materia fue para enseñar la vía de espiritualización de dicha materia. La

Voluntad de Dios contiene todo el bien que puede existir por lo que el alma humana debe perder su propia forma para formar un solo ser con la voluntad divina y adquirir las virtudes que por sí misma sería incapaz de adquirir. El ser humano debe cooperar despojándose de sí mismo, de su yo egocéntrico, de sus pasiones desarrollando la actitud de la humildad.

Despojarse a sí mismo quiere decir encontrarse a sí mismo pues se libera de lo que no es: pasiones, inclinaciones, deseos que tienden al mal.

La voluntad humana tiene tendencia a hacer el mal por lo que se hace necesario unir dicha voluntad a la divina. Esto es vaciarse el alma humana de sí misma.

Esta actitud de buena intención en agradar al Bien Supremo como principio ético es lo que hace que las acciones que realizan santifiquen a la persona. Vaciarse del propio yo y asumir la identidad de Jesucristo es la verdadera humildad.

Es un deber de justicia que el ser humano ame y alabe al Creador, o sea, ame el Sumo Bien, pues así se encontrará el principio ético cuyo medio y fin es la santidad.

Se trata pues, de un cambio fundamental de actitud, cambiar la tendencia hacia el mal en bien. Conservar en sí mismo la obra redentora para hacer resurgir la obra santificadora.

Un pensamiento ético cristiano siempre está instalado en el amor, un solo deseo que proceda de un amor auténtico y sincero debe ser reprimido en sí mismo y convertirlo en ágape para poder expresarlo libremente.

Este autocontrol en procurar hacer el bien supone un sacrificio continuo de la propia voluntad lo que implica sufrimiento y resignación.

El esfuerzo cooperante en la voluntad divina si bien puede resultar mortificante tiene la virtud de hacer regresar al propio ser a sí mismo, por lo que la realidad presente se impone al pasado.

Según la creencia cristiana cuando el alma en cualquier situación difícil se siente turbada, no puede dejar de sentirse a sí misma y en consecuencia se produce la turbación y la infelicidad. El alma que permanece en la voluntad divina no se percibe a sí misma.

No obstante cualquier sufrimiento en la moral cristiana es apreciado pues ello significa que hay en el cambio de actitud positivo un esfuerzo de purificación.

Cuando una persona no sabe apreciar los sucesos adversos que le acontecen en su vida y solo se pregunta extrañadamente la causa de que le ocurran tales males, está demostrando su egoísmo que da alimento continuo a su amor propio.

La persona que ha unido su voluntad a la divina en todo está contenta, todo lo acepta: la muerte, la vida, la cruz, la pobreza y cualquier contratiempo. Se siente reina de la situación.

En realidad se trata de intentar vivir una vida desapegada, exenta de interés personal en la que todo se realiza para el bien de los demás.

Además dado que para el creyente cristiano hay una estrecha relación entre lo que hace en la Tierra y lo que recibirá en el Cielo se esforzará en realizar actos moralmente buenos. Esta actitud cristiana no muestra ninguna señal que la distinga de los demás, su único distintivo es su perfecta virtud, en la que casi nadie pone atención. Esto, por otra parte, tiene la ventaja de la protección, pues los ladrones de la propia estima, del amor propio no repararan en ella.

En las cosas aparentemente grandes siempre suele haber mucho de humano, en cambio, en las pequeñas es donde se revela la verdadera identidad espiritual de la actitud humana.

Por otra parte en el carácter cristiano no hay lugar para la tristeza, la alegría en la confianza de las promesas reveladas caracteriza la actitud cristiana ante la vida.

El mensaje de Jesús de Nazaret está en su Pasión claramente sintetizada. Es un obrar comunicativo, siempre en acto sin jamás detenerse. La Pasión continúa a través del tiempo renovándose pues la vida en la tierra es una peregrinación donde el dolor es su herencia y la cruz el alimento de los fuertes.

Jesús sufre la injusticia humana y actúa como un espejo haciendo que la humanidad se mire en él pues la mala actitud moral del hombre es la que se refleja en su Pasión.

Junto a esta mala actitud está su máscara: el mal disfrazado del bien, la mentira disfrazada de verdad, o sea, la hipocresía. Mientras se finge honrar a Dios en realidad el ser humano se honra a sí mismo. Aquí se sigue rechazando la voluntad divina a cambio del interés propio.

La transformación del “viejo yo” al “nuevo yo” supone un cambio de actitud que eleva el espíritu a un nivel en el que debe aceptar tanto los atributos de la divinidad como los actos de justicia cuando se producen infracciones.

Toda infracción moral debe ser reparada mediante la justicia necesitándose una fuerza superior divina para sostener tales penas. La justicia defiende los derechos ultrajados por la culpa reclamando al ser humano su arrepentimiento para que la justicia pueda retirarse. El ser humano que no admite su error, necesita ser purificado para que se pueda realizar su eventual transformación.



CRÍTICA SOCIAL DESDE LA ÉTICA CRISTIANA: DE LA COSMOVISIÓN A LA ACTITUD MORAL.

Nuestra sociedad actual se caracteriza por su politeísmo y por el abandono de la creencia en un sólo Dios. Esta sociedad humana admite la existencia de varios dioses entre los que se encuentran: la razón, el individualismo, el dinero y el poder.

La ética social dominante está basada en una moral humana racionalista que, ignorando los mandamientos revelados, redacta sus propias leyes y prefiere llamarse atea.

Los individuos que forman la sociedad actual llevados por la vanidad se consideran iguales a Dios pasando del racionalismo a la apostasía.

Igual que el racionalismo falso de la serpiente hizo confundir a la mujer y al hombre haciéndoles comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, la sociedad actual ha seguido los consejos de esa misma serpiente primitiva aceptando el Racionalismo, el Liberalismo y El Naturalismo.

La sociedad actual intenta cortar el cordón umbilical de la ética cristiana pensando que así hallará su libertad, pero de hecho está moribunda. Continuamente pone a prueba a Dios sin observar sus mandamientos revelados, su ley que se resume en un único mandato: AMAR.

Esta era es culpable de graves blasfemias precisamente por no guardar tales preceptos y se ha rebelado abiertamente contra Dios. Incluso entre los que predicán el Evangelio pocos verdaderamente parecen trabajar por el Reino de Dios y los hay que incluso fingiendo hacerlo enseñan una imagen



falsa de Cristo, una imitación sin valor.

Si a nivel social las personas han renunciado a la fe cristiana apostatando, a nivel institucional y eclesiástico los que alardean del conocimiento bíblico y están dispuestos a adularse mutuamente se niegan en realidad a reconocer los mensajes proféticos actuales tomando el nombre de Dios en vano.

Debido a la permisividad que se ha infiltrado en la Iglesia el objetivo de tal actitud es destruir las raíces de la santidad y la justicia.

La santificación del domingo se ha invertido con su profanación y su impureza mancillándolo con sucias diversiones y prácticas que olvidan el agradecimiento debido a Dios por la Creación.

Ideas estúpidas y perversas han llevado a los hijos por mal camino, llenando sus mentes con un espíritu de pereza pues son numerosos los padres que no han dado a sus hijos esa fuente de la palabra revelada.

Reflejar la imagen de Dios es honrar a sus padres como si estuviera obedeciendo y honrando a Dios. Por lo tanto la rebeldía de los hijos contra los padres es una consecuencia de la rebeldía de los padres contra Dios.

Las virtudes de la bondad, paciencia y tolerancia brillan por su ausencia pues las mentes de esta generación están vacías. La juventud ha cambiando la idea de Dios por la idea de un filósofo, burlándose de los preceptos morales.

La sociedad actual, por otra parte, amontona crímenes de niños no nacidos y el aborto se ha erigido como holocausto a Satán. Sin el más mínimo remordimiento se mata impunemente a los que no pueden defenderse. Esta sociedad está embarazada de iniquidad y concibe terrorismo y desgracia. Cosecha lo que ha sembrado: odio.

Están también los que predicán contra el asesinato pero matan el Espíritu Santo no reconociendo los mensajes proféticos actuales y rechazándolos.

En la sociedad contemporánea el adulterio está tan enraizado en la costumbre que ha perdido su significado pecaminoso. Adulterar es normal por lo que no es de extrañar que Dios sea blasfemado por los ateos. Que el cuerpo es templo del Espíritu Santo es algo absolutamente olvidado pues no se honra el matrimonio ni se guarda santo.

Esta sociedad apóstata se ha dejado comprar por la mentira permitiendo el robo de sí misma y proclamando que hace cosas grandes, buenas y honestas obedeciendo a una ética humana racionalista cuyas leyes están en realidad basadas en la violencia.

Hoy día se simulan las Escrituras enseñando un falso Cristo bajo un falso ecumenismo con la máscara del Racionalismo. Muchos sabios en esta sociedad predicán amor,

perdón, humildad, tolerancia e incluso santidad, no obstante muchos de ellos están dispuestos a matar porque no consiguen lo que desean: los bienes ajenos y la mujer del prójimo, el talento, la belleza y la inteligencia de los demás. Se ignora así la felicidad del prójimo para disgustarlo en vez de participar de dicha alegría.

Los miembros de la sociedad moderna amparados en el liberalismo y en la ética del racionalismo cuando titubean entre el bien y el mal encubren la Verdad con mentiras consensuadas legal y democráticamente que en vez de buscar el bien común, persiguen fines partidistas.

La actual sociedad rebelde sustituye los valores de la virtud cristiana por vicios y de la misma boca de esta sociedad salen bendiciones falsas y maldiciones verdaderas. Ha hecho de la palabra revelada una teoría racional sujeta a crítica humana, una teoría de tipo filosófico sometida a la sabiduría de este mundo.

La sociedad del modernismo se ha divinizado a sí misma considerándose igual a Dios y con su bullicioso comercio lleno de violencia y pecado ha idolatrado el dinero.

Así pues, resumiendo, la sociedad moderna contemporánea desde un punto de vista ético social cristiano se caracteriza por el incumplimiento total de los diez mandamientos del decálogo pues no ama a Dios, toma su nombre en vano, no santifica las fiestas, no honra a la familia, mata, comete actos impuros, roba, dice mentiras, consiente pensamientos y deseos impuros, y por fin codicia los bienes ajenos.

Para la ética cristiana el hombre recto es el que hace lo que es justo y la justicia es cumplir la Ley de Dios: no participar en los banquetes que se celebran para honrar a los ídolos (dinero, placer, orgullo), no comete adulterio, no oprime al débil y al extranjero, no roba sino que al contrario comparte su pan con el hambriento y da ropa al desnudo, no presta dinero con usura y es justo en los juicios.

Nadie morirá por los pecados de otra persona (padre, esposa, hijo) sino que cada uno será juzgado de acuerdo a sus acciones. De tal manera que si el malvado se aparta de todos los pecados que cometía y hace lo que es recto, ciertamente vivirá.

LA IDENTIDAD CRISTIANA EUROPEA COMO OBJETO DE INVESTIGACIÓN

La dinámica de las culturas y de la historia hace que nos encontremos con determinados estilos de vida que son nuevos y que hacen que se pueda hablar con razón de una nueva época de la historia humana.

En un momento actual de globalización neoliberal con una universalización de vida

funcional, en la que un tipo de racionalidad funcional monopoliza la estructura cognitiva en el sistema simbólico compartido, se hace urgente aclarar los desafíos de la época neoliberal a la identidad cristiana, las repercusiones sobre las actitudes religiosas, la reconfiguración de creencias que la fe cristiana como estilo de vida vive en esta situación sociocultural e histórica.

Dentro del actual contexto lo numinoso se transfiere del campo propiamente religioso a otros universos culturales por lo que el papel de la religión tanto funcional como disfuncional en la interacción social debe ser dilucidado en su verdadera dimensión.

La necesidad de abordar el fenómeno religioso teniendo en cuenta los aportes de



las ciencias de la religión ayudaría a explicar las claves de ciertos comportamientos sociales.

LA IDENTIDAD CRISTIANA EN EL PROYECTO DE EUROPA es un tema objeto de investigación que abarca aspectos cruciales en este nuevo milenio. Comprender el hecho religioso cristiano en su nueva actitud ecuménica, su realidad determinante y sobre todo su actitud como experiencia de lo numinoso.

En Europa dominó en el siglo XIX la visión del mundo de la Ilustración, un racionalismo-humanista poco amigo de la religión que desde Auguste Comte hasta Max Weber supuso que el cristianismo desaparecería por la secularización en todos los ámbitos de la vida.

Liberales y socialistas compartían esa ideología racionalista ilustrada que miraba no sólo con indiferencia sino con clara hostilidad a cualquier tipo de cristianismo.

Secularización no sólo es una secularidad vivida desde la fe cristiana sino secularismo ideológico que desprecia la religión tradicional como enajenación del hombre. Estamos en realidad refiriéndonos al fenómeno más concreto de la apostasía que es la acción de renunciar formalmente a la calidad de cristiano.

No obstante esto no puede hablarse de una desaparición de la religión y los pronósticos en este sentido claramente se equivocaron en este punto. De hecho la religión sigue presente a pesar de la secularización generalizada y de la apostasía velada.

Estamos ante el fenómeno de la “individualización de la religión” que frente a instituciones religiosas caducas le permite una relación con lo numinoso mucho más autodirigida y que puede desembocar en cierta autoestima excesiva al entrar en conflicto con los valores auténticos cristianos.

Paralelamente está también el fenómeno de la “pluralización de la religión” que si bien abre nuevas perspectivas espirituales por otro lado puede desembocar en un intento de construir cada uno su propia religión privada orientada más bien a sus necesidades que a las necesidades de la colectividad.

No solamente los políticos, diplomáticos y juristas deben negociar sino también dialogar. Cada vez más la paz exige un diálogo entre las religiones lo que implica un estudio de las bases en las religiones. Los occidentales se beneficiarán del conocimiento de otras tradiciones religioso-culturales y al mismo tiempo esto permitirá renovar el propio paradigma cristiano al comprender mejor la actitud escéptica de muchos asiáticos frente al sistema de valores occidentales. Desde luego de lo que se trata con el diálogo

es no juzgar ligeramente a otros sistemas religiosos sino estar en condiciones de discernir mejor para evitar el vacío de orientación que parece ser el problema social.

En esta futura línea de investigación propuesta se trata de dilucidar, de discernir las actitudes religiosas que se dan en los diferentes niveles de la existencia humana: nivel racional (doctrinas religiosas), nivel de la acción (culto y servicios), nivel del sentimiento (fiestas y manifestaciones artísticas) y nivel comunitario (organizaciones sociales).

Entre los desafíos del presente está esencialmente el relacionado con la identidad cristiana: un cristianismo policéntrico en un mundo policéntrico (Africa, Asia, América Latina, Norteamérica); el proceso de la búsqueda de la identidad cristiana en el renacimiento de la ortodoxia oriental, la renovación de la Iglesia católica, la reforma de la Reforma y el Tercer Mundo.

Los escritos sociológicos van confirmando que el cristianismo se está enfrentando a nuevos desafíos tanto exteriores (fundamentalismo islámico) como interiores (privatización de la fe y el fenómeno de las sectas). Junto a esto también destacaría el fenómeno profético y su relación con la la identidad cristiana en la civilización moderna.

El modernismo como costumbre nueva que rompe con el sistema tradicional es una consecuencia del cambio producido en el Renacimiento y se caracteriza por la secularización del conocimiento y la aparición de la ciencia empírica. Esto ha llevado a una gran proliferación de humanismos: humanismo socialista, humanismo nuevo, humanismo existencialista, humanismo científico, humanismo cristiano y otros muchos.

También es el auge del individualismo, la búsqueda de la genuina identidad personal, el volver a encontrarse uno mismo como una especie de reclamo del hombre-creador, artificialmente individualizado por la nueva tecnología.

Lo cierto es que una crítica a la modernidad admite que la excesiva confianza puesta en la razón falló puesto que sigue habiendo guerras, hambre, injusticias y no se han cumplido las promesas del bienestar.

En esta etapa histórica donde el valor predominante es el racionalismo vemos que surgen actitudes religiosas frente a fenómenos sobrenaturales (apariciones, profecías, sanaciones...).

No resulta difícil comprender el rechazo de la civilización moderna basada en tal racionalismo ante estos fenómenos en general y el fenómeno profético en particular que exige un tipo de percepción de la realidad más simbólica e intuitiva.

Se hace necesario discernir y aclarar el actual fenómeno profético en el contexto

cultural cristiano como fórmula espontánea surgida de la relación vivida que es expresión de la actitud religiosa en el nivel racional. Frente a este fenómeno surge también la necesidad de expresar la recta fe del grupo religioso institucional y el hecho de delimitarla en relación con expresiones deformadas de la misma (doctrina religiosa como dogma).

Ante el nuevo paradigma emergente de nuestra era post-industrial caracterizado por una fascinación científica amenazante que no parece reconocer fronteras ni responsabilidad alguna, de una macrotecnología y tecnocracia que domina más que servir, de una industria deterioradora del sistema ecológico y de unos sistemas políticos formales incapaces de asegurar la justicia social, las actitudes sociales ante esta nueva metamorfosis de cambio social caracterizada por la “descristianización” o “desacralización” son de auténtica desorientación y confusión.

Una civilización europea portadora de valores cristianos como auténtico legado cultural en la base de todo su entramado sociohistórico se muestra incapaz de conservar una racionalidad coherente y un lenguaje apropiado para no ser víctima de lo que ella misma ha producido: el progreso.

Se observa o bien un atrincheramiento en los propios valores en la búsqueda de una identidad cada vez más confusa y perdida, o un tipo de negociación cultural que suele desembocar en la disolución de la propia identidad.

Así pues, el problema crucial de nuestro tiempo exige el redescubrimiento de los rasgos esenciales de la identidad cristiana que permitan afrontar el estado de nuestra era tal como se encuentra en la actualidad por muy doloroso que sea el diagnóstico. Dicho de una manera más general y sencilla aclarar la diferencia entre la cultura ideal cristiana europea y su cultura real.

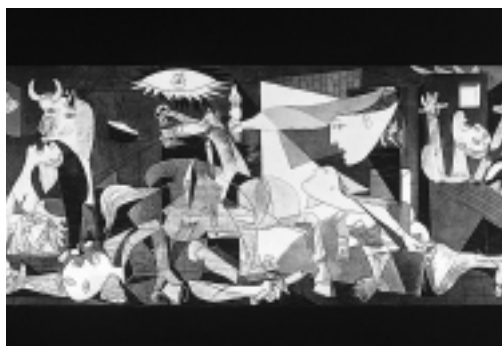
Si pensamos en la dificultad que entraña que desde una misma confesionalidad se viva en auténtica armonía, entendiéndola por armonía el pensar y sentir de la misma manera entre los miembros de la misma comunidad (por ejemplo cristianos: católicos, protestantes, ortodoxos), se percibirá el pensamiento en un principio utópico aunque deseable de plantear un proyecto de una ética mundial.

Hay que tener en cuenta que en el aspecto religioso que nos ocupa el globalismo intenta lanzar la iniciativa de la unidad de las religiones apuntando un proyecto de creación de una nueva religión mundial única, lo que implicaría que las religiones se considerarían en un status de igualdad y la posible prohibición de hacer proselitismo.

La dignidad de la persona es una unidad de cuerpo y alma y ya sea viva en una

cultura oriental u occidental no se agota en esa misma cultura pues los valores siempre están sujetos a cambios y el ser humano trasciende esos valores.

Así pues, si bien es un hecho que existe un conjunto de conocimientos e incluso de normas morales fundamentales que podemos reconocer como formando parte de un patrimonio espiritual común (filosofía implícita, filosofía perenne) no hay que confundir esa legítima pluralidad de posiciones y puntos de vista como un pluralismo indiferenciado en donde todo tiene el mismo valor:



*“La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en un convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Este es uno de los síntomas más difundidos de la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual. No se substraen a esta prevención ni siquiera algunas concepciones de vida provenientes de Oriente; en ellas, en efecto, se niega a la verdad su carácter exclusivo, partiendo del presupuesto de que se manifiesta de igual manera en diversas doctrinas incluso contradictorias entre sí.” (Juan Pablo II. **Fides et ratio**. website)*

Nosotros planteamos aquí en su aspecto teórico una posible analogía que denominamos “razón intuitiva” pues vemos un paralelismo entre la intuición considerada como divinidad (lo numinoso) por una parte y la razón como humanidad (lo profano) por otra.

En el racionalismo la intuición le mostraría a la razón el camino hacia la razón intuitiva y la razón al tomar conciencia de su trasgresión, de su rebeldía libremente asumida tendría la posibilidad de comenzar la peregrinación hacia su verdadera identidad que es una identidad cristiana.

Hay que decir que desde el punto de vista de la doctrina cristiana la encarnación de Dios en Jesús fue para todo el género humano, así pues, no se puede considerar

a los gentiles como estiércol sino tratarlos con dulzura que no rechaza, limitándose a ser inquebrantable sólo en el dogma cristiano.

Es por esto que en el espíritu cristiano no puede existir ningún tipo de ánimo persecutorio contra los paganos o contra los propios que se autodenominan cristianos pero que en realidad sus comportamientos expresan lo contrario. Lo que hay que hacer es convencer y el convencimiento se obtiene con una firme dulzura sin necesidad de imponer nada por la fuerza.

Se debe ser condescendientes para con otras formas materiales de vida que no menoscaban el espíritu y son distintas a la cristiana. No se puede pretender que los gentiles cambien de repente sus costumbres.

CONCLUSIÓN

En la Casa europea la familia como germen de la familia universal debe ser el principio y la parte mínima de las ciudades pues la paz doméstica se ordena a la paz ciudadana.

La ordenada armonía de los que conviven juntos en la familia debe tomar de las leyes de su ciudad aquellos preceptos que gobernarán su casa en paz.

Europa para el cristiano es una realidad temporal pero éste no dudará en obedecer las leyes de esta ciudad terrena, promulgadas para la buena administración y el mantenimiento de esta vida transitoria que es patrimonio común con la ciudad celeste ideal.

Según la creencia cristiana toda ciudad terrena forma parte de una sociedad espiritual universal que durante el tiempo de su destierro en este mundo, convoca a los ciudadanos de todas las razas y lenguas, de diferentes costumbres o leyes para mantener la paz terrena. Sólo pone una condición: que no se obstaculice a la religión cristiana por la que debe ser honrado el único y supremo Dios verdadero.

Esta Casa europea aunque transitoria tiene aquí abajo un cierto bien no exento de penurias (litigios, guerras y luchas) y es que busca cierta paz terrena aunque paradójicamente desee alcanzarla incluso con la guerra.

Luchan entre sí—nos dice S. Agustín en La Ciudad de Dios—los malos y lo mismo hacen los buenos y malos. En cambio, si los buenos fuesen perfectos no es posible que luchen entre sí.

La Casa europea como nos dice Juan Pablo II, cuenta con la imagen del hombre que el cristianismo infundió en la antigua cultura del continente y por consiguiente, el concepto del hombre creado a imagen y semejanza de Dios que representa la clave

de la dignidad de la persona en la cultura europea.

Cuando la voluntad del alma europea abandona su identidad cristiana (lo superior) y se vuelve hacia el racionalismo, el materialismo y el ateísmo (lo inferior), entonces se corrompe y se hace inmoral. Es inútil entonces atribuir a lo inferior la causa de lo que ha originado tal decadencia pues sería una libre decisión de la voluntad de tal alma.

Unidad de Europa desde la identidad cristiana quiere decir unidad de ciudadanos europeos pertenecientes a una única Iglesia cristiana con sus diversos géneros y maneras diferentes de vivir y expresar dicha fe.

Un símbolo de la unidad europea es el Camino de Santiago ruta que ha sido y seguirá siendo surcada por millones de peregrinos desde tiempos inmemoriales desde los últimos rincones del Mundo.

La peregrinación como acto parte de una actitud religiosa que gira en torno a un “Centro del Mundo” en donde los peregrinos acuden para reafirmar su fe en la búsqueda de su auténtica identidad. Es indudable que los tres Centros religiosos por excelencia cristianos de la Europa cristiana medieval eran las peregrinaciones de los romeros que visitaban Roma, la de los palmeros a Tierra Santa y la de los peregrinos en ruta hacia Santiago de Compostela.



VALORES ÉTICOS CRISTIANOS*

La pureza tiene un gran valor en el cristianismo. La actitud cristiana es la de la persona que aunque vive en un mundo corrompido no quiere lesionar su candor ni siquiera con un pensamiento pecaminoso. Se conoce el pecado para expiarlo y para apiadarse de los pecadores rogando por su redención.

La Sabiduría está ligada a la pureza del corazón que se manifiesta mejor en el corazón de los niños (“Dejad que los niños vengan a mí, porque el Reino de los Cielos es de ellos, y quien no se haga como ellos no tendrán parte en mi Reino”).

La actitud justa es siempre sabia. Se busca en la compañera no tanto belleza y riqueza cuanto virtud: la sabiduría de Dios contenida dentro del corazón de la mujer justa. En la rectitud se halla la alegría de las familias. Los hijos son la gloria de la mujer casada, justificación del vínculo matrimonial.

Incluso en la vejez para el marido la mujer sigue siendo la esposa de su juventud, su alegría, cuyas caricias tienen siempre el fresco encanto de la primera noche nupcial. En las aflicciones, preocupaciones y fatigas recíprocamente se dicen palabras de consuelo.

Entre los esposos cristianos es importante la castidad, ya que no es necesario ser vírgenes para ser castos. Los hijos buenos provienen de padres castos que hacen de dicha virtud norma para su vida. Ahora se suele no desear hijos pero no se desea tampoco la castidad.

Según la manera de razonar humana se suele decir que el hombre progresa y camina hacia el “superhombre” , pero desde el punto de vista cristiano hacia lo que se va es hacia el “super-demonio” .

El único medio para ir hacia el “superhombre” sería dejar a Dios la administración de la vida, del conocimiento, del bien para poder engendrar en una continua evolución hacia lo perfecto hombres en el cuerpo y en el espíritu: hijos de la Inteligencia y triunfadores contra Satanás y el mal.

El prototipo de mujer ideal cristiano es María. La creación del hombre se justifica para tener a la Virgen santa e inmaculada como corredentora del género humano. La vida es digna de vivirse a pesar de ser tan severa a causa de la maldad humana para conocer y admirar

* Ideas tomadas y adaptadas de María Valtorta “El Evangelio como me ha sido revelado” Volúmenes: 1,2,3,4 y 5. Italia, Centro Editorial Valtortiano srl, 2002.

la belleza infinita que Dios ha sembrado en el universo.

Todo lo existente (cielo, agua, animales, minerales...) fue creado para que los gozara el hijo de Dios: el hombre. Dios se basta a sí mismo y no necesitaba nada de ello por lo que todo lo hizo para la criatura. Solamente por ver la obra de la Creación ya merece la pena de vivir y manifestarle reconocimiento a Dios. El hecho solamente de vivir produce una actitud cristiana de agradecimiento.

La razón es un don de Dios que más nos asemeja a su Espíritu inteligente. Razón e inteligencia fueron gracias otorgadas al hombre y estaban vivas cuando la gracia moraba intacta y operante antes de la caída. A medida que el ser humano viene a menos en la honestidad la inteligencia decae y empieza a ofrecer lagunas por falta de cumplimiento del deber.

Mostrar un inteligencia superior y al mismo tiempo mantenerse en los límites convenientes para no despertar la atención satánica es señal de sabiduría.

Para la actitud cristiana la confianza en Dios lo es todo. La perfección de la confianza pasa de la de una pobre criatura, siempre una nada, a la de la posesión de una confianza divina en la que se es uno con Dios. No para gloria personal sino para amarle en una unión total.

El creyente cristiano confía a Dios la tutela de su buen nombre y de los intereses afectivos. Se pone atención en la costumbre constante de reservar siempre el primer puesto a la oración. Ni el cansancio ni la prisa ni los pesares ni las ocupaciones pueden impedir la oración; antes al contrario, favorecerla.

Un valor fundamental cristiano es el de la caridad hacia el prójimo (dar siempre prioridad a las necesidades de nuestro prójimo) incluso en las cosas lícitas. Si nos damos prioridad a nosotros mismos más que a los demás, ya no somos caritativos somos egoístas.

La conciencia cristiana no busca el provecho personal sino que siempre busca el honor y gloria de Dios con una intención recta. Es una conciencia sensibilísima, afinada por una atención constante y una aguda introspección que refleja los hechos cotidianos. Sentir en sí misma que no hay nada contrario a Dios.

Para el cristiano uno de los valores esenciales es la humildad pues en la medida que uno es más humilde es más grande (“es humilde porque es realmente grande”).

El que es santo es siempre sumiso y humilde. No importa posponer la propia labor y trabajar para otro sin dejarse llevar del miedo a la falta de tiempo pues la confianza en Dios

dice que Él proveerá las necesidades. El egoísmo retarda mientras que la caridad acelera.

La amargura en la vida siempre se mezcla con la dulzura pero para el cristiano el sufrimiento y el dolor son experiencias que consolida a los débiles y un medio de santificación. Es algo valioso porque es don de Dios. Es en el sufrimiento donde se conquista la paz y toda gracia. Sufrir humillaciones sin defenderse. María conoció la tristeza y el dolor de los frutos de la culpa pero quedó exenta de engendrar con dolor.



La actitud cristiana frente a la duda debe ser de reacción ante el peligro pues la duda es letal para el espíritu como elemento agente de la enfermedad mortal de la “desesperación” .

Como ser humano el cristiano debe elevarse hacia la perfección con todo el peso gravoso de la humanidad a costa del esfuerzo continuo de todas sus facultades. Para que se manifieste la verdad el espíritu no debe estar ausente ni soñoliento. Es necesario intuir la verdad para lo cual se necesita un espíritu vivo, de “buena voluntad” más que de mérito suficiente.

En una casa cristiana no hay nerviosismos, caras largas o sombrías, como tampoco hay el echarse en cara recíprocamente nada. La preocupación de uno no es el propio bienestar, sino la del cónyuge. Se valora la frugalidad y se come para vivir, no para gozo de la gula. También se tiene amor por el trabajo porque trabajando, el hombre obedece el mandato de Dios y se libera del vicio.

En una casa cristiana se respeta el orden: sobrenatural, moral y material pues se adora a Dios, se respeta al cabeza de familia y se recibe con gratitud la casa y el vestido. El cabeza de familia cristiano tiene una clara e indiscutible autoridad familiar ante la que se plega la esposa y se sujeta el hijo. Todo lo que decide, bien hecho está; sin discusiones, sin obstinaciones,

sin resistencia alguna. Jamás abusa de su poder ni dictamina cosa alguna contra todo canon por el hecho de ser el jefe.

La esposa asume el rol de dulce consejera y pedagógicamente se inculca al hijo a realizar trabajos que sean útiles a la mamá inculcando el debido respeto y haciendo amar el trabajo como medio para realizar algo grato a los padres.

El progreso no puede demoler la verdad de la familia sin provocar un desastre. La autonomía de los miembros de la familia en donde cada uno ignora al otro quebranta las formas más santa de la vida social. Nadie tiene más deber y derecho que un padre y una madre de formar la mente, el corazón y el espíritu de los hijos.

El trabajador que labora en cualquier actividad debe trabajar sin pausas pero con sosiego. No haber en él ningún movimiento desordenado o impaciente y trabajar con continuidad y precisión. También es importante no perder la paciencia por nada. El trabajo es un medio de cumplir la voluntad divina.

La gloria del creyente cristiano no es de la tierra sino del Cielo y se conquista con virtud y sacrificio. Todo aspirante a seguir a Cristo necesita primero sopesarse a sí mismo antes de presumir y alardear de su propia capacidad. Es preferible tener temor que presunción pues la presunción es negativa pero el temor, si viene de la humildad, viene a ser una ayuda.

El impulso que mueve a una persona puede ser igual al impulso de otra en apariencia, no obstante, ambas pueden diferir en el fin, pues el fin que impulsa a uno puede tener motivación de gloria humana en cuyo caso será más imperfecto que el que no lo tiene. La esperanza del creyente cristiano es la de ser perfecto permaneciendo en la voluntad de amor divina: a mayor perfección mayor anonadarse.

El creyente cristiano no aspira a llevar a cabo obras de hombre sino que desea llevar a cabo obras del espíritu. Debe matar para ello al hombre y hacer que vuelva a nacer. Comprender lo verdadero que viene del espíritu de los hechos humanos.

La actitud cristiana está, no obstante, destinada a defraudar a muchos que quisieran imponerse o disputar algún poder a los poderosos. El objetivo no es triunfar política, económica o socialmente, sino cumplir la voluntad de Dios.

Cuando suceda que una persona haya actuado mal no se la debe insultar pues cada uno tiene su pecado; más bien debemos sentir dolor viendo que uno haya faltado a la ley.

Según la manera de pensar humana ciertos delitos no deben perdonarse sin embargo,

desde el punto de vista cristiano cualquier culpable del máximo delito si corriera a los pies de Dios suplicando que le perdonase ofreciéndose a la expiación sin desesperación, Dios le daría el modo de expiar para merecerse el perdón y salvar el espíritu.

Además no podemos juzgar ligeramente las conductas de las personas sin conocer todo: intención, fin, circunstancias... Cuando uno juzga equivocadamente (en realidad es un error) pero considerándolo juicio imperfecto al suponer que no hay malicia es que no se es capaz de discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo.

No hace falta ser poderoso o tener una alta posición para ser honrado y justo pues lo digno y lo indigno están en todas las clases sociales. Incluso puede decirse que lo indigno se halla frecuentemente en las clases altas.

¿Son respetados los hombres poderosos que a la vista de todos cometen injusticias? No. Lo que sucede es que los ciudadanos los soportan al mismo tiempo que los maldicen. No se trata de despreciar a los poderosos pues el cristiano irá tanto a los pobres como a los ricos, dando siempre preferencia a lo humilde.

Por otra parte no podemos disminuir a Dios hasta el punto de hacer de Él sólo un poderoso de las cosas materiales terrenas. Deseamos seguir a Cristo porque queremos ser como Él quiere, no como nosotros o el mundo quiere.

Cuando una persona odia y desea el mal es mejor dejarle en su odio pues Dios no entra donde hay rencor.

El alma es lo que hace del hombre un dios y no un animal. El vicio y el pecado la matan. Todo ser humano tiene un alma que lo distingue del animal y es lo que hace al hombre ser hombre.

El ser humano sólo será algo cuando reconozca que es necesario la purificación de su corazón para que Dios pueda hacer su morada.

La actitud cristiana se basa en la honestidad y sinceridad. No se puede mentir para atraerse la simpatía de los poderosos. Mentir supone renegar de la alegría y matar la esperanza.

Hay que actuar insistiendo en los principios en los que se cree. Ir hacia adelante, sin cansancios pues el cansancio como la prisa son raíces de la soberbia humana. Hay que actuar serenamente, por tiempos sucesivos y valorando la paciencia que se opone a cualquier tipo de violencia o desorden.

El ser humano suele llamar estúpido a un hecho que en realidad ha supuesto una gracia para un verdadero fiel. Lo que para el hombre es una pérdida de tiempo, un estúpido contratiempo que aparentemente ha echado a perder un proyecto humano, es visto desde la actitud cristiana como una respuesta de Dios para ayudar a diferenciar lo que es del hombre de lo que es de Dios.

Cuando una persona está en la red de la completa ignorancia, del vicio y del paganismo si logra acoger las necesarias verdades fundamentales y comprenderlas podrá comenzar la primera purificación que es recibir la Misericordia que pasa. Entonces el alma confronta su ser con el Ser que se ha revelado y comienza la segunda purificación. Operación larga y de voluntad del alma que necesita de cierta paz y sosiego.

Se suele caer en el error generalizado de confundir el obrero con el patrón, los apóstoles con el Maestro sin percatarse de que es el patrón el que instruye al obrero y le habilita para su trabajo. El obrero sólo puede interceder pero no conceder.

Para la manera de pensar cristiana todo ser humano es portador de una gran misión para la que ha de prepararse pues las cosas bien preparadas salen bien.

La misión de Jesucristo fue la de hacer comprender a los hombres lo que es el Señor y, a través de esta comprensión, hacer que le amaran en espíritu y verdad.

El yo es el pequeño reino individual en el que la persona es libre de hacer lo que quiera si bien desde el punto de vista cristiano todo ser humano tiene un destino (la santidad de ser hijos del Padre), este destino debe ser elegido libremente y de ninguna manera ser impuesto.

Para la actitud cristiana existen santas pasiones tales como las del amor filial, del amor patrio, de las amistades, del trabajo y de todo lo que sea óptimo y santo.

El estar tristes si la hora es penosa no es pecado, pero sí lo es ceder más allá de la tristeza y caer en desesperación. Satanás enseguida acude cuando ve a uno en languidez de espíritu.

Cuando un cristiano vuelve adonde la familia y los amigos después de haber sido rechazado y tratado con dureza su actitud será la de no hablarles de tal experiencia pues sabe que les haría sufrir demasiado por esta crueldad del hombre.

La incoherencia humana ve en el dinero que se desea algo maldito. No obstante, para el cristiano toda riqueza material mal habida y por tanto maldita puede santificarse sirviendo para quien es pobre y santo. Si se trata de realizar el bien cuando se realiza una transacción debe sacársele el mayor partido posible teniendo siempre en cuenta no mentir, ni siquiera para alcanzar una acción buena.

Si bien es verdad que en el corazón de ciertas personas suele haber muchos pliegues también hay que reconocer que también tiene lados buenos y positivos que hay que elevarlos a una bondad espiritual. Cualquier persona por muy difícil que sea cuanto más se le ame más bondadosa aparecerá ante nuestros ojos.

Conviene no esforzarse demasiado en definir a los demás pues conocer ciertas verdades perjudica y podríamos errar en el conocimiento.

La actitud cristiana ante los animales es de amor: no hacer a los animales lo que no querríamos que nos hicieran a nosotros. Como criaturas de Dios debemos respetar en ellos al Padre que los creó. La misericordia no sólo se ejerce para con los hombres sino también para con los animales siervos y amigos.

Desde el punto de vista cristiano el dolor es un bien. Aumenta los méritos de los justos que lo sufren sin desesperación y rebelión. Ofreciéndose a sí mismos con su resignación y como sacrificio de expiación por las propias faltas y las culpas del mundo. La experiencia del dolor ofrecida a Dios es redención para los no justos.

Según la doctrina cristiana el dolor vino por la culpa y aunque durase toda la vida es mucho más beneficioso que sufrir en el Purgatorio o para siempre en el Infierno. Así pues, no se debería maldecir sino bendecir el sufrimiento y llamarlo “gracia” y “piedad” .

Desde un punto de vista humano puede aparecer contradictorio que el cristiano no aleje de sí la fuente del dolor rechazando a la persona que la origina, pero el hecho de rechazar a ese otro sería en realidad inútil humanamente y además sería anticaridad.

Es difícil soportar a un embustero que siempre miente y se comporta falsamente pero sería inútil alejarle pues lo que debe ser será y esa persona es parte de este mismo futuro en el que se debe de estar.

Así pues, el cristiano debe soportar al que es la causa del sufrimiento pues está destinado a ser una parte de tal trama. La persona que se comporta mal viene a ser la escuela en la que el cristiano más madurará. Ser bueno con los hombres justos es virtud de tontos pero ser

bueno con quien nos ofende sabiendo entenderlo y siendo a la vez médico y sacerdote es lo difícil. La persona que se comporta mal es la enseñanza viviente para el cristiano pues es necesario aprender estudiando a dicha persona si bien es cierto que cuando más se progresa en la bondad más se sufre pues se perciben más claramente a los traidores y a los ingratos como lo que son: auténticos cadáveres espirituales.

Nada sucede sea una invasión, dominación o guerra sin que Dios la haya permitido. Todo pueblo dominado si se examina con rectitud reconocerá que él mismo lo ha querido con sus modos de vivir contrarios a Dios. Ni la rebelión ni la guerra logran que sanen las heridas sino el vivir como justos. Dios interviene cuando hay un modo de vivir honesto.

Un pueblo puede estar sometido pero al mismo tiempo ser más grande que el dominador pues al predicar a Dios con las acciones de una vida santa puede convertirse en maestro para los pueblos gentiles y paganos.

A un cristiano sólo la responsabilidad en un acto inadecuado o delictivo (la culpa) es lo que le repugna, no la nacionalidad, la raza o las creencias.

Lo que hace al hombre diferente del animal es el alma que no tiene cuerpo pero existe en el ser humano proveniente de Aquel que creó el mundo y al que volverá después de la muerte del cuerpo para recibir premio o castigo según su comportamiento en la Tierra.

Hay que estar en guardia contra el desánimo en el apostolado donde suele haber más derrotas que victorias. Para Dios lo importante es la buena voluntad aunque no cuaje el trabajo en un fruto. Perseverancia e ir hacia delante sin cansancios. El cansancio como la prisa son todavía una raíz de la soberbia humana. Es el orgullo lo que hace sentir fastidio por los fracasos e inquietud por la lentitud.

Si meditamos sobre el progreso del hombre y pensamos en su origen observando la Creación veremos que lo creado es obra de serena acción creadora. Dios-Padre no hizo desordenadamente todo, sino que hizo el universo por tiempos sucesivos.

Todo lo que aprendió el hombre de la Naturaleza fue paso a paso y no se hizo docto de repente. En realidad su historia es un cúmulo de fracasos antes de obtener algún resultado. Pero al final lo obtuvo y siguió progresando aunque no puede decirse que haya sido más feliz por eso. No siempre el comportamiento moral acompañó a dicho progreso. Pero en todo fue necesario la paciencia.

Dios hizo todo ordenadamente por lo que nada debe ser violencia pues la violencia es siempre contraria al orden. No se debe querer valer más que Dios.

El amor cristiano es el amor a Cristo por amor sin mezcla de otra cosa. Como una semilla intrépida que ha sabido nacer, resistir al sol, la sequía, crecer, desarrollar los primeros brotes y echar espiga. La caridad de sus granos alimentará a otros.



Ante situaciones inhumanas la doctrina cristiana aconseja no dar pie a castigos inhumanos por la prisa del propio deseo, sino saber esperar. No obstante esto esta actitud no supone un abandono por su parte sino que promete una espera muy breve no sin antes poner un sigilo sobre todas las cosas para que los malvados no puedan perjudicar.

Ciertamente es una angustia ver sufrir a los buenos, a los justos pero si Dios remediase todo privaría de la facultad de ser misericordioso y de obedecer el mandamiento del amor.

Para un cristiano el contacto con el mundo es como quien va por un camino fétido y fangoso, que, aunque camine con cuidado, un poco de lodo le salpica y el hedor penetra aunque se esfuerce en no respirar.

Cuando uno recuerda experiencias pasadas crueles e inhumanas dicho recuerdo que permanece en nuestra memoria debería servir para hacer más hermosa la alegría de estar participando en el camino de la doctrina cristiana.

Sucede que el cristiano ha estado instalado dentro de una religión que, degenerada por demasiadas razones, de religión no tiene sino el nombre. Muchos que se dicen cristianos no son más que idólatras que han confundido la verdadera, santa y eterna Ley del Dios de Abraham, Isaac y Jacob entre nieblas de mil pequeñas religiones humanas.

Según la doctrina cristiana todos son iguales (ricos, pobres, cultos, incultos...), todos tienen las mismas deficiencias y la necesidad de la misma instrucción. Todos hermanos tanto en los defectos como en el conocimiento de la Verdad y en el esfuerzo de practicarla.

La familia cristiana prospera y es admirada cuando está unida y se manifiesta concorde. Si no hay unión los esfuerzos del padre de familia quedan sin resultados. Cuando existe la disgresión las dificultades aumentan y tanto el mundo como los enemigos de la familia se aprovechan para acelerar su ruina. La unión del amor hace la fuerza.

Cuando uno es injusto en un reproche hacia otra persona en realidad a sí mismo se acusa, dejándose llevar de la ira y de la envidia.

No es lo mismo actuar con “perfecta intención” que actuar por simple “bondad humana” . Cuando uno actúa por bondad humana desea que los hombres la conozcan y se amarga viendo que pasa desapercibida.

En cambio cuando uno actúa con perfecta intención se complace ofreciéndoselo al Señor que sabrá darlo a conocer si es bueno para él no anulando dicho comportamiento justo bajo un reflejo de complacencia orgullosa. Nada de cuanto está escondido permanece siempre oculto.

Jamás se debe juzgar por las apariencias. No siempre un acto que presenta feo aspecto exterior contiene motivos reprobables. Rechazar a un familiar o amigo puede parecer crueldad

o incumplimiento de los deberes pero sin conocer las causas profundas fácilmente se puede caer en el prejuicio.

El rechazo que está sazonado con llanto amarguísimo puede celar motivos de justicia, en cambio será distinto si el rechazo se produce porque en su egoísmo se juzga superior a Dios.

Cada uno es responsable de lo que hace o dice y por tanto nadie debe echar la culpa a los otros de lo que ve en uno o en sí mismo. Cada cual añade a las enseñanzas que recibe lo que tiene en el corazón y ello pesa hacia el bien o hacia el mal. No sería justo recriminar al profesor que tiene la misma palabra para todos los estudiantes del delito de algunos de sus estudiantes.

No debemos dejarnos vencer nunca, al juzgar, por motivos personales. Un amor excesivamente injusto hacia la tierra natal o de afecto hacia las personas reflejaría una estimación injusta y desviada que proyectaría en los demás, desorientando de la meta que es Dios.

Por otra parte, cuando uno comete una injusticia o un error tampoco debemos ser intransigentes porque ¿quién no ha cometido un error alguna vez? Velar, vigilar para no caer en falta pues sólo los que vigilen resultarán vencedores. El que no vigile respecto a sí mismo y al Enemigo vendrá a ser una cosa con él. Los hijos de las tinieblas en vano han estado en contacto con la luz.

Las discordias sirven para llegar a un conocimiento más exacto y a una clarificación; si no, serían sólo maldad.

Libertad y fortaleza son dos objetivos básicos del cristiano. Enderezar ideas equivocadas, controlar las pasiones, sostener debilidades, cortar incluso si fuera necesario tendencias, desligar las esclavitudes y las timideces. Seguir la voz que nos llama.

Jesucristo creó la nueva planta de la fe en el Dios Uno y Trino. Permitió que la voluntad de Dios se cumpliera y que el cristianismo llegara a ser la religión perfecta, eterna, divina.

El cristiano respeta la honestidad del creyente aunque tenga una fe desviada y se suela rebajar la realeza sobrenatural del Salvador a una pobre idea de soberanía humana.

Pecar quiere decir tener el espíritu oscurecido impidiéndole comprender la palabra de Dios sin poder percibir en el corazón el recuerdo del rostro de Dios. El pecado entenebrece las santas inspiraciones y decisiones produciendo humareda y confusión.

No obstante, cuando el corazón (porque alguien le ayuda a ello) logra darse cuenta de

su fealdad exclama como el rey David: “Ten piedad de mí, Señor, según tu gran misericordia; por tu infinita bondad, lávame de mi pecado.”

El perdón exige la voluntad de abandonar el pecado evitando lo que le induce a él. Hay que evitar la causa del pecado que es lo que hace perder el ánimo y entregarse vencido al Enemigo. Fidelidad a los principios cristianos.

Por otra parte la actitud del cristiano ante el pecador arrepentido es la de misericordia y piedad. Nadie debe murmurar ni acusar al arrepentido que vuelve sino que cada cual debe ponerse frente a su corazón a sus acciones en nombre de la Justicia. Tampoco se debe ensañarse uno con el que ya ha sido castigado.

La actitud cristiana de perdón se lleva a cabo ante la correspondiente de arrepentimiento, un arrepentimiento no sólo verbal sino acompañado de una verdadera mutación espiritual. No puede haber arrepentimiento mientras dura el apetito hacia el objeto por el que se produjo el pecado.

La gracia no puede actuar donde no se cree pues no sería justo que en la familia en que vive un santo esté exenta de las inevitables desventuras de la vida. En ese caso Jesús debería haber sido eterno sobre la tierra.

Si en todo los litigios el más prudente supiera ceder y, en lugar de empeñarse en llevar la razón, tratase de conciliar para conseguir la paz, aunque fuera diviendo por la mitad lo que le perteneciera por derecho, el resultado siempre sería mejor y más santo.

La actitud cristiana trata de hacer la paz con el mismo objeto de la guerra aunque probablemente no se logre si falta la voluntad de establecer la paz.

Los cristianos son un grupo de personas pero forman un núcleo, o sea, una sola cosa. Son un complejo que se forma como ente y que debe ser estudiado en sus características singulares para enriquecerlo y hacer de él una única cosa perfecta.

Los cristianos son como la sal de la tierra con la que se preservan las carnes de la corrupción. La salinidad celeste al mezclarse con la dulzura humana pierde su fuerza y suele desparramarse en avalanchas de sentido y sentimientos humanos.

Ser cristiano es tener el tremendo compromiso de la aceptación de una sola cosa: la santidad. Ser cristiano es tener el objetivo de la santidad lo que supone un esfuerzo heroico.

Las líneas esenciales de la doctrina cristiana señalan este sublime destino a los de voluntad honesta: vigilancia y preparación como de alguien que de un momento a otro tiene que partir

o acudir al encuentro de uno que llega.

Como incansables peregrinos que van en busca de los errantes y manteniendo alta la lámpara encendida para indicar el camino hacia Cristo perseverarán hasta que la muerte la apague. Que la muerte siempre sorprenda al cristiano en estado de gracia.

Siempre atentos contra la hipocresía o el pensar actuar de dos modos opuestos pues de Dios nadie se burla ni se le engaña. Comportarse con los hombres como con Dios.

El mundo para el cristiano se conquista con humildad y paciencia, no con violencia y fuerza. Es preferible utilizar la violencia contra los propios vicios arrancándolos de raíz, a costa incluso de dejar desgarrados pedazos de corazón. Para ello vigilar las miradas, ser sinceros y auténticos ¿por qué jugar con engaño?

Hacer el bien castamente sin orgullo y con humildad. Mantenerse al margen del hambre del oro, de la carne y del poder. Contentarse con poco pues Dios da lo necesario.

No juzgar pues el mal juicio es ofensa y sólo los verdaderos santos no vuelven ofensa por ofensa. Esforzarse en hacerse mejores con paciencia, firmeza y heroicidad pues merece la pena consumirse en ese esfuerzo.

Ante la muerte o la enfermedad el cristiano no impreca, ni acusa o se queja en medio de arrebatos de cólera que son tan injustos, impotentes, penosos de ver y dolorosos de padecer. Si bien la muerte es dolorosa, para el cristiano que mantiene una actitud resignada viene a ser una experiencia menos traumática.

Se puede morir siendo incrédulo, ridiculizando incluso a Cristo llamándole loco pero no odiándole. Morir con rencor y odio es perder el alma. La muerte es lazo para los verdaderos afectos. El corazón del cristiano arde por el deseo de venerar y honrar los restos mortales de los fallecidos.

Es doloroso que todos esperen de Jesús un bien humano, un bien que, aunque no sea humano, es egoísta. Pero es que el pecado está en el ser humano son su triple concupiscencia: material, sensual y de poder.

La humanidad, los deseos humanos, son verdaderos bloques de piedra que aunque graviten hacia el suelo, deben ser alzados hacia el Cielo. El sentimiento humano ansía siempre, a pesar de todo, la gloria que deslumbra, como un espejismo hasta en las cosas celestes pues siempre parece quedar un cierto deseo humano de que la santidad sea conocida. Por un poco de amor que se le ofrece a Dios se pretende conseguir un alto puesto en el Cielo, sin desear beber previamente todo el cáliz que Jesús bebió.

Una vez ajercitada la caridad como respuesta al odio, la castidad contra los sentidos, la

heroicidad en las pruebas e incluso el ofrecer la vida por amor a Dios y a los hermanos hay que estar dispuestos a mantener la actitud de “siervos inútiles” aguardando lo que el Padre conceda, por su bondad, como respuesta al deseo santo de aspiración al Paraíso.

Para la actitud cristiana es la disposición al amor lo que hace fácil toda empresa, en cambio, el odio del mundo sólo supone cansancio.

Todo trabajo, si es honesto, merece bendición por parte del Señor. La honestidad en todas las acciones es la primera condición para obtener de Dios bendiciones. El trabajo ha sido puesto por Dios como medio de santificación por su valor formativo y mortificante. Se trabaja para ayudar al prójimo, para hacer resplandecer los prodigios de Dios pues hace del hombre, una pobre nada sacada de la nada por voluntad suya, un ayudante suyo en la población de la Tierra.

Un trabajo deshonesto, en cambio, vendría expresado por ejemplo, en el hecho de trabajar sin otra religión aparte de la de aumentar las riquezas sin preocuparles las necesidades del prójimo.

Otro tipo de trabajo sumamente deshonesto sería el que obligase a trabajar a otros atesorando dinero con el sudor ajeno.

El ser humano es egoísta porque el amor fue estrangulado en el Paraíso Terrenal. Jesús vino a aflojar el lazo y dar nueva vida al amor. Amar a los semejantes es amar a todos los hombres, sean ricos o pobres, conocidos o desconocidos, cultos o incultos, buenos o malvados. Pues efectivamente también hay que amar a los malvados no por su maldad sino por piedad hacia su alma, herida de muerte por ellos mismos. Es un amor de súplica al Padre para curarlos y redimirlos.

Una actitud rebelde contra Dios extrema puede hacer que el Amor de Cristo le abandone y remitirlo a su Justicia. La Justicia será éxtasis para los buenos y rayo para los perversos pues ser leproso, esclavo, mendigo es felicidad al lado de una hora de castigo divino.

Entre los hombres el amor mutuo debe realizarse dando cada uno lo que pueda, incluso el trabajo. Practica la misericordia quien no se encierra en el rencor del egoísmo y de la envidia, sino que acepta la doctrina cristiana y la pone en práctica.

Por otra parte Dios no mira la pompa del recibimiento y de la comida, mira el sentimiento del corazón. Más que el cuerpo tiene valor el espíritu.

Para el cristiano la posesión diabólica es una enfermedad del espíritu. Ciertas perversiones humanas no son sino híbridos en las que se encuentran fundidas el hombre, el animal y el

demonio.

No hay hombre que no esté impregnado de idolatría, ya sea idolatría de la belleza y la elegancia, el orgullo de su saber, la esperanza de llegar a ser importante humanamente, la idolatría de la mujer, la del dinero... un creyente cristiano sigue siendo voluntariamente pagano si mantiene esas secuelas.

Incluso hay paganos con las vestiduras limpias del sacerdocio que infiltrándose ponen su intención en echar por tierra a Jesucristo con el objeto de triunfar ellos.



Cuando una persona lucha entre el pecado y la sed de redimirse advienen heridas y llanto. Tal conciencia despertada de nuevo comienza una terrible lucha con la carne que fue pecado para destruirla y triunfar con el espíritu. Debe forzosamente consumir todo aquello que fue atracción para la carne lo que la hace languidecer y envejecer bajo la llamarada de ese fuego taladrador.

Completada la redención (liberación) se compone de nuevo una segunda, santa y más

perfecta belleza del alma que aflora con una honesta dignidad de la frente sobre la cual se ha depositado resplandeciente la diadema del perdón de Dios.

A la doctrina cristiana pueden acudir personas de todas las sectas y de todos los niveles deseosas de oír la voz de Dios y capaces de crecer. El verdadero secreto para creer que Jesús de Nazaret es el Mesías del Señor, la Palabra del Padre encarnada para instruir y redimir al mundo es saber nacer nuevamente, con un espíritu nuevo, libre de cualquier cadena, virgen de toda idea que permita comprender a Dios.

No existe la reencarnación pues no hay más que una existencia de la carne sobre la Tierra y una eterna vida del espíritu más allá de la Tierra. El espíritu inmortal puede renacer a la vida por el agua y por el Espíritu ya que el agua sin el espíritu no es más que un símbolo.

La doctrina cristiana tiene como ideal sublime el de llegar a la edad espiritual perfecta. Para lo cual se hace necesario saber renacer poniendo el yo bien sea en la hoguera del amor (como el apóstol Juan) o en la hoz de la meditación honesta (como el apóstol Pedro) arrancando la vieja planta del viejo pensamiento y dejando la buena voluntad de la cual nacerá el nuevo pensamiento. Cada uno tiene su método para llegar al puerto de la perfección.

Para el cristiano la vida no es existencia y la existencia no es vida. La existencia de los árboles, de los animales no es propiamente la vida. La vida no empieza con la existencia ni termina con la muerte física. La verdadera vida tiene su principio cuando el Pensamiento de Dios crea un alma para habitar en un cuerpo y termina cuando el pecado la mata. La vida es un don de Dios y como tal algo santo.

En la concepción cristiana no sólo existe un corazón que palpita sino que “vive” según el Pensamiento creador y ese todo (cuerpo y alma) es el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. La vida comienza antes del nacimiento y el alma no muere, no tiene fin.

No basta con ser buenos según las leyes del mundo sino que se requiere ser buenos según las leyes del espíritu, para obtener de Dios la gracia. Hacer el bien en secreto por un natural impulso a la humildad, por una natural bondad es algo que se impregna de perfección sobrenatural. Es el amor el redentor individual pues quien ama empieza su redención.

Cuando el Señor se manifestó en la cima del Sinaí para expresar su voluntad los Cielos estaban cerrados pero desde la venida de Jesucristo la Palabra divina habla al hombre para darle Gracia y Vida.

Todo en la naturaleza dice continuamente que Dios existe: la luz y las tinieblas, la salud y la enfermedad, la riqueza y la pobreza. Todo obedece a la voluntad del Señor y llama en las conciencias: “Yo soy el Señor Dios tuyo” .

Nada puede acallar esta conciencia ya sea justo y bueno o perverso y culpable. Solamente a los réprobos (presublimemente condenados) les es concedido el separarse de Dios, destino insaciable y eterno.

Jesucristo nos libera de nuestras cadenas dominadas por Satanás, nos arranca de su esclavitud que es la esclavitud de la Culpa y nos reviste de Gracia.

Toda persona que se siente llamada a Cristo siente la necesidad de purificación, de penitencia y arrepentimiento, pues el llorar también es agua de bautismo. Arrepentirse sinceramente quiere decir responsabilizarse y comprometerse en no volver a tener el mismo comportamiento pecaminoso. No es lícito pecar para volver a ser perdonados pues nadie se burla de Dios, abusando de sus dones. Un paso más adelante en el cristianismo supone un honor y una obligación.

La oración es un don que Dios concede al hombre y que el hombre dona a Dios. La oración es sinceridad del corazón pues quien ora sólo con lo externo y por dentro está contra el bien, es un traidor.

La soberbia de la mente engendra, con la avidez de la carne y del poder, toda la maldad que hay en el mundo. Hay que abandonar el propio yo, matar la animalidad y el satanismo en nosotros que no morirá mientras haya mentira, orgullo, ira, soberbia, gula, avaricia y acidia (pereza).

Todos somos pecadores y tenemos conciencia de ello aunque no queramos decirlo; no obstante esto no debe desanimarnos si lo aceptamos y pedimos a Dios fortaleza para poder servirle cada día.

Todas las acciones del hombre o son pecaminosas o son santas, tienen pues un valor moral. Quien obra bien, la conciencia de la presencia de Dios es un estímulo para dicho obrar porque el creyente cristiano cree que Él premiará las buenas acciones y en esa seguridad descansa su comportamiento. Ya en vida ya en muerte el alma se verá consolada por la amistad de Dios.

El que obra el mal erige otros altares a otros dioses: a la mujer, al oro, al poder, a la ciencia, al triunfo militar y a otros semejantes. No debemos asombrarnos de que los paganos adoren animales, reptiles y astros. ¡Cuántos de estos ídolos adoramos en nuestros corazones!

El abuso de la conducta humana tiene un límite más allá del cual Dios no permite que se vaya. Dios es celoso, posee un santo celo respecto a sus hijos que los ha creado y los ama.

El Señor promete castigo sobre los culpables y sobre los hijos de los culpables y Dios no miente nunca en sus promesas. No obstante no debe deprimirse nuestro ánimo pues concede misericordia a los que con corazón contrito se confiesan y devuelven a Dios su morada que está en los corazones de los hombres.

Cuando una persona va con actitud honesta mas que como hombre va como “alma” recubriéndose de silencio porque piensa que ante la Palabra de Dios nada significa el status ni la posición social.

En Occidente, que tiene tantos ídolos en el secreto de los corazones, existe también un hipócrita alabar a Dios, un alabar que no queda corroborado por las obras de quienes lo hacen. Existe en Occidente también una tendencia: la de descubrir muchos pecados en las cosas externas y no querer encontrarlos donde realmente existen, en las cosas internas.

Incluso suele estimarse que el nombre de Dios pronunciado por los labios paganos es una blasfemia impidiéndole a los seres creados sentir atracción de su Creador. Nadie tiene derecho a capitalizar el nombre de Dios. Pronuncia el nombre de Dios en vano quien con el alma impura lo invoca inútilmente e insinceramente.

Según la manera de pensar cristiana en toda enfermedad espiritual o física está la uña de Satanás el cual crea las enfermedades físicas para conducir hacia la rebelión y la desesperación a través del sufrimiento de la carne, y las morales para conducir hacia la condenación.

Por Satanás entró la enfermedad y la muerte en el mundo así como el delito y la corrupción. Cuando alguien está atormentado por alguna desventura es que sufre por Satanás y es su instrumento.

Las enfermedades son un desorden en el orden porque Dios creo al hombre sano y perfecto. De Adán y Eva ha heredado tanto la mancha original como las tres ramas: la carne, cada vez más viciosa, y por tanto, débil y enferma; lo moral, cada vez má soberbio y, por tanto, corrompido; el espíritu, cada vez más incrédulo, o sea, cada vez más idólatra.

Por consiguiente es necesario enseñar el Nombre del que huye Satanás, esculpirlo en la mente y en el corazón, ponerlo en el yo como un sigilo de propiedad para poder ser sanado.

El amor no se demuestra con palabras sino con hechos por lo que aquel que cierra su corazón a su semejante tiene corazón de Caín. Hay que aprender ya desde la primera edad el respeto hacia la familia, que es el más pequeño y a la vez el más grande organismo del mundo. El más pequeño respecto a una ciudad, región, nación o continente; pero el mayor porque es el más antiguo, pues lo puso Dios cuando conceptos como el de patria o país no existían.

El nucleo familiar, manantial de la raza humana y de las distintas razas es un pequeño reino en el que el hombre es el rey, la mujer la reina y los súbditos son los hijos. Una familia no puede subsistir sino hay obediencia, respeto, economía, buena voluntad, laboriosidad, amor.

Para el cristiano la identidad de las personas es una identidad espiritual: almas. Hombres, mujeres, ancianos, niños, jóvenes, justos, pecadores son sólo almas. Los rostros, los cuerpos... nada. El cristiano conoce e identifica por el alma.

Se debe hacer el bien por el bien, sin curiosidades o deseos de recibir del bien realizado un motivo de diversión o cualquier otra cosa. Si alguien es culpable, un infeliz que busca a Dios el amor demostrado hacia esa persona será la más hermosa lección, la más poderosa palabra, el más claro indicador del camino de Dios.

Las almas no cambian si sólo oyen palabras de los maestros pues también ven sus acciones que pueden destruir lo que dicen. Cuando un maestro hace lo que dice y se comporta santamente en todas sus acciones (aunque sean materiales) obtiene más resultados de las almas pues son sus mismas acciones las que dicen "Dios existe" .

Lo que debe preocupar no es tanto la crítica humana como el que la conciencia personal nos salve del juicio de Dios.

Los mandamientos no son preceptos estúpidos sino imperativos saludables, tanto en el orden físico como en el moral y el espíritu.

Todo en la creación tiene sus momentos de reposo, desde lo animales que trabajan y nos transportan hasta la tierra de los campos de labor que obedecen a leyes eternas de una sabia generación.

De la misma manera el hombre que no es superior a Dios debe imitarle trabajando honestamente seis días y descansando el séptimo.

En el orden moral se trata de realizarse como padre, como marido, como hermano o como hijo que cuida la vejez de sus padres.

En el orden espiritual si el trabajo es santo más santo es el amor por eso debe dedicarse un día a nuestro Santo Padre que nos ha dado la vida y nos la conserva.

La honradez en el trabajo se inscribe en el amor al prójimo. Quien es honrado en su trabajo no roba en las transacciones, no le subtrae al trabajador su salario, no le explota de manera culpable, tiene presente que quien está a su servicio y quien trabaja para él son una carne y un alma como las suyas, y no los trata como si fueran pedazos de piedra sin vida que es lícito romper o golpear con el pie o con el hierro. Quien no actúa así no ama al prójimo y peca por ello ante los ojos de Dios. Dios quiere obras vivas, no simulacros de obras.

Para un cristiano la vida de un hombre tiene un valor por sí misma puesto que es un don recibido de Dios sin pensar en la clase social (rico o pobre) ni en el estado (libre o esclavo). Para Cristo no existen esclavos u hombres de poder sino sólo hombres creados por el único Dios ante el cual son todos iguales.

Ante Dios sólo existe una sola esclavitud y esa es la del pecado, por tanto, la de estar bajo Satanás. Quienquiera que mate a un semejante suyo peca, peca con el hombre y contra Dios.

El hombre es la criatura predilecta de Dios, su alma espiritual es el signo innegable de la paternidad divina y por tanto sólo a Dios le corresponde el dar o quitar la vida y la muerte. Matar es una violencia contra Dios y contra el hombre. Quien mata no ama al prójimo, porque le priva de aquello que el homicida quiere para sí: la vida. Matar es no poder tener piedad del hermano porque el asesino, siendo un satanás, es odio. Además no sólo se peca de homicidio con un arma o veneno sino también calumniando.

Hay personas hipócritas que se fingen santos y agudizan el ingenio sólo para sacar el máximo provecho y eludir la Ley de Dios. Incluso acusan de falsos delitos a sus semejantes para justificar su propio sadismo satánico. Ni el poder de Dios ni la santidad de la víctima convierte su alma retorcida. No puede ser convertida. El bien no entra donde hay saturación de mal. Pero Dios ve, y dice: "¡Basta!" .

No es lícito arremeter contra Dios pues Él sin concurso ajeno, se toma venganza. Dios no es objeto de risa ni de burla pues si bien se muestra lleno de compasión con quien se arrepiente, se muestra, por el contrario, lleno de severidad con el impenitente que no se

modifica a sí mismo.

No obstante debemos abstenernos de juzgar a quien ha sido fulminado por el fuego de la divina indignación. Cualquier hecho milagroso debe hacer meditar acerca de cómo hay que actuar para tener a Dios como amigo. El fin del cristiano debe ser su pobre alma no el cuerpo o lo material.

No se puede pedir el bautismo como una práctica mágica sino con espíritu sobrenatural. Con el deseo de vivir y de tener mucho dinero no puede pedirse el bautismo pues sería reírse de Dios y tentarle.

Hay personas impenitentes que no habiendo amado nunca a nadie aparte de sí mismo llegan incluso a odiarse a sí mismo.

El arrepentimiento implica alejarse del pecado, hacer penitencia, pedir con los hechos el perdón. Una actitud hipócrita es como invitar a Dios a que se haga cómplice de las malas acciones del hombre. Es reírse de Dios.

Mejor sería que en vez de llorar por la muerte de los demás, el hombre que teniendo muerta el alma, llorase por sí mismo, de modo que, por ese llanto de contrito y humilde corazón, le devolviera al alma la vida con el perdón de Dios. A los ojos de Dios es todavía más inundo el pecador impenitente que el leproso arrepentido. Jesucristo necesita la humillación del pecador para tener piedad.

La tentación es obra del Maligno pero se transforma en gloria para quien la vence. El marido que va a otros amores es un asesino de su esposa, de sus hijos, de sí mismo. Quien entra en morada ajena para cometer adulterio es un ladrón y de los más viles.

La lujuria al cristiano le produce una sensación de asco y se siente nauseado. Hay una repugnancia por la lujuria. Si bien el cristiano ama igualmente al justo que al pecador, al pecador lo ama con esfuerzo y dolor.

No es en vano que una persona pagana acuda a Jesucristo pues el alma, creada por un solo Dios, Único y Trino es un ente divino que Dios crea para cada uno de los hombres: compañera en la existencia, superviviente más allá de la existencia. El alma está en lo profundo del yo y es un ente verdadero y digno de todo respeto. El alma no es un ente divino porque meramente supere lo humano sino porque procede de Dios.

La filosofía cuando es verdadera y honesta es la elevación de la humana razón hacia la Sabiduría y la Potencia infinitas, o sea, hacia Dios. Ir al Dios verdadero y su divino espíritu quiere decir llegar a ser docto en la “verdadera sabiduría y piedad, que es conocerse a

sí mismo y dar culto de adoración a la Verdad.

Hay dos tipos de demonios: el que habla y el mudo, es decir, el que engaña con razones con color de verdad y el que sólo crea desorden mental. El primero es el más completo y peligroso.

Donde existe el concepto de Dios y el de espíritu así como el deseo de llegar a ellos, nacen los árboles de la fe, esperanza, caridad, justicia, templanza, fortaleza, prudencia. Del mismo modo que Cristo dice “caridad” dice también “caridad enteramente moral” . Los paganos son párvulos y desconocen las palabras santas, no comprenden el concepto de “espíritu” .

El mentiroso que lo es en cosas graves es cruel; mata el aprecio con su lengua, y, por tanto, no se diferencia del asesino siendo incluso más que un asesino pues mata el buen nombre, el recuerdo de un hombre, por tanto, es dos veces asesino. Asesino que no esparce sangre, asesino impune, daña la reputación de la persona calumniada, y, con ella, toda su familia.

Uno miente por odio sin motivo, o ambicionando tener lo que el otro tiene, o también por miedo. El odio es el testimonio que de sí misma da un alma perdida, y el testimonio más hermoso en favor del inocente. Tiene odio sólo quien es amigo de Satanás.

El mentiroso bajo el orgullo y la avidez tiene los ojos tapados al posible desenmascaramiento pues se ha entregado a la Mentira y se fía neciamente de su protección. El mentiroso como ha hecho el mal teme que se descubra y lo reconozcan como suyo. Usa y abusa de la estima en que nos tienen los otros invirtiendo los hechos.

El que actúa bien no necesita de mentiras. El que miente se coloca un yugo pesado, hecho de sujeción al demonio, de perpetuo miedo a quedar desmentidos y de la necesidad de recordar la mentira.

La sinceridad de la persona es más regia que el oro o la diadema. La presencia del hombre sincero alivia y da seguridad, mientras que la amistad con el insincero produce desazón; el simple hecho de tenerle cerca da un sentido de desazón.

Al hombre le es necesario un techo, un pan, un vestido; lo indispensable para vivir. Los que honradamente viven y trabajan son los más alegres y los más sanos. Tienen deseos rectos y no hay en ellos veneno de lujuria, de gula, ni de envidias. No ambicionan tener cada vez más y no se consume en la llama del odio o del abuso.

El envidioso se une a Satanás pues el primero que deseó lo ajeno fue Lucifer. Era el más hermoso de los arcángeles, gozaba de Dios y en vez de sentirse contento de ello envidió a Dios y quiso ser él Dios viniendo a ser el primer demonio.

El deseo inmoderado hizo de quien lo tuvo un pecador y fue causa de castigo para el pueblo pues los pecados de los particulares se acumulan y provocan los castigos de las naciones.

Imitemos a los pájaros en su libertad respecto a los deseos. El que vive sin deseo impuro posee la alegría del pájaro. Se fía de Dios y le siente como Padre; sonrío al día naciente y a la noche que desciende. Mira sin rencor a los hombres y no teme sus venganzas, porque no les perjudica en modo alguno. No se inquieta ni por su salud ni por su sueño, porque sabe que una vida honesta mantiene lejos las enfermedades y proporciona dulce descanso. No teme tampoco la muerte, porque sabe que, habiendo actuado bien, no puede recibir sino la sonrisa de Dios.

Para Dios sólo tiene valor una vida vivida en la Ley. Jesucristo salvará a los que se arrepientan y vuelvan a Dios. Los impenitentes no tendrán redención.

Nuestro cuerpo lo ha creado Dios para ser templo del alma, que es templo de Dios. Por tanto, debe ser conservado honesto, si no, el alma se ve despojada de la amistad con Dios y de la vida eterna.

A quien más se arrepiente más le será perdonado; porque el arrepentimiento es forma de amor, de operante amor.

El Decálogo es el edificio inmutable de la perfección. El Decálogo son las diez columnas del templo del alma con sus diez noes; ni uno más:

- “No blasfemes, no seas idólatra, no profanes las fiestas, no deshonres a los padres, no mates, no cometas fornicación, no robes, no mientas, no envidies las cosas ajenas, no desees la mujer que a otro pertenece.”

El precepto santo entre los santos: “Ama a tu Dios, ama a tu prójimo.” Sin el amor, uno no podría prestar obediencia a las diez reglas y caerían las columnas y el templo.

Es inútil entrar en sutilezas acerca de las formas. El hombre se purifica con el arrepentimiento humilde y sincero. No hay pecado que Dios no perdone si el pecador está realmente arrepentido. Hay que tener fe en esta Bondad. Firme voluntad de ser de Dios y deseo de cancelar del corazón de Dios, durante el resto de la vida, hasta el recuerdo de nuestro pecado

Cuanto más pisoteada fuera la carne más se deberían alzar las alas del alma regocijándose con el júbilo del Señor.

A los pecadores infelices Dios no los pierde de vista, aunque parezca que lo haga. No hay mayor miseria que la de quien ha perdido para siempre la amistad de Dios y su Reino. Deben infundir piedad, sólo piedad.

Perdonad. Siempre perdonad. Haced de todo mal un bien. Haced de toda ofensa una gracia. Cristo ama y bendice a los enemigos porque por ellos ha podido volver a nosotros.

Una sola cosa es necesaria: conocer a Dios.

Tener a Dios significa esfuerzo no sólo contento.

Odiar es perder a Cristo, se ha de deponer en seguida el pensamiento del odio pues la actitud del cristiano ante la persona pecadora es de oración, perdón, paciencia y fe en Jesucristo. En el cieno del pecado Cristo quiere sembrar flores y hacerlas nacer: las flores del bien. El Señor aprovecha el mal para proporcionar un motivo de alegría a sus hijos.

El rencor del que practica el mal, no pudiendo ir al Bien que le llama, acusa al Bien de ser Pecado.

El mundo es de los malos. El Paraíso es de los buenos. Ésta es la verdad y la promesa en la que se apoya la creencia cristiana con firme vigor. El mundo pasa. El Paraíso no pasa.

Las quejas de Job son las eternas quejas de los buenos que se sienten oprimidos porque la carne gime, más no debería hacerlo, sino que, cuanto más pisoteada fuera, más se deberían alzar las alas del alma regocijándose con el júbilo del Señor.

Los hijos de las tinieblas tienen llenos los graneros, aunque no se sientan felices porque perciben el sabor de la sangre y de las lágrimas de los demás en todo lo que toman como alimento. También el lecho aparece como erizado de espinas por lo desgarrador de sus remordimientos. No dudar en depredar a los pobres, desvalijar a los huérfanos, robar al prójimo para atesorar. Su reino es de este mundo y después de su muerte nada quedará. Prefieren caminar a la luz del destello sucio de su oro y de su odio, que resplandece como un brillo fosforescente.

La realidad es que Dios aunque ha dado tiempo a los pecadores de hacer penitencia éstos no hacen sino abusar de ello para pecar. Y aún Dios no los pierde de vista y con su amor desgarrar su duro corazón produciéndoles náusea para que pueda surgir un movimiento de

aspiración al bien. La persona pecadora quien ha perdido para siempre la amistad de Dios y su Reino debe infundir piedad, sólo piedad y compasión que es el sentimiento que inspira el sufrimiento ajeno.

Las almas que van buscando amor a tientas creen encontrarle con cualquier amor cuando en realidad uno sólo es el amor del alma: Dios. Encuentran todos los amores, todas las cosas sucias que el hombre ha bautizado así, mas no encuentran el amor, porque el amor es Dios y no el oro, el sentido o el poder.

Dios no fuerza la resurrección en los espíritus que no son sino esencias capaces de renacer por voluntad propia. Otorga la primera llamada y la primera ayuda, si el espíritu tiene deseos de salir de su sepulcro, sale; si no lo desea, sus tinieblas aumentan y queda hundido. En cambio si sale ninguno será mayor que el renacido en su espíritu. Son los triunfos de Cristo.

Hay que ser heroicos hasta llegar a perdonarse el no haber sabido amar antes, ser penitentes hasta saturarse de expiación.

Al igual que en el cielo existen estrellas y planetas más o menos grandes y todos poseen vida y esplendor por Dios así será también en el Cielo. Los redimidos tendrán vida por Dios mas no todos serán luminosos y en igual medida de acuerdo a su amor.

El alma humana aun estando herida por la mancha de origen, posee poderosas fuerzas de elevación y recuerdos para retornar a su dignidad de hija de Dios. La voluntad de redención es ya absolución así pues un alma que hubiera muerto buscando la Verdad, poniendo bajo sus propios pies el Error estaría perdonada.



La actitud cristiana no es dura, vengativa, murmuradora, violenta ni aprueba ningún acto brutal. Con respecto a los oponentes o enemigos el cristiano no huye sino que los afronta. No se comporta mezquinamente sino que trata de hablar con ellos aunque no pueda persuadirlos pues no debe decirse que el cristiano no haya tratado por todos los medios de atraerlos a Jesucristo. Cumple con su deber enteramente. Es preciso que la causa de la conducta de los impenitentes sea únicamente su mala voluntad y no una falta de dedicación hacia ellos.

Hacer violencia no es sino un pobre sistema humano, que sirve, temporalmente, para victorias humanas. La opresión dura hasta cuando por sí misma, engendra en quienes la sufren reacciones que, aunándose, dan lugar a una violencia aún mayor que echa abajo el precedente estado de opresión.

Hay que saber hacerse violencia a uno mismo quebrantando nuestra humanidad entre el dolor y el arrepentimiento y dejar libre el espíritu. Se bendice así el propio sufrimiento porque proporciona el gozo de seguir a Cristo.

El componente valorativo del orden es muy importante en la doctrina cristiana pues según ésta hay que cuidar y esforzarse en no ser desordenado. Regular, agrupar y asegurar ordenadamente con las oportunas protecciones para que no se transformen en causas de destrucción lo que es bueno.

Inteligencia, intrepidez, instrucción, prontitud, prestancia son cualidades buenas que tienen que estar en orden y no permitir que esten salvajemente dispuestas para cuando llegue la ventisca de la tentación y lo bueno de esas cualidades no se transforme en un mal para uno mismo y para los demás.

Cuando las tentaciones sean punzantes en vez de esconderse es el momento de buscar el mundo de los buenos, para recibir ayuda. El contacto con la paz de los buenos calma la fiebre.

Dado que es el orgullo lo que impulsa a ocultarse para que no le lean a uno su ánimo tentado sería también provechoso buscar el mundo de los criticadores como un impulso ante la debilidad moral, y no se caería.

Cuando la virtud es poca hay que hacer como la débil hiedra: agarrarse a las ramas de árboles vigorosas, para subir. El desorden no es nunca una buena cualidad.

Las cualidades para ser buenos son el orden, la paciencia, la constancia, la humildad, la caridad. La santidad es lineal, simple, perfecta, y no tiene sino dos extremos, como la recta: el orden y la caridad.

Por otra parte no se debe provocar la desesperación a causa de demasiada severidad en el juicio o de un intransigente rigor. Es necesario recuperar la paz del espíritu para juzgar libremente sobre el propio futuro.



No debemos, por temor a que nos molesten, dejar a un hijo de Abraham a merced de su desolación pues una persona desolada es un alma que puede perderse o salvarse según el tratamiento que se dé a su profunda herida. Un alma desolada está intoxicada, envenenada de tanta animadversión como ha tenido que tragar y su corazón necesita recobrar la salud.

No se puede evaluar el inmenso mal que un hombre puede hacer a su congénere con una actitud de hostil intransigencia y Jesús siempre fue muy benigno con los enfermos espirituales. Sus principales obras, las que más testifican su naturaleza y su misión son las curaciones de los corazones, tanto cuando son sanadas de uno o varios vicios capitales como cuando eliminan la desolación que abate el ánimo.

Un alma que pierde la seguridad de la ayuda de Dios es como una planta voluble que se arrastra por el polvo. Vivir sin esperanza es horroroso y la vida, dentro de sus asperezas, es bonita si recibe la onda del Sol divino.

Un alma que ha sido rechazada por los hombres pero que en cambio se siente segura, debe pensar: “Dios es justo y bueno, ve las causas de las cosas y es más benigno, más que el mejor de los hombres, infinitamente benigno; por tanto, no me rechazará si apoyo mi rostro lloroso sobre su pecho y le digo: ‘Padre, sólo Tú me quedas; tu hijo está desconsolado y abatido: dame tu paz...” .

Todos los hombres vienen de Dios y todo es de un único Dios. Si luego un error los ha dividido, ello no cambia el origen. El error de la división de los cristianos no es ni de unos ni de otros, error de alguien que había perdido de vista caridad y justicia.

Nadie debe ser excluido de la gracia de Dios; incluso un pagano puede también ser virtuoso. Dios, que es justo, le premiará el bien realizado pues entre un fiel en culpa grave y un pagano sin culpa Dios mira con menos rigor al pagano.

En el campo del espíritu los cristianos son los segadores que recogen lo que fue sembrado por Cristo. Sólo tienen que recoger pues Jesucristo ha hecho la parte más dura del trabajo. Recoger y una vez recogido todo el trigo los cristianos sembrarán también por todas partes cumpliendo la voluntad de Dios.

Cualquier actitud cismática contiene un pesar eterno, una insatisfacción perenne. En este desasosiego todo se calmaría si se atreviese a ir abiertamente a la Verdad. Se hace necesario persuadir, conducir de nuevo a Dios - no con ofensas y maldiciones - sino con ejemplo y caridad.

El perdón, que es la forma más alta del amor sacará cualquier espina de afrenta que nos hayan infligido. Maldecir quiere decir no haber perdonado pues el perdón no está en un mero acto externo sino en abrir de nuevo el corazón.

Un cristiano no rechaza una oferta de trabajo ofrecida por un pagano por escrúpulo de perder la fe pues nada contamina si uno no quiere ser contaminado. Uno puede vivir en un país pagano y ser del Dios verdadero que le guiará y dará la oportunidad incluso de ser el benefactor ya que conocerán a Dios a través de su honradez.

La actitud del pecador idólatra que ha sometido la ley moral a la esclavitud de una carne viciosa ha de ser la de un alma afligida por la dimensión de las desventuras, que camina encorvada y débil, con los ojos hacia el suelo.

La actitud de oración que se debe tener en corazones humillados con noble humildad, que no es degradación e indolencia sino conocimiento exacto de la propia mísera situación y santo deseo de hallar el medio de mejorar espiritualmente.

Cuando se temen cosas contrarias y no se quiere hacer nada ante una difícil situación es cuando más se debería actuar pues existe la posibilidad de encontrar la oportunidad que estamos esperando. No se debe tener miedo ante las dificultades pues como dice un viejo refrán que Jesús seguía: “Quien está pendiente del viento no siembra, quien está pendiente de las nubes no recoge nunca” .

Aunque Dios conoce todos los pensamientos de los hombres, Dios Padre quiere que el hombre muestre la confianza de exponer las propias necesidades y de pedir ayuda.

El alma tiende a la adoración, espontáneamente, porque se acuerda del Cielo y tiene los mismos deberes y derechos respecto al Bien, es decir, el Dios verdadero.

El dios o los dioses a los que hasta ahora los gentiles y pecadores han adorado no es el Dios verdadero, que es Amor y Piedad y cuya segura existencia nos declara Jesucristo.

Los dominadores, los poderosos son junto con aquellos a quienes la desventura ha puesto en sus manos una única planta. Seamos humanos con los presos pues no hay ninguno exento de culpas más o menos celadas. La justicia humana adolece gravemente de exactitud cuando juzga pues hay inocentes que se juzgan reos y reos que no parecen tales. Indagar la razón sería acusación demasiado grave para el hombre injusto y lleno de odio hacia su semejante.

Dado, pues, que por encima de la justicia humana hay una Justicia divina que es mucho más alta comportémonos humanamente pues es necesario no exceder la medida. Quien hoy es poderoso mañana puede ser un miserable.

Los prisioneros son un signo de vergüenza para el hombre que olvida la medida del rigor de la guerra y de la justicia. Jesucristo nos da una libertad y una patria más altas que la terrena.

Las palabras de Jesús nos hace pensar en cosas en las que nunca habríamos pensado y que sentimos verdaderas. Si el hombre usase su pensamiento no llegaría a la comisión del delito.

“Llegará el día en que no habrá esclavos; pero ya antes mis discípulos habrán descendido a los galeotes y esclavos para llamarlos hermanos.” 154.7

El alma constituye la verdadera nobleza del hombre pues todo linaje humano aunque glorioso tuvo origen y tendrá fin; en cambio, el alma es la sangre espiritual del Creador del hombre: de Dios eterno, potente, santo. El hombre es, pues, eterno, potente, santo, por el alma que hay en él y que vive mientras está unida a Dios. Los paganos, ateos y pecadores tienen el alma sumida en letargo y se hace necesario despertarla a la Verdad y la Vida.

El secreto para amar es ser bueno; si se es bueno se ama, sin pensar si éste es o no de una determinada fe.

El mundo debería ser impresionante en santidad y sin embargo, lo impresionante del

mundo es su iniquidad en la manifestación del vicio. Todos los pecados están asentados en el mundo y está presente de forma especial el pecado de claro signo satánico: el odio.

El mundo odia, y quien odia ve -y quiere hacérselo ver a quien no lo ve- el mal en lo más santo. Cualquier discípulo o discípula elegido por Cristo han de soportar burlas y calumnias; serán escupidos y pisoteados y recibirán desprecio, mentira y la crueldad del mundo. Han de ser capaces de recibir todas estas heridas sin gritar de indignación maldiciendo a quienes hieren. Deben sentirse con fuerzas de afrontar el martirio moral de la calumnia sin llegar a odiar a los calumniadores.

Cualquier gracia milagrosamente concedida debe ser considerada como moneda que puede producir intereses y que al saber trabajarla se pasa de la gratitud humana a la sobrenatural, del deseo terreno al ultraterreno.

No hay nada más mutable que el pensamiento humano, pues en un momento determinado piensa de una manera y se muestra sincero en lo que dice y en otro cede a mezcolanzas. Ser auténticos en la fe eligiendo con sinceridad al verdadero Dios no casa con la mezcla de otras fes. No se puede mezclar la observancia de la Ley con lo que la Ley prohíbe, ser fieles a la Ley unas veces y otras a las ganancias humanas.

Las creencias religiosas se convierten así en una astuta política para triunfar sobre los demás, un poder contra los semejantes mezclando al Dios cristiano con los dioses extranjeros.

El Dios cristiano vela con el santo celo del Padre de su voluntad de ser amado con exclusividad, con la totalidad de nosotros mismos y su justicia castiga la mentira. Dios castiga de la misma forma que favorece y llama de una manera severa (que no es odio ni rencor ni intransigencia sino amor) cuando ve que su pueblo se hunde en las más sacrílega de las idolatrías o en el abismo por el que se va a despeñar por persistir en las mismas culpas.

Jesús, la Piedra angular, no puede ser destruido y es digno de amor no por los prodigios y milagros que haya realizado sino porque por medio de él alcanzaremos el Todo, o sea, al Padre siendo dioses por participación. Jesús como Mesías desea obrar en nosotros el milagro íntimo y sublime de nuestra santificación.

Todo hombre procede de un único Dios y es deber cristiano llevar su verbo a todos los hombres, hijos del Padre universal. Por lo que se refiere a la Gracia los paganos no son hijos de Dios porque la Mancha de origen es obstáculo para que descienda a sus corazones. Pero por la creación el hombre es siempre hijo de Dios que dio su semejanza espiritual a Adán que es cabeza de toda la humanidad.

Tratar con benignidad a los paganos mostrándoles amistad no es malo cuando la intención es llevarlos al Señor Dios nuestro. La cordialidad obtiene muchas veces lo que no consigue el rigorismo.

El cristiano no debe tener el aguijón que pinza generalmente a los humanos con respecto a las ganancias, es decir, el interés. Jesucristo no poseía nada y vivía de la bondad del prójimo y amándolos. No tenía objetos de oro, ni campos ni viñas ni casas, aparte de la casita materna de Nazaret, que era tan pequeña y pobre, que el fisco ni la consideraba. Por eso a Jesús no le punzaba el temor a ser descubierto en declaración mendaz. Sólo poseía la Palabra que Dios le había dado y que él a su vez daba.

Se debe actuar sin lesionar la santa verdad que es siempre una sublime virtud aunque se aplique a cosas tan humanas como son los impuestos. Si Dios concede mucho, en proporción, mucho debemos dar para que el pobre no reciba tasación desproporcionada.

Nuestra mente humana debe aprehender la enseñanza de la planta que sabe que en el lugar que se ha producido un corte nacerá un rebrote que dará origen a una nueva y hacer de este amor un poco sensual hacia las flores un estímulo para un pensamiento más elevado: de la misma forma que la planta no muere totalmente aunque falten algunos tallos, así la humanidad tampoco muere porque algunos seres fallezcan, sino que siempre nacen y se reproducen. Es dulce creer en la vida eterna.

Las almas creyentes salen con una fuerza nueva en la mente y en el corazón que proviene del completo abandono en Dios.

Los que más dan a los demás son los que más se han olvidado de sí, que es cosa ardua. El hombre está hecho de recuerdos y los del propio yo son los que más prevalecen.

Existe el yo espiritual que se acuerda de Dios y de su origen divino y el yo inferior de la carne que se acuerda de las exigencias de las pasiones. Para estimular ese recuerdo santo del yo espiritual se hace necesario olvidarse de uno mismo en todos los recuerdos, las exigencias y las reflexiones del yo humano.

Un carácter reservado refleja los escrúpulos y prevenciones habituales; otro carácter lacónico expresa el miedo a quedar mal o hacer quedar mal al fundador de la doctrina; un carácter gustoso de exhibiciones recuerda sus soberbias habituales, de sus deseos de figurar y ser aplaudido, de ser “algo” .

En cambio, un carácter seguro, persuasivo, triunfal refleja y recuerda su humildad, su deseo de pasar inadvertido y que llegado el momento ha sabido asumir la dignidad de primado que se le ha conferido y que nunca había querido ejercitar por temor a presumir demasiado.

Un “yo superior” (espiritual) no tiene miedo, en cambio, un “yo inferior” (carnal) sí.

Entre los paganos mientras que se cree en algo Desconocido, un Dios que aunque no tenga nombre satisface al alma necesariamente ha reflejado un poco de Dios.

El alma es visible en todo aquello que diferencia al hombre del animal. Los primeros pensamientos de la inteligencia de un niño o una niña es el alma que se revela; cuando expresa amor no instintivo sino racional ese amor es el alma. El alma no se localiza en una parte del ser humano sino que está en el todo. Contiene al ser humano y está en él contenida. Cuando le deja es cadáver y cuando cae muerta es réprobo y separada de Dios. Es un artículo de fe la inmortalidad del alma y el misterio más cierto y consolador del acto de creer.

Los dioses paganos no son sino neblina del pensamiento humano que ignorando a Dios, pero necesitando creer se ha creado su fábula sin fundamento alguno: no tienen existencia.

Una persona pecadora de corazón arrepentido puede hacer de su alma algo virgen y bello. La pureza de la heroica ascensión del alma que rehace el camino, es mayor que la pureza que lo es por naturalidad. El alma arrepentida construye su pureza contra el apetito de los sentidos, la necesidad y el hábito, mientras que la del alma pura la tiene como dote natural.

La actitud cristiana que configura su identidad nace de la observancia libre de la Ley que nos conduce al Padre a través de Jesucristo. El cristiano al empaparse de su Sangre y su dolor, queda purificado y fortalecido renaciendo la Gracia.

Este “nuevo yo” de la persona cristiana es un yo superior y espiritual que refleja las siguientes bienaventuranzas:

-Es un yo “pobre de espíritu” .

La persona con un yo pobre de espíritu, aunque sea rico, no peca a causa del oro; antes bien, se santifica con él porque lo convierte en amor. El pobre de espíritu, si es pobre, se siente dichoso en su pobreza; come su sabroso pan, duerme su sueño exento de pesadilla alguna, se levanta habiendo descansado para ir a su sereno trabajo, que parece siempre ligero si se realiza sin avidez ni envidia.

Hay que tener en cuenta que peca quien pone su corazón desmedidamente en una cosa. Así pues, tanto el hombre rico como el hombre pobre deben vigilarse a sí mismo pues hay una medida establecida por Dios cuando se trata de amar al padre, a la madre, a la esposa,

al prójimo (esto es “como a nosotros mismos”). En cambio, el amor a Dios debe ser sobre todas las cosas y con todo nuestro ser, o sea, con toda la capacidad de amar.

Tanto las riquezas que Dios nos da como las gracias que nos concede no deben elevarse a ídolos, sino que debemos hacerlas medios de servicio a Dios en santidad, mostrando no tener apego pecaminoso a ellas.

La santa pobreza del espíritu de todo se despoja para ser más libre en la conquista de Dios santo, suprema Riqueza. Y conquistar a Dios significa poseer el Reino de los Cielos.

-Es un yo manso que heredará la Tierra.

Un yo manso va a la conquista de los espíritus con la dulzura paciente, humilde, amorosa. A las almas hay que atraerlas con amor; porque la mansedumbre es amor, como lo es también la pobreza de espíritu.

La mansedumbre vence al odio y la soberbia y hereda la Tierra que se llevará a Dios precedentemente propiedad de Satanás.

-Es un yo que sabe llorar sin rebelarse.

Existe el dolor en la Tierra, y arranca lágrimas de los ojos del hombre. El hombre lo introdujo en este mundo y por depravación de su intelecto se aplica cada vez más a aumentarlo con todos los medios a su alcance. A las enfermedades y desventuras añade, como fruto de su mente, las armas mortíferas y la crueldad moral.

Estas lágrimas son, no obstante, una perfección del hombre. El llanto le hace adulto, reflexivo, inteligente. Sólo los que lloran- o han llorado- saben amar y comprender los sufrimientos de los demás. Y saben amar a Dios porque hann comprendido que, excepto Dios, todo lo demás es dolor. El llanto resignado que no quebranta la fe, que no hace árida la oración, que no conoce la rebeldía, cambia de naturaleza, transformándose en consuelo.

-Es un yo que tiene hambre y sed de justicia.

No es la carne lo que viene a ser inmortal sino el alma que debe ser alimentada con los alimentos de la Sabiduría y la Justicia. Llegará un día en que el alma insaciable con esta santa hambre, será saciada por Dios.

El sabor del alimento espiritual que proporciona la ciencia divina no equivale al de la ciencia humana que sólo saca la curiosidad mental.

Hay una vida en la vida, de la misma manera que en una nuez está la pulpa; la nuez no es la cáscara, la pulpa interna es la nuez. Asimismo está la vida del alma en el cuerpo ya que el hombre no es un animal y su vida no cesa al cambiar de morada.

-Es un yo misericordioso.

Todos tienen necesidad de perdón y lo que obtiene el perdón es el rito interno del amor, o sea, la misericordia.

En la base de todos los males se encuentran siempre dos raíces: codicia y soberbia. No es conveniente encerrarse en una torre de cristal ignorando las miserias de los demás. Cualquier riqueza, salud, bienestar familiar, pueden desvanecerse rápidamente como el humo. El cristal del aislamiento hace de lente y lo que pasaría desapercibido si uno se mezcla con la gente no se podrá mantener escondido en una torre de cristal.

Misericordia para cumplir un santo sacrificio de expiación y obtener misericordia.

-Es un yo puro de corazón.

Dios es pureza. El Paraíso es Reino de Pureza y nada impuro puede entrar en el Cielo donde está Dios. Quien es puro ya desde la Tierra posee un principio de Cielo porque Dios se inclina hacia el hombre puro. No conoce sabor de amores humanos, sino que degusta, hasta extasiarse, el sabor del amor divino. Son los esporios del alma con la divinidad.

-Es un yo pacífico.

La paz es una de las características de Dios pues Dios sólo está en la paz, porque la paz es amor, mientras que la guerra es odio. Satanás es Odio, Dios es Paz.

No puede uno decirse hijo de Dios, ni puede Dios llamar hijo suyo a un hombre de espíritu irascible, siempre dispuesto a crear trifulcas. Una actitud cristiana contribuye con su gran paz a calmar las que crean otros. El hombre pacífico transmite la paz incluso sin palabras.

-Es un yo bienaventurado si padece persecución por amor a la Justicia.

El hombre en su mayor parte está lleno de mal, que odia el bien dondequiera que éste se encuentre, y que odia al bueno, como si el bueno le estuviera acusando o reprendiendo, aunque de hecho no diga nada. En efecto: la bondad de una persona hace ver todavía más

negra la maldad del malvado; la fe del creyente verdadero hace aparecer aún más viva la hipocresía del falso creyente; aquel que con su modo de vida está dando continuamente testimonio de la justicia no puede no ser odiado por los injustos.

El hombre progresa en el arte satánico de la persecución más que en el arte santo del amor. Las fatigas y sufrimientos del perseguido son los peldaños para subir a los tronos que el Padre tiene preparados para sus mártires.

-Es un yo bienaventurado si le ultrajan y calumnian.

La preocupación debe estar puesta en que el nombre de cada uno sea recogido en los libros celestes, en los cuales no se escriben los nombres según el criterio de los embustes humanos, que alaban a quienes son menos merecedores de elogio sino aquéllos en que se reflejan las obras de los buenos.

Los Profetas fueron en el pasado calumniados y ultrajados y aparecerán en la Ciudad de Dios y recibirán el saludo reverenciador de los ángeles junto a los que son ultrajados y calumniados ahora. La lágrimas vertidas serán amadas porque por ellas habrán sido conquistada la gloria eterna.

Jesucristo vino a completar la Ley que durante siglos los hombres la hicieron indescifrable apilando leyes y preceptos hasta la saciedad, sacados de su pensamiento y según sus conveniencias haciéndola estéril. La Ley ha muerto en muchos corazones ahogada como si fuese un árbol bajo aludes de demasiadas sobreestructuras sobrepuestas.

Jesucristo hace de la Ley su perfección pues no la corrompe con la superposición de teorías humanas y aconseja el vivirla.

También conviene guardarse de los falsos profetas y de los doctores que enseñan el error estudiándolos antes de seguirlos. El hombre tiene lengua para hablar, ojos para mirar, manos para señalar, pero con sus actos es con lo que manifiesta de forma más fiel su verdadero ser. Las acciones santas son fruto de una verdadera religión.

Amar al prójimo es saber soportar cualquier tipo de afrenta pensando siempre caritativamente de los otros. Aún y cuando uno robe por vicio y no por necesidad es preferible dar lo robado dando oportunidad de reparación y redención.

Si los ricos fueran realmente pobres de espíritu no existirían las penosas desigualdades sociales que son causa de tantas desventuras humanas. Uno debe siempre ponerse en la situación del otro para así hacer con los demás lo que quisiéramos que hicieran con nosotros.

Cuando hay disputas llegar a un buen acuerdo es siempre el mejor de los partidos procurando inmolar primero nuestro amor propio.

No se debe perjurar pues el que siente necesidad de jurar denota que se siente inseguro de sí mismo y del concepto que el prójimo pueda tener de él. El perjurio usando una fórmula sagrada como apoyo de su falso testimonio, induce a su prójimo a creerle, con lo cual le engaña.

Hay muchos amores y de distintas potencias: el amor de primera potencia (a Dios), el de segunda potencia (el materno o paterno); el de tercera potencia (entre esposos); el de cuarta potencia (al prójimo). Después viene el amor a la ciencia y después el amor al trabajo.

En esta escala de valores el amor de la primera potencia a Dios es enteramente espiritual. En cambio en los restantes hay una mezcla de lo espiritual y lo afectivo humano.

Así, por ejemplo, el amor materno o paterno puede decirse que es en dos partes espiritual y en una carnal. Y esto es porque un padre o una madre si son sana y santamente tales, no dan sólo alimento y caricias a su hijo sino que también se preocupan de nutrir y amar su mente y espíritu.

El amor a Dios hace a Dios amigo y puede ciertamente amar al prójimo. Si no hubiera existido el amor conyugal y la paternidad en el mundo, no habría podido existir el prójimo que son la descendencia humana.

La fe no se impone; se predica con paz, dulzura, paciencia, constancia.

Del pecado libera la voluntad y el arrepentimiento. Cuando una persona llora arrepentida siente soledad, una soledad llena del deseo y amor de Dios, y, por tanto, ya no es soledad desesperada. Este deseo es una prueba de que Dios responde a tal amor, es amigo, le llama, le invita, le interesa.

Dios es incapaz de permanecer inerte ante el deseo de una criatura, porque ese deseo lo ha encendido Él -Creador y Señor de toda criatura- en su corazón. El deseo de Dios siempre precede al deseo de la criatura.

Antes de que la tierra posea el Reino de Dios, han de venir siglos y siglos de lágrimas y sangre, de errores y persecuciones, pero siempre bajo el destello de luz del Faro místico de la Iglesia.

La propia voluntad se puede anular en la de Dios sólo cuando se han alcanzado las

virtudes teologales en forma heroica. Teniendo en cuenta que el hecho de vivir supone deudas desde con Dios hasta con el más humilde de los mortales, pasando por los familiares, los amigos, el prójimo en general, y los que estuvieran a nuestro servicio que en el fondo son iguales ante Dios.

Hay deuda material que ha sido prestada, deuda moral de la estima arrebatada y no correspondida y deuda espiritual de la obediencia a Dios.

La humildad quiere decir conocerse como uno es, sin deprimirse, pero conocerse admitiendo ser juez imperfecto de uno mismo y rogando al Padre que sostenga nuestra debilidad cuando el Mal tienta. No es Dios quien tienta al Mal, sino que es el Mal el que tienta.

El Espiritu Santo estaba presente en el genio del hombre que decoró el Partenón así como dondequiera que un sabio piense, un escultor esculpa, un poeta componga, una madre cante, un hombre trabaje, un médico luche contra las enfermedades, un ser vivo respire, un animal viva, un árbol vegete y también en el estruendo del terremoto, en la luz de las estrellas o en el curso de las mareas tanto como en el vuelo del águila y en el zumbido del mosquito.

Dios se basta a sí mismo y siendo Amor vive amando no teniendo tiempo para aburrirse pues el aburrimiento es fruto del ocio y del vicio.

Cualquier dios que no sea el Dios Uno y Trino no son reales son los fantasmas del pensamiento humano que tiene necesidad de creer, necesidad más imperiosa que respirar. Aun la persona atea que dice “no creo en Dios” presupone otra fe, que puede ser fe en sí mismo, en su propia soberbia mente. Es semejante a la persona que dice “no quiero pensar” , con el simple hecho de decir estas frases manifiestan un pensamiento de no querer pensar.

No obstante los paganos que no tienen fe y creen que están en la Verdad no pecan contra la fe pues no la conocen. Será pecado si persisten en el error después de conocerla. Todo lo malo es una rebelión a sabiendas de que lo que se hace es contra la Ley de Dios.

Todo ser humano creado a imagen de Dios posee alma, no obstante no todos tienen un alma exactamente igual. En cuanto al origen y la naturaleza el alma es exactamente igual en todos pero en cuanto a su formación es distinta.

El alma sufre tres fases: fase creativa, fase de nueva creación y fase de perfección. La primera es común a todos los hombres, la segunda es propia de los justos que con su voluntad llevan a su alma hacia un renacimiento con sus buenas acciones uniéndose a la bondad de Dios. Edificando así un alma que es más perfecta y que es propia de los beatos o santos

llegan a la tercera fase.

Para elevar el alma se hace necesario derribar las cosas inútiles que hay en el yo, liberándolo de todas las ideas erradas, construyendo en la fe, la esperanza y la caridad. No agobiarla con cosas inmundas y sin desaliento pues donde hay desaliento, hay todavía soberbia. Tener sólo humildad, solamente humildad. El dolor, la enfermedad es tiempo de aprendizaje en el que el Espíritu de Dios instruye profundamente fortaleciendo las virtudes como el perdón.

La inteligencia es un gran don de Dios, pero debe ser usado con sabiduría; si no, es como ciertas medicinas, que, si se usan mal, en vez de curar matan.

Las parábolas de Jesús son dulce para los hombres de buena voluntad, amarga para los otros. Estos disponen del modo de abolir esa amargura: transformarse en hombres de buena voluntad para que cese el reproche que la parábola suscita en la conciencia.

El alma antes de su encuentro con Dios debe santificarse con la justicia que cuando se practica firmemente, da vestido blanco. Asimismo debe estar limpia con la humildad que es como agua que lava. Quien es humilde enseguida se da cuenta de que su vestido está manchado y corre a su Señor pidiendo su purificación.

También el alma estará lozana, una lozanía del corazón como los niños la tienen por don de Dios. Los pecadores desde el momento que se miran con repulsa y deciden cambiar de vida con su propia superheroica voluntad reconstruyendo lo que ellos mismos han echado por tierra restituyen la lozanía infantil a su alma.

El alma debe permanecer siempre vigilante porque no sabe cuando se presentará ante el Esposo.

Al pecador impenitente Dios le mira con dolor e indignación. Pero si se arrepintiera le diría lo mismo que el padre de la parábola al hijo arrepentido. No se debe desear el mal a nadie, incluso a los perversos debemos desearle el mayor bien. La vida es un bien porque da al hombre la oportunidad de adquirir méritos ante los ojos de Dios.

No obstante el mayor delito del pecador impenitente es inducir a inocentes a odiar ya que en el Cielo no entra quien odia. Desear el mal nos haría perder el amor de Dios, el Cielo.

Siempre hay dolores mayores que el propio y el que odia al género humano es aún mayor que los otros dolores, porque envuelve no sólo carne, sangre y mente, sino también al espíritu llevándolo a la perdición.

Hay formas de combatir el odio: madres sin hijos para los hijos sin madres. Viudas sin descendencia para que ejerzan su piedad para con los ancianos solitarios. El dolor es cruz pero también es ala. Toda buena acción es origen de cosas grandes. El esfuerzo de uno contra su propio egoísmo puede provocar una ola de amor.

Lo mismo que el arrepentimiento anula la culpa, el presente anula el pasado.

Hoy día la Ciencia y la Herejía, el Odio y la Envidia, los enemigos de la Humanidad operan en el corazón de los hombres. Ahora casi todos los hombres tienen su propio becerro de oro. La tierra es una selva de ídolos, cada corazón es un altar en el que raramente está Dios. ¡Cuántos yoes reducidos a becerros de oro reciben adoración en los corazones!

El hombre está obligado a conocer a Dios por deber de gratitud y por respeto a su propia inteligencia. Por respeto a la propia razón la gratitud hacia quien lo cuida pone de manifiesto su inteligencia ya que el hombre que falta en este sentido para con Dios se deshonra a sí mismo, que es un ser dotado de razón.

La muerte no debe causar terror. La muerte es vida para quien espera en Dios y vive en la justicia.

La descortesía es siempre falta de caridad.

Es más fácil convencer a los que ignoran al Dios verdadero que no a los del pueblo de Dios, sutilmente idólatras, culpables, que orgullosamente se creen perfectos y que quieren seguir siendo como son.

En el mar de la Humanidad hay muchos tesoros, pero hay que buscarlos esforzándose. Los espíritus no son de razas distintas sino de una sola: la creada por Dios. Siendo todos hijos de Uno solo tienen los mismos deseos, esperanzas, hambre del Cielo, de la Verdad, del Amor real.

Los idólatras, los ateos, estos desdichados que nos vamos encontrando en el camino tienen hambre de Dios y son en realidad espíritus que esperan amor y luz.

La oración es universal y se deben unir a las voces y a los corazones de otras iglesias, cristianas pero no apostólicas.

Podría hablarse de un “santo miedo” al castigo divino que se debería tener en cuenta en vez de burlarse de la idea de que existe un premio y un castigo por las acciones realizadas durante la vida.

Los enfermos necesitan al médico y los ignorantes al maestro; aunque tanto éstos como aquéllos algunas veces rechazan al maestro o al médico. No obstante si son buenos tanto los profesores como los doctores seguirán yendo a quienes los rechazan, porque es su deber.

Jamás debemos distraernos ante los signos de Dios, el alma debe estar siempre vigilante porque no se sabe cuándo se manifiesta Dios; nunca ser egoístas, ni siquiera por la salud ya que por discutir se pierde el beneficio espiritual.

Dios es uno y trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y el Verbo, o sea el Hijo del Pensamiento, ha venido, como estaba profetizado, para salvar del Pecado y el Verbo es Jesucristo, el Mesías anunciado.

Si se separa al Padre del Hijo, o al Hijo del Padre, y no os acordáis del Amor, no amáis a Dios como se le debe amar, con verdad y sabiduría, antes bien se comete herejía porque se da culto a uno sólo mientras que son una admirable Trinidad. Por tanto, el que no honra al Hijo es como si no honrase al Padre, porque el Padre, Dios, no acepta adoración a una sola parte de sí sino que quiere que se adore su Todo. Quien no honra al Hijo no honra tampoco al Padre, que le ha enviado por pensamiento perfecto de amor; niega, por tanto, que Dios sepa hacer obras justas.



El redimido tiene un profundo pudor, y nada produce más vergüenza que la mirada de un padre o de un hermano.

Con la buena voluntad se puede todo. Aunque la propia voluntad sea muy imperfecta la ayuda de Dios pone en la voluntad lo que a ésta le falta para ser completa. La humildad

nace en la enfermedad. El buen Dios, por medio de un suceso penoso, puede proporcionar una cosa de la que se carece.

Sólo el juicio de los buenos tiene valor. No se debe escuchar el juicio de los no buenos, que siempre está impregnado de veneno y mentira.

Mucho bien nace de un acto bueno. Las repercusiones de un acto bueno son como ondas sonoras que se difunden hasta muy lejos del lugar en que nacen; o como flujo de viento que arrebatada las semillas y consigo las lleva muy lejos hasta fértiles glebas.

Cuando uno está enfermo de posesión demoniaca y experimenta las crisis más violentas con incoherencias, rabias, lloros y estados de desolación y anhelo de Dios, entonces es que son las fases de la enfermedad llegado el momento de la curación.

Lo que entristece a Dios es el pecado sea cual sea y lo que le pone inexorablemente severo es la resistencia a la Gracia, porque la Justicia no puede perdonar al impenitente que muere siéndolo a pesar de todas las ayudas que tuvo para convertirse.

Todos los cristianos son muy humanos, incluso los santos de la tierra, aunque en grado menor. Algo de humano persiste incluso en los perfectos. Lo humano está filtrado en sus pensamientos. La perfección consiste en no tener conversaciones malas ni siquiera con nuestro interior. Porque Dios ve, y debe ver puro el interior para poder descender a él y morar en él.

Lo primero que se necesita para tener a Dios con nosotros, la primera condición, es no tener rencor y saber perdonar.

Se deben llorar las culpas pero no escandalizarse de ellas pues el escándalo puede ser una trinchera en la que se esconde uno para abandonar a un alma.

Las cualidades necesarias en las tres fases de la salvación de un alma son:

1) Ser íntegros para poder hablar sin temor a que nos hagan callarnos. Hablar a los demás para romper la costra del duro terruño y prepararlo para la semilla de la Verdad. La palabra revelada debe herir para abrir.

2) Trabajar incluso donde otro huiría. Quebrantarse en el esfuerzo de arrancar cizaña y espinas, para poner al desnudo el terreno arado y que resplandezca el poder de Dios sobre él. Firme en un período de espera para dar tiempo a las almas de superar la crisis, meditar y decidir.

3) En el momento en que el alma que en el silencio se ha arrepentido, llorando y pensando

en sus errores, se ha de tener un corazón más grande que el mar, más dulce que un corazón de madre, más enamorado que un corazón de esposo.

El cristiano debe saber hacerse acémila para llevar las debilidades de los demás. El apóstol debe llevar las suyas y las de los demás, junto con sus cruces y las de los demás.

Jesucristo no establece diferencia entre aquel que le ama con su pureza íntegra y aquel que le ama en la sincera contrición de un corazón renacido a la Gracia.

Los que son una sola cosa con Él llegarán a hacer las mismas cosas que hizo si se esfuerzan en superarse en aplastar su humanidad para que triunfe el espíritu. Santificarse por el espíritu de la palabra revelada.

Los buenos no critican. Nunca. Comprenden. Lo que importa no es la crítica del mundo sino el juicio de Dios. Merece la pena perder la amistad de un hombre, su pobre amistad de hombre, con tal de devolver a un alma la amistad con Dios.

Nunca se debe llegar a un acuerdo con los pecadores ni adaptarse a ellos para tenerlos como amigos. En la verdad, en la honestidad, en la conducta moral, no hay ni adaptaciones ni acuerdos. Uno sabe cuando ha actuado bien y para el bien, y eso debe bastar.

Satanás cuando se ve obligado a soltar la presa por una Victoria de Dios, se pone inmediatamente manos a la obra para encontrar otras víctimas. Se venga así de la presa que ha perdido para siempre.

Lo que afianza la curación de espíritu de otro son las torturas que sufre un tercero, que resiste a los asaltos porque es bueno y fiel. Todo lo que acaece y lo que existe en la Creación está relacionado y sigue una ley eterna de dependencias y consecuencias, de forma que el acto de uno produce vastísimas repercusiones naturales y sobrenaturales.

Cuando una persona se convierte heroicamente debe afrontar inmediatamente el mundo, ahogando ese horrendo tirano que es el respeto humano. Debe suceder.

El trabajo de discernimiento de los espíritus exige atención y silencio para oír las voces de las almas y la indicaciones sobrenaturales. Cada conciencia es singular y tiene su modo especial de escuchar y reaccionar respecto a las tentaciones y enseñanzas. Se debe tener una recta inteligencia en la manera de distinguir las conciencias. No es fácil discernir espíritus. Todo lo contrario. Se necesita ojo espiritual enteramente iluminado de luz divina, intelecto penetrado de divina sabiduría infusa, posesión de las virtudes en forma heroica, en primer

lugar la caridad. Se necesita capacidad de concentrarse en la meditación y una unión continua con Dios, olvidando todos los intereses egoístas; vivir para las almas y para Dios. Ser dulces como padres y férreos como guerreros.

Uno debe cumplir la misión que Dios ha encomendado pues si se cumple sin reservas, es holocausto, martirio, gloria. Chorrea lágrimas, sudor, sangre. Pero forma una corona.

Un auténtico converso dice: "...pero te juro, mi Señor, que ahora el mundo al mirarme comprenderá tu poder."

Muchos son los que pasan la vida buscando la Verdad sin llegar a encontrarla.

Para encontrar la Verdad es necesario unir el intelecto con el amor y mirar las cosas no solo con ojos sabios sino también con ojos buenos, porque la bondad vale más que la sabiduría. El que ama siempre encuentra una huella que conduce a la Verdad.

Amar no quiere decir gozar de una carne y para la carne. Eso no es amor. Es sensualidad. Amor es el afecto de corazón a corazón, de parte superior a parte superior, por el que en la compañera no se ve la esclava sino la generadora de los hijos, solo eso, o sea, la mitad que forma con el hombre un todo que es capaz de crear una vida, varias vidas; o sea, la compañera que es madre, hermana, hija del hombre, que es más débil que un recién nacido o más fuerte que un león, según los casos, y que, como madre, hermana, hija, debe ser amada con respeto confidencial y protector. Todo lo que no es esto no es amor, es vicio. No conduce hacia arriba sino hacia abajo, no a la Luz sino a las Tinieblas, no a las estrellas sino al fango. Amar a la mujer para saber amar al prójimo, amar al prójimo para saber amar a Dios.

La Verdad es Dios y nosotros somos dioses si tenemos viva en nosotros el alma, es decir, libre de aquellas culpas que envilecerían incluso al animal y que, no obstante, el hombre cumple y se gloria de cumplir.

Todo habla de Dios: esta tierra que verdece, esta tierra florida, esta fruta que va creciendo en los árboles, estas aves que procrean, estas corrientes de viento que distribuyen las nubes, este Sol que no yerra su alba desde hace siglos y milenios...todo habla de Dios.

Si la ciencia no se apoya en Dios viene a ser error, y no eleva; entes bien, degrada. El saber no es corrupción si es religion. Quien sabe en Dios no cae porque siente su dignidad, porque cree en su futuro eterno. Mas es necesario buscar al Dios real, no fantasmas, que no son dioses sino sólo delirios de hombres envueltos en las vendas de la ignorancia espiritual, por lo cual no hay traza de sabiduría en sus religiones ni de verdad en sus fes.

Basta la buena voluntad de encontrar la Verdad, y antes o después la Verdad se dejará encontrar. Una vez hallada hay que someterse a ella pues suele suceder que una vez encontrada se odia,

acumulando en el intelecto y en el corazón cúmulos de legalismos y formulas que no son sino egoísmos.

Un carácter cristiano no se muestra desabrido nunca, ni siquiera en los momentos más desagradables por algún hecho que le haya sucedido; se le verá, por el contrario, siempre majestuosamente digno, comunicando dignidad sobrenatural al lugar en que se mueve. No se mostrará jocoso, riéndose a mandíbula batiente, ni siquiera en los momentos de mayor alegría; tampoco quejumbroso, con expresión hipocondríaca, ni siquiera en los momentos de mayor desconsuelo.

Su sonrisa debe ser inimitable, rósea cuando aprueba las acciones espontáneas de sus amigos; azul, angélica, cuando se inclina hacia los niños para escucharlos; modelada de piedad cuando observa alguna miseria de la carne o del espíritu; en fin, divina cuando habla de Dios.

Los hombres tienen dos vidas: la del cuerpo y la del espíritu. No hay reencarnación, pero sí hay dos vidas.

Es bueno no ser demasiado absolutos, porque los ángeles del Señor escuchan las palabras de los hombres y las anotan en los libros eternos, y un día podría resultar desagradable el oírse decir: “Hágase contigo según juzgaste” .

En el caos del Universo cuando todo era todavía inexistente Dios hizo primero los elementos que son necesarios, a pesar de que alguna vez parezcan nocivos. Ni la más diminuta gota de rocío existe sin su razón buena de ser; no hay insecto, por pequeño y latoso que sea, que no tenga su razón buena de ser.

El secreto para vivir exentos de estériles dudas que dan a la jornada terrena nerviosismo, agotamiento, está en saber creer que Dios todo lo hace por una razón inteligente y buena, que Dios hace lo que hace por amor, y no por un estúpido intento de mortificar por mortificar.

Todo pesimismo es falta de fe mientras que los que viven sabiendo basar su pensamiento en una premisa de optimismo lleno de luz nunca errarán completamente, aunque los hechos los contradigan.

Los ángeles rebeldes, orgullosos pesimistas veían negrura incluso en las luminosísimas obras de Dios; de la misma forma que en la Tierra los pesimistas ven negrura hasta en las más claras y luminosas acciones del hombre, y, queriendo aislarse dentro de una torre de marfil, pues se creen los únicos perfectos, se autocondenan a una oscura prisión que termina en las tinieblas del reino infernal, el reino de la Negación; porque el pesimismo es también

Negación.

La Creación tiene en sí el indeleble reflejo de su Creador. En la Creación todo es testimonio de Dios, mas tres son las cosas que más hablan de Él: la luz, el firmamento y el mar: el orden astral y metereológico, reflejo del Orden divino; la luz que sólo un Dios podía hacer; el mar, esa potencia que sólo Dios, tras haberla creado, podía meter en sólidos confines, y darle movimiento y voz, sin que por ello, cual turbulento elemento de desorden, dañase la tierra, a esta tierra que lo sostiene sobre la superficie.

Callar es regla de caridad del cristiano hacia los demás y hacia uno mismo, cuando decir que uno es bueno no se puede y no se quiere mentir. Pero diligente brotaría la alabanza a quien viniera a la doctrina cristiana.

No se puede medir la bondad de Dios con la humana. El hombre, después de una culpa, no perdona, aunque él mismo sea también culpable. Dios no se muestra implacable a la primera caída, pero no permite que impunemente el hombre se endurezca en el mismo pecado. A la primera caída, por tanto, no castiga, sino que habla al corazón; pero sí castiga cuando su bondad no sirve para convertir y el hombre juzga tal bondad como debilidad. Entonces descende el castigo, porque nadie se burla de Dios.

El hombre se viene abajo siempre a partir de una ligereza aparentemente inocua. Luego aumenta la condescendencia con el mal. Se forma el hábito de transigir con la conciencia y de descuidar lo que constituye el deber y la obediencia a Dios, y, por grados, se llega al pecado grande.

El hombre no es un instrumento mecánico. El hombre está dotado de cerebro inteligente y debe usarlo por sí mismo, según las necesidades y circunstancias. Porque, si bien la letra de la palabra es eterna, las circunstancias cambian. Son raquíticos esos maestros que no saben saber querer el esfuerzo y satisfacción que supone el ir extrayendo gradualmente la enseñanza nueva, es decir, el espíritu que siempre está contenido en las palabras antiguas y sabias. Serán semejantes al eco, que lo único que puede hacer es repetir, incluso hasta el infinito, una sola palabra, sin decir ni siquiera una de su propia cosecha.

Los pueblos sienten la necesidad de elegirse a uno que cargue con todas las responsabilidades para con sus súbditos, para con las naciones vecinas y, lo que es más tremendo, para con Dios. En efecto, si el juicio de la historia es terrible —en vano los intereseses de los pueblos tratan de mutarlo, pues hechos y pueblos futuros lo devolverán a su primera, tremenda verdad-, todavía peor es el juicio de Dios, quien no sufre presiones de nadie, ni está sujeto a cambios

de humor o de juicio – como demasiadas veces les sucede a los hombres-, ni todavía mucho menos a errores de juicio. Por tanto, los elegidos para dirigir pueblos y crear historia tendrían que actuar con justicia heroica propia de los santos, para no caer en la ignominia en los siglos futuros y recibir el castigo de Dios por los siglos de los siglos.

El hombre, pues, tendría el deber de responder a la tentación del demonio, del mundo y la carne: ¿Puedo yo dejar de ser espiritual para ocuparme de cosas materiales y pecaminosas?.

Muchos se dirigen a la persona dulce para tenerla como rey; no tanto por admiración de su dulzura, cuanto porque esperan que, siendo muy dulce, acabe transformándose en un rey de tres al cuarto, del cual podrán obtener todo tipo de consenso y con el cual podrán permitirse todo tipo de licencias. Pero la dulzura no es debilidad; es bondad, justa, inteligente, firme. No se debe confundir nunca dulzura con la debilidad: la primera es virtud; la segunda defecto. Y, precisamente por ser virtud, comunica a quien la posee una rectitud de conciencia que le permite resistir a las solicitaciones y seducciones humanas (que pretenden doblegarse a sus intereses, que no son los de Dios) y permanece fiel a su destino, a toda costa. El dulce de espíritu no rebatirá nunca con acritud las recriminaciones de los demás, no rechazará nunca con dureza a quien le solicita; no obstante, perdonando y sonriendo, dirá siempre: “Hermano, déjame a mi dulce suerte. Estoy aquí para consolarte y ayudarte, pero no puedo ser rey como tú lo concibes, porque una sola realeza me interesa y me preocupa, por mi alma y por la tuya: la espiritual” .

Sucede con los reyes que un primer compromiso con la propia misión, un primer gesto de encogerse de hombros ante la voz de la conciencia (y ello porque las alabanzas son dulces y porque agrada ese aire de protector solicitado)... llega un momento en que ya no es el rey el que reina, sino los intereses de los demás. Estos intereses atan al rey, le amordazan, hasta ahogarle; y le matan si, siendo ya más fuertes que él, ven que no se da prisa en morir. También el hombre común, que es lo mismo un rey en el espíritu, se pierde si acepta realezas menores por soberbia o ambición. Y pierde su serenidad espiritual, la que le viene de la unión con Dios. Porque el demonio, el mundo y la carne pueden dar un poder y gozo ilusorios, pero a costa de la alegría espiritual que viene de la unión con Dios.

La corrupción de la humanidad es causa de que se tomen por verdadera realeza la tiranía y la crueldad; la mansedumbre y bondad, por estupidez y bajos sentimientos. El hombre no se somete al Bien, pero sí se somete al Mal. El Mal lo seduce. La consecuencia es que el Mal le consume con fuego.

Un amor para serlo verdaderamente, jamás debe ser exclusivismo. Cuando uno sabe amar

sólo un objeto y no sabe amar ningún otro, amado por el objeto de su amor, demuestra que no está en el verdadero amor. El amor perfecto ama, con las debidas gradaciones, a todo el género humano, a los animales y plantas, estrellas y agua, porque todo lo ve en Dios. Ama a Dios como conviene y ama todo en Dios. Mira que el exclusivismo en amor es muchas veces egoísmo. Hay que saber, por tanto, llegar a amar también a los demás por amor.

Un cristiano descansa en la oración. Tanto en la alegría como en el dolor, en la paz como en la lucha, nuestro espíritu necesita zambullirse enteramente en el océano de la meditación para reconstruir aquello que el mundo y las diversas vicisitudes derriban, y para crear nuevas fuerzas para subir cada vez más.

Se suele hacer uso y abuso de la oración vocal siendo siempre mucho más útil para el espíritu la elevación mental a Dios, la meditación, en que, contemplando su divina perfección y nuestra miseria, o la miseria de tantas pobres almas llegamos realmente a orar, o sea, a amar. Porque la oración, para que sea realmente oración, debe ser amor.

A la hora de juzgar sería humanamente justo decir: “Hágase con vosotros lo que vosotros habéis hecho” pero el Dios cristiano cuando juzga quiere confiar al pecador a una expiación sobrehumana. Una enfermedad que produzca horror puede salvar por una parte de la justicia humana y al mismo tiempo es misericordia divina pues le ofrece la posibilidad de enmendarse.

Mejor que preguntar si un enfermo se curará o no habría que preguntar si se va a convertir o no. Porque es preferible morir enfermo y santo que no sano y pecador.

El pueblo de Dios observa mucho, sólo nominalmente, la Ley que Dios ha dado; en realidad no la observa. Ahí está la Ley. La analizan, la escrutan, la descuartizan...hasta que muere torturada con minuciosas sutilezas.

La Ley está en el pueblo de Dios, pero su presencia es como la de los árboles petrificados en el desierto. Han venido a ser sílice. Muertos. Objeto de engaño. Objeto destinado a disgregarse sin servir; antes al contrario, perjudicando, porque crean espejismos que seducen y, atrayendo hacia su muerte, alejan de los verdaderos oasis y, hacen morir de sed, de hambre, de desolación. Es una muerte que atrae a otros a la muerte, como se lee en algunas fábulas de mitos paganos.

Callar es otorgar y no se debe dar el visto bueno a los pecados; ni de los pequeños ni de los grandes. Tanto la persecución como la muerte por fidelidad al deber cristiano son gloria para el hombre. El mártir es siempre glorioso. La vocación está por encima de la sangre. El

primer mandamiento está dedicado a Dios.

La muerte de un hijo es siempre para una madre un dolor distinto de todos los otros dolores, porque el golpe de la muerte de un hijo lacera no sólo el corazón y el cerebro sino las propias vísceras. Las madres permanecen unidas siempre al hijo.

No obstante esto una madre dejaría de amar a un hijo cristianamente y pensaría que siempre se ha equivocado, que ha sufrido el error si viera a su hijo perder su perfección rebajando su pensamiento a consideraciones humanas perdiendo de vista las consideraciones sobrehumanas, o sea: redimir a los hombres, por amor a ellos y para Gloria de Dios, a costa de crearse penas y rencores.

Un hijo que perdiera de vista las consideraciones sobrehumanas sería amado como un hijo descarriado por efecto de una fuerza maligna, por piedad, por el hecho de ser hijo, porque sería un desdichado. Pero no sería amado con esa plenitud de amor con que sería amado si es fiel al Señor. Cada uno recibe de Dios la ayuda proporcional a su misión.

Muchos de los que se dicen pertenecer al pueblo de Dios no quieren saber quién es Jesús. Son incredulos voluntariamente; a la anticaridad, por tanto, une la incredulidad y niega la esperanza. Pisotear las tres virtudes principales no es un pecado mínimo sino grave.



Ciertas reacciones humanas manifiestan que perdura el hombre viejo del pueblo de Dios, con todos sus conceptos y prejuicios, y cómo todavía no ha salido de él, cual mariposa de su larva, el hombre Nuevo, el hombre de Cristo, el hombre que del Cristo tiene la grande, luminosa, misericordiosa mentalidad y la aún mayor caridad.

Dios crea el Nuevo pueblo de Dios precisamente con aquellos medios que el hombre viejo despreciaría.

Hay que saber dar una santa valoración de las conversiones y no juzgar con malsano juicio la presencia ciertos pecadores criticando y ridiculizando dichas resurrecciones.

Cada conversión es una resurrección. Resucitar un cuerpo es un milagro siempre relativo,

destinado a quedar un día anulado por la muerte. No se da inmortalidad al resucitado en cuerpo sino al resucitado en espíritu. En el resucitado en espíritu está presente su voluntad y por tanto hay mérito del resucitado a diferencia del resucitado en el cuerpo.

Los discípulos de Jesús deben ser otros Jesús.

Todo es susceptible de buenas acciones, hasta las cosas aparentemente menos apropiadas. Dios tiene poder para realizar prodigios con las materias menos adecuadas si se usan con recto fin. Cada alma es un fuego sagrado, encendido por Dios en el altar del corazón para que consuma el holocausto de la vida con amor al Creador. Toda vida es holocausto, si se emplea bien; cada día es un holocausto que ha de arder con santidad.

No basta el heroísmo de la persona que se convierte sino que es necesario también el heroísmo de quien convierte porque las almas se salvan con el sacrificio nuestro. Una persona arrepentida se funde con Dios en el fuego del arrepentimiento, llama con llama. La llama del arrepentido deja de ser llama relativa de ser creado para ser llama infinita de Ser increado. Los grandes pecadores entregados a la conversión no se quedan con nada del pasado, consumiéndose primero ellos mismos.

Nunca un concepto desviado, una sospecha farisaica de contaminar a Dios llevándole un pecador arrepentido debe detener de cumplir la misión evangélica.

Jesús no pone jamás obstáculo a las buenas aspiraciones de un alma enamorada pues ha venido a predicar, con los hechos, que en el sufrimiento hay expiación y en el dolor redención y no puede contradecirse.

Debe de amarse espiritualmente de la misma forma que se ama por razones de trabajo.

Es necesario perseverar hasta el final. Perseverar es la gran palabra para todas las cosas buenas.

Dios ha plantado la vid de su pueblo en un lugar apropiado, y le ha procurado todo lo necesario para crecer y dar frutos apoyándose en los maestros para que pudieran comprender más fácilmente la Ley y para que fueran su fuerza. Pero los maestros quisieron ser más que el Legislador hasta hacerse valer por encima de la eterna palabra. Y así el pueblo de Dios ha quedado estéril.

Una madre cristiana hace la voluntad de Dios a través del destino de sus hijos siendo

ese su martirio redentor.

Dios no retira nunca una gracia que ha concedido. Uno debe estar tranquilo al no querer pecar. Debe vigilar, eso sí, pero no tener miedo.

Hay animales que se los considera animales sagrados que representan a un dios, y, de la misma forma que los cristianos ofrecen el sacrificio a Dios, ellos, los pobre idólatras, lo hacen con las formas y errores que su condición comporta.

El cristiano no debe ser objeto de escándalo para los que están naciendo a la Luz pues una imperfección perjudica a la redención de un pagano o de un pecador más que todos los errores del paganismo.

La nueva Ley cristiana es el fruto de la antigua, o sea, es la perfección alcanzada por el árbol de la Fe. El Deuteronomio es intocable. Incluso cuando triunfe el Reino de Cristo con sus nuevos códigos y disposiciones, seguirá aplicándose en los nuevos dictámenes, de la misma forma que los sillares de las antiguas construcciones se usan para las nuevas porque son piedras perfectas con que se hacen fuertes murallas.

Fe presupone esperanza segura. Se puede creer que se llegará a Dios si se espera en su bondad. Uno se mantiene a flote en la vida esperando en una eternidad. Se persevera en la justicia porque nos anima la esperanza de que Dios ve todas nuestras buenas acciones y nos premiará por ellas.

Se hace vivir la caridad porque hay esperanza. La esperanza precede a la caridad y la prepara. Porque un hombre necesita esperar para poder amar. Los desesperados ya no aman.

La escalera que conduce a la caridad está hecha de los peldaños de la fe y la barandilla de la esperanza. El hombre espera para creer, cree para amar.

No tener esperanza quiere decir que la rebelión a la Ley la ha matado en su interior; rebelión es, en efecto, aunque esté encubierta por parámetros sagrados, siempre que no hay aceptación íntegra de la palabra de Dios.

Cuando no hay ni fe ni caridad el divino yugo, que Dios ha dado al hombre para que se haga de él obediencia y mérito, la celeste luz que Dios ha dado al hombre como exorcismo contra las serpientes del Mal, para obtener salvación de ella, han perdido su brazo transversal, el que sujetaba la cándida llama y la llama roja: la fe y la caridad; y las tinieblas han bajado a los corazones.

No basta haber vivido en el Templo o haber pertenecido a él, no basta saber de memoria las palabras del Libro; es necesario saber hacerlas vida de nuestra vida mediante las tres virtudes divinas. Donde la fe, la esperanza y la caridad viven todo es suave, incluso la desventura; porque el yugo de Dios es siempre ligero, pesa sobre el cuerpo, pero no debilita el espíritu.

Un cristiano necesita fortaleza, constancia, paciencia y sagacidad sin límites. Tiene que ser justo con caridad, con una fe simple y pura como la de un niño, y al mismo tiempo erudita, propia de un verdadero maestro, para sostener la fe, agredida en muchos corazones y por muchas cosas contrarias, y para refutar los errores de los falsos cristianos y las sutilezas doctrinales del viejo pueblo de Dios, el cual está más ciego que nunca porque ha matado la Luz y forzado las palabras proféticas e incluso los mandamientos del Padre para persuadirse a sí mismo, y así darse paz, y persuadir al mundo, de que los patriarcas y los profetas no hablaban de Jesús de Nazaret, sino que era solamente un pobre hombre, un iluso, un desquiciado para los mejores o un hereje endemoniado para los menos buenos.

Entonces el cristiano debe ser otro Cristo. Deberá tener presente a Jesús, sus actos, su palabra, sus obras; deberá vaciarse en Él como si se depositara suavemente en el molde de arcilla que usan los fundidores de metales para darles una impronta.

Lo que hay que hacer es convencer al cristianismo a aquellos que, por ser ya pueblo de Dios, creen a pies juntillas que están en lo cierto. Convencer que el Reino de Dios no es de este mundo, sino que es el Reino enteramente espiritual de los Cielos, cuyo preludeo es una vida cristiana, o sea, una vida en que los valores preponderantes sean los del espíritu.

El convencimiento se obtiene con una firme dulzura sin necesidad de echar las manos al cuello para persuadir pues estamos rodeados de fanáticos, fanáticos cristianos y fanáticos católicos. Los primeros quieren acciones de fuerza o permiso para llevarlas a cabo y los segundos marcharán en contra de los cristianos sinceros como si fuera una guerra santa en defensa de la vieja Fe y de sus símbolos y ceremonias.

Un cristiano habrá de saber amar con perfección para poder ser líder santamente. La encarnación de Dios en Jesús fue para todo el género humano, así pues, no se puede considerar a los gentiles como estiércol sino tratarlos con dulzura que no rechaza, limitándose a ser inquebrantable sólo en el dogma. Se debe ser condescendiente para con otras formas materiales de vida que no menoscaban el espíritu y son distintas a la cristiana. No se debe pretender que los gentiles muden de repente sus usanzas.

Muchos en el pueblo de Dios son y serán más idólatras y crueles que el más bárbaro de los idólatras del mundo y sacrificarán víctimas humanas a sí mismos y a su orgullo.

Un líder cristiano debe velar y cuidar porque no haya celos ni calumnias en la asamblea de los fieles, como tampoco resentimientos ni espíritu de venganza. Vela y cuida porque la carne no pase a dominar sobre el espíritu pues no podría soportar las persecuciones aquel cuyo espíritu no fuera soberano de la carne.

El trabajo de Dios no es nunca fastidioso aunque la apatía de los espíritus, la volubilidad y preferencias del mal sean desalentadoras. Las pobres almas deben producirnos compasión, no fastidio. Tenemos que tener siempre un corazón de padre, de padre bueno que nunca siente fastidio por las enfermedades de sus hijos.

Los sacramentos son formas del culto para administrar la Gracia, o devolverla, o fortalecerla en los fieles. La palabra del sacerdote, miembro de la Iglesia de Cristo, consagrado a su servicio, o de otro verdadero creyente que en casos excepcionales le substituya, será la que obrará el milagro de la redención del bautizado de la culpa original.

En el mundo cristiano es el Espíritu Paráclito quien da pensamientos santos. Todos los cristianos tienen los mismos pensamientos para la Gloria de Dios en su Iglesia, aunque de todas formas habrá siempre todavía divergencias.

En los momentos de mayor peligro es cuando un líder cristiano más tendrá que velar por su iglesia como si fuese su hija más amada y estuviera a las puertas de la muerte. El ejemplo del líder cristiano fortalecerá el espíritu de los fieles.

Se debe tener prudencia al aceptar fieles malos, causa de encándalo y de peligro para los demás. Es mejor ser pocos buenos que muchos no buenos.

Si uno encuentra también sus traidores se debe tratar por todos los medios de hacerles cambiar, reservando las medidas severas como último recurso.

Si se trata sólo de pequeñas culpas, individuales, no manifestar una severidad apabullante. Para redimir a un corazón es más eficaz el perdón sazonado de lágrimas y palabras de amor que no un anatema.

Los discípulos pueden realizar lo que el Maestro cuando lo hacen con un santo motivo. Con la piedad, con el deseo de que amen a Jesucristo se puede curar tanto con el llanto como con la confianza en su Nombre.

Cuando uno debe hablar y no lo hace por miedo a no cumplir el deseo de Jesús de

iluminar y levantar los corazones se hace mal porque falta la confianza en el Señor.

También puede ser que uno no hable, no por miedo a ser comprendido sino por desprecio en el hacerse comprender de unos pobres ignorantes en todo excepto en la virtud. Esto es peor.

El Evangelio es realmente la Buena Nueva comunicada a los pobres, enfermos, esclavos, afligidos. Luego sera también de los demás, pero se da precisamente para que los infelices, de todo tipo de infelicidad, reciban ayuda y consuelo.

La gran fuerza del universo es el amor. Todas las catástrofes de la Tierra provienen de la falta de amor, empezando por la muerte y las enfermedades que nacieron de la falta de amor de Adán y Eva hacia el Señor altísimo. Porque el amor es obediencia. El que no obedece es un rebelde y el rebelde no ama a aquel contra el cual se rebela. Las guerras, la destrucción de una o dos familias rivales provienen del egoísmo, que es falta de amor.

Un cristiano nunca venga las ofensas contra sí mismo; pero, eso sí, pasa al Padre a aquellos que obstinadamente persisten en su pecado de egoísmo para con el prójimo y que, sacrílegamente, se burlan del precepto, y que, cuantas más palabras se les dice para persuadirlos, cuantas más obras, junto a las palabras, se hacen para convencerlos en orden al amor, más crueles son.

Se debe cumplir el deber del trabajo. Cuanta más humanidad se use con el trabajador, mayor habrá de ser la alegre diligencia con que se trabaje, para devolver, con el trabajo, humanidad a quien humanidad dé.

Si bien es cierto que los jefes deber ser humanos para con sus subordinados, no es menos cierto que los siervos tienen el deber de ser buenos con sus jefes.

Las riquezas son obra no de quien las posee sino de los que para ellos las han atesorado. Se debe recordar que no hay que gloriarse de ellas ni avasallar por ellas, sino, más bien, usándolas con amor, discreción y justicia, hacer de las riquezas algo bueno también para los demás, para que nos mire sin severidad el verdadero Dueño, que es Dios, y que no se compra con talentos de oro ni se seduce con joyas, sino que antes al contrario su amistad se conquista con las buenas acciones.

El cristiano debe superar el mal que sufre de manos del hombre tentado por Satanás; al otro lado de esa barrera que cuesta lágrimas sabe ver la verdad del dolor y su belleza. El dolor viene del Mal. Pero, Dios, no pudiendo abolirlo porque la fuerza del Mal existe, le obliga a extraer de su veneno el jugo de una medicina que da vida eterna: porque el dolor

con mordiente, inocula en los buenos reacciones tales, que los espiritualizan cada vez más y los hacen santos.

Debe tenerse presente que cuanto más penoso es el cumplimiento del deber, mayor es el mérito a los ojos de Dios.

La oración no está en la acción sino en el sentimiento. La oración es la conversación del corazón con Dios, y debería ser el estado habitual del hombre.

Demasiadas veces se invoca el Nombre del Señor y su bendición como premio o garantía de las maldades del hombre. Está escrito: “No tomarás el Nombre de Dios en vano” . No hay nada más vano y más malo que nombrarle para cumplir un delito contra el prójimo.

Es pecaminoso indagar, observar, prepararlo todo con la finalidad de perjudicar al prójimo; como también es pecaminoso el hacer que otros indaguen, observen y preparen todo para perjudicar al prójimo: es inducir a los demás al pecado tentándolos con recompensas o amenazándolos con represalias. Una conducta semejante es egoísmo y odio. El odio y el egoísmo son los enemigos del amor.

La victoria del que perjudica a su prójimo durará cuanto la hierba del prado: crecerá pronto, y pronto se secará y será triturada por el pie indiferente de los que pasan. Sin embargo, la buena conducta, la vida honrada, parece como si tuviera dificultad en nacer y consolidarse, pero, una vez formada como hábito de vida, se hace árbol robusto y frondoso que no será descuajado por el torbellino ni abrasado por la canícula; en verdad, quien es fiel a la Ley, verdaderamente fiel, se hace árbol poderoso que no sera combado por las pasiones ni quemado por el fuego de Satanás.

Hay una cosa que supera al milagro y que convence igualmente a las multitudes, y con mayor profundidad y duración: una vida santa.

El infierno es poco para lo que se merece el que engañe aparentando ser mensajero de Dios siendo en realidad por dentro vil y diabólico.

Si bien se debe honrar y respetar a los mensajeros de Dios, el ojo del hombre debe ir más allá del medio, debe ver al mensajero y debe ver el fin, ver a Dios y su obra más allá del medio, que demasiado frecuentemente es deficiente.

Sólo en casos de culpas graves que dañen la fe de los corazones se tomarán medidas para amputar el miembro corrompido, porque no es lícito que por un sacerdote demonio se pierdan almas de fieles.

El cristiano no buscará nunca “lo mejor” para el cuerpo mortal. Antes bien, le dará siempre lo peor y se reservará todos los derechos al espíritu. Se dará siempre preferencia a los pobres.

El cristiano dado que no tiene el poder de Cristo necesita tener mayor prudencia y sencillez; mayor sagacidad, para evitar, por ahora, cárceles y flagelaciones. Debe ser, pues, prudente como la serpiente y sencillo como la paloma pues el mundo es, en verdad, más de lobos que de ovejas.

Todo cristiano debe ser consciente de sus limitaciones pues el ser humano raramente soporta ni siquiera una mirada irónica o iracunda. No obstante, llegará un tiempo en que su carácter será fuerte como héroe en la persecución, un heroísmo que será llamado “locura” . Este mal denominado “locura” será la identificación, en virtud del amor, del hombre con el Hombre-Dios.

El hombre ha dado muerte a Dios, en la Carne del Hombre Dios y en el alma de sus asesinos.

Verdaderamente los enemigos del hombre, además de los demonios, son los propios hombres; enemigos del hombre Nuevo, del cristiano, serán los de su propia casa, con sus quejas, amenazas o súplicas.

El que reconoce al profeta en el profeta es señal de que también él es profeta, es decir, muy santo porque el Espíritu de Dios le tiene en sus brazos; y quien reconoce a un justo como justo demuestra que él mismo es justo, porque las almas semejantes se reconocen.

Todo cristiano tiende a ser ciudadano del Reino y por su propia voluntad es violento consigo mismo, con un fin santo. El Reino de los Cielos es de los que saben conquistárselo con la fuerza opuesta al Mal, y son los violentos los que lo conquistan.

No se debe despreciar nunca el don de Dios, ni usarlo para hacer el mal.

Un cristiano es un obrero responsable que trabaja hasta que se termine el material. No confunde nunca el objeto con la acción. De un objeto hecho por Dios se hace una reliquia para el espíritu, dando a su espíritu la enseñanza derivada de la acción divina: las virtudes de la caridad, la humildad y la laboriosidad. Dios enseña con la acción predicando la caridad en la práctica.

El cristiano cree en Dios Padre y en Él encuentra a su posible padre perdido.

La hipocresía es pecado y la palabra, si no está corroborada por la acción es viento. Al igual que en una nuez encontramos una envoltura dura que parece un cofre mágico que tiene dentro la semilla con la pulpa y el germen, el hombre tiene el cuerpo que es el hueso duro en el que está cerrada la pulpa: el alma; y dentro de ella el germen que Dios ha depositado formado de muchos elementos el principal de los cuales es la caridad. Es la caridad la que hace de palanca para abrir el hueso y librar al espíritu de las constricciones de lo material y restablece su unión con Dios, que es Caridad. La caridad se hace sólo con la caridad.

Por llevar a Dios un alma, ningún trabajo debe pesar. El trabajo, sea cual fuere, no es nunca humillante; humillante son las acciones bajas, las falsedades, las denuncias mentirosas, la crueldad, los abusos, la usura, las calumnias, la lujuria. Estas cosas son las que envilecen al hombre, aunque a pesar de ello, se lleven a cabo sin sentir vergüenza.

La esperanza (patíbulo de la humanidad y trono de la salvación) es yugo porque obliga al hombre a tener baja su necia soberbia bajo el peso de las verdades eternas. Es patíbulo de esta soberbia. El hombre que espera en Dios, su Señor, se ve obligado a humillar su orgullo, que querría proclamarse “dios”, y a reconocer que él no es nada y Dios todo; que él no puede nada y Dios todo; que él-hombre es polvo que pasa, mientras que Dios es eternidad.

No se debe rechazar a Dios, ni siquiera en las cosas más pequeñas; negar ayuda al prójimo por pagano orgullo es rechazar a Dios.

La doctrina cristiana es yugo que pliega a la humanidad culpable y es mazo que rompe la dura corteza para rescatar de ella al espíritu. El que la acepta, a pesar de ello, no siente el cansancio que producen todas las otras doctrinas humanas, no siente el dolor de ser quebrado en su yo humano, sino que experimenta un sentido de liberación.

La doctrina cristiana (“La Buena Nueva”) y su fe, son el alivio de las cargas agobiantes, de los dolores y trabajos que todos los hombres padecen, algunas veces superiores a las fuerzas humanas desde el niño hasta el anciano, que se pliega hacia la tumba con todos sus desengaños y las heridas de su larga vida.

El cristiano debe tener exclusivamente esa voluntariosa humildad de aceptar la reprensión y de confesar que se ha errado, prometiendo en el corazón la voluntad de la perfección por un fin sobrehumano.

El camino de la santificación es largo y misterioso, y algunas veces se cumple con desconocimiento por parte del que camina, el cual avanza entre tinieblas, sin saber que esta

ceguera espiritual es también un elemento de perfección.

Bienaventurados aquellos que siguen andando sin goces de luz ni de dulzuras y que no se rinden por no ver ni sentir nada y no se paran diciendo: “Mientras Dios no me dé deleites no continuo” .

Pues suele suceder que de inmediato el más oscuro de los caminos se hace luminosísimo y se abre a paisajes celestiales.

Los verdaderos triunfadores sobre los hombres son aquellos que los conquistan con el amor, y el amor es siempre manso y humilde.

Nunca Dios propondría, por otra parte, cosas superiores a nuestras fuerzas.

La concordia, además de deber, es astucia, porque mantiene la independencia, la fuerza, el afecto. Esto es lo que deberían meditar los patriotas, los ciudadanos, los miembros de una familia, cuando, por el capricho de un determinado beneficio, se ven tentados a las siempre peligrosas opresiones y separaciones, peligrosas porque se alternan con los partidos y destruyen los afectos.

No existe sólo la riqueza del dinero, existe también la riqueza del saber. Pocos llegan a la confesión de Salomón: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad” . La ciencia humana es vanidad, porque aumentar sólo el humano saber “es afán y aflicción de espíritu, y quien multiplica la ciencia multiplica los afanes” . Esto no sería así si la ciencia humana estuviera sostenida y refrenada por la sabiduría sobrenatural y el santo amor a Dios.

El hombre no es sólo carne sino que posee una segunda naturaleza espiritual por lo que la sabiduría es concluir que lo único que no es vanidad es el santo temor de Dios y la obediencia a sus mandamientos.

Todo discípulo irá a Jesús una vez que el viejo yo, molécula por molécula, haya quedado deshecho.

Solamente el que no cree debe sentirse desolado por una muerte.

No hay que tener asco del mundo.

Ciertas convicciones humanas son como malas hierbas quemadas que superficialmente parecen muertas y aunque hayan sufrido un duro ataque que las ha arrasado, las raíces están vivas y no han muerto todavía. Hay que vigilar para que ello no suceda; si no, se quedará de

nuevo invadido por las malas hierbas. El ser humano ofrece mucha resistencia a morir y tiene que morir para resucitar. Es decir tiene que pasar una evolución espiritual pues no hay ningún género de reencarnaciones. Los que creen en la reencarnación están en error.

Lo eterno no se destruye y el Creador no tiene límites para sí mismo. No puede pensarse, pues, que permita que un espíritu se reencarne porque llegado un cierto número de espíritus ya no puede haber más. Este pensamiento de una inmortalidad del espíritu ...grande de por sí en un pagano, aunque unido al error de una inexacta valoración acerca de cómo se produce esta inmortalidad- debería ser perfecta en un cristiano. Sin embargo, en el cristiano que lo admite en los términos de la tesis pagana, se transforma en pensamiento disminuido, rebajado y culpable.



El cristiano nunca debe sentir desdén hacia los hombres, ni siquiera si se comportan malamente. Sólo se indigna cuando ve pisoteada la Ley y profanada la casa de Dios, pues está entonces en juego los intereses del Padre.

Nunca debe cansarse de dedicarse a las muchedumbres, a pesar de verlas tan obstusas, tardas, humanas, como para hacer perder el ánimo a los más optimistas en su misión.

Es más, precisamente por estas grandes deficiencias, debe multiplicar hasta el infinito las lecciones, considerando como si fueran escolares retrasados y guiar su espíritu hacia los primeros pasos, de la misma forma que un paciente maestro guía las manitas inexpertas de los escolares para que tracen los primeros signos, para irlos haciendo cada vez más capaces de comprender y hacer. Debe coger de la carne para llevar al espíritu.



El cristiano siente una nostalgia de amor infinita. Vive en la tierra, pero como un cadáver inerte. Decir al Padre “te amo” es su dicha. Decírselo como ser humano además de como dios por participación. Prosternar ante Él el sentimiento del hombre, de la misma manera que le ofrece su palpitante divino.

Un cristiano no se abstrae de las necesidades de los hombres. La caridad debe ser diligente. Como ser humano y después de

haber andado muchos metros se hunde porque la humanidad sobrepuja su espíritu. Cuando uno es muy “hombre” suele tener esa violenta osadía de cambiar volublemente de pensamiento. En cambio, la pureza da prudencia y firmeza.

Todo “hombre-cristiano” desea sobresalir, hacer ver que ninguno ama como él a Jesús, quiere imponerse y sólo por el hecho de ser cristiano se cree ya desarraigado de las debilidades de la carne. Sin embargo en las pruebas da muestras contrarias no sublimes y no sólo deja la delantera al miedo por el peligro de perder la vida, sino que queda reducido a “carne que tiembla” . Cuanto más inminente es el peligro, más quiere valerse por sí mismo el hombre-cristiano. En los momentos precisamente que más tendría que esperar en Jesús, y llamarle, se aleja y le clausura su corazón y hasta llega a maldecirle o le olvida.

Lo engañoso es la maraña de pobres palabras humanas, las palabras que ocupan el puesto de la Palabra; hay que olvidarlas, despojarse de ellas, acercarse desnudo y virgen a la Verdad, para ser vestido y fecundado. Esto requiere humildad. Olvidar todo lo que es cosa de hombre. Recordar todo lo que es cosa de Dios.

Es preciso tener todo hecho dentro de las márgenes del tiempo. Todo ser humano tiene un plazo y antes de que termine ese tiempo tiene que tener todo hecho.

Todo cristiano como criatura que tiende a la vida perfecta, bendita, fatigosa, del siervo de Dios, del ministro de Cristo tiene el deber en esta vida de un amor total a Dios y un amor total al prójimo. Su finalidad: servir. Restituyendo a Dios a aquellos que el mundo, la carne, el demonio le han arrebatado. El modo: con el amor.

Obras de misericordia que las virtudes cristianas enseñan a cumplir:

- *Dar de comer a los hambrientos es un deber de imitación y oración de gratitud al Señor y Padre que nos da de comer.*
- *Dar de beber a los sedientos pues el agua es de Dios y para todos.*
- *Vestir a los desnudos es aligerar su desaliento haciéndolos mejores si ya son buenos o destruyendo el odio si son menos buenos con el amor.*
- *Hospedar a los peregrinos pues todos somos peregrinos en camino que va al Cielo.*
- *Visitar a los enfermos ya que todos los hombres, de la misma forma que son peregrinos, están enfermos pues verdaderamente las enfermedades más graves son las del espíritu.*

- *Visitar a los presos pues la justicia humana juzga mal y no es justo que nosotros nos hagamos ladrones y homicidas quitándoles la esperanza del perdón con nuestro desprecio. La cárcel, como la muerte en el patíbulo es expiación.*
- *Enterrar a los muertos pues la contemplación de la muerte es escuela de la vida. Somos templos y, como tales, merecemos honor. Hay que dar, pues, a los muertos la caridad de un descanso venerado en espera de la resurrección, venerando incluso en el cadáver la obra del Señor.*

Dios ha dado al ser humano unos bienes y el cristiano debe hacer que sirvan a la Justicia y servirse de ellos con justicia. Socorrer con esos bienes a su familia es un deber; tratar con humanidad a los siervos es caridad; debe favorecer a los pobres y ofrecer la ayuda para aliviar las necesidades de los discípulos pobres. Obrando de esta manera las riquezas no serán motivo de tropiezo, antes bien, servirán de ayuda.

El cristiano dedicado a la doctrina de Jesús sufrirá intentos de seducción con donativos por el rico y el malvado para tenerle de su parte y para que consienta su modo de vivir y su pecado. Incluso habrá ministros que cedan a la tentación de los donativos. En esto hay que aprender de Juan el Bautista que poseía la perfección indicada en el Deuteronomio: “No harás acepción de personas, no aceptarás donativos, que ciegan los ojos de los prudentes y alteran las palabras de los justos” .

Hay que saber ser pobres, saber morir sin pactar nunca con el pecado; ni siquiera con la disculpa de usar el oro en pro de los pobres. Es oro maldito pues no se debe aprobar el mal por interés.

Verdaderamente las alteraciones del alma se reflejan en la cara. Es como si el demonio aflorase a la superficie de la persona poseída. Pocos son los demonios que no dejan ver eso que en realidad son, o con hechos o con el aspecto. Y estos pocos son los perfectos en el mal, los perfectamente poseídos.

Por el contrario, el rostro del justo es siempre hermoso, aunque físicamente sea deforme, por una belleza sobrenatural que se expande de dentro afuera.

La vida del hombre depende de su forma de vivir. Y, con la vida, la felicidad en esta tierra y en el Cielo. Porque el vicioso no se siente nunca feliz, realmente feliz; pero el virtuoso siempre, con una felicidad celeste, aunque sea pobre y esté solo. Ni siquiera la muerte impresiona

al virtuoso, porque no siente culpas ni remordimientos que le hagan temer el encuentro con Dios, ni añoranzas de lo que deja en esta tierra. Sabe que en el Cielo estará su tesoro, de forma que, como quien va a recibir la santa herencia que le corresponde se encamina dichoso y diligente al encuentro de la muerte que le abre las puertas de aquel Reino.

El cristiano debe estar atento a que su preocupación no sea nunca ansiosa, inquieta. El bien es enemigo de las inquietudes, de los miedos, de las prisas; todas estas cosas denotan demasiado todavía la avaricia, la rivalidad, la humana desconfianza. Su trabajo es constante, esperanzado, pacífico; sin arranques bruscos ni bruscas detenciones. Pacíficos en las victorias, pacíficos en las derrotas. El dolor por un error cometido, que le entristece porque con él se ha contrariado a Dios, debe ser también pacífico, debe sentir el alivio de la humildad y la confianza. El abatimiento, el odio hacia uno mismo, es siempre síntoma de soberbia y de falta de confianza. El humilde sabe que es un pobre hombre sujeto a las miserias de la carne, que algunas veces triunfa; el humilde tiene confianza no tanto en sí mismo cuanto en Dios, y mantiene la calma incluso en las grandes derrotas, diciendo: “Perdóname, Padre. Sé que conoces mi debilidad que a veces me domina. Sientes compasión de mí, lo creo. Confío firmemente en que me vas a ayudar, incluso más que antes, en el futuro a pesar de que te satisfaga tan poco” .

El cristiano está siempre preparado como quien va a emprender un viaje o espera a su amo. Como siervo de Dios en cualquier momento puede ser llamado a su presencia.

En el prójimo está contenido todo el género humano tomado en general. Luego, más en particular, todos los de la misma nación; luego, más en particular todavía, todos los de la misma ciudad; luego, restringiendo aún más, todos los parientes; y por fin el amor a los hermanos de sangre, que son los primeros prójimos. El centro del corazón de amor es Dios: el amor a Dios es el primero que hay que tener. Alrededor de este centro, el amor a los padres, que es el segundo que hay que tener, porque realmente el padre y la madre son los pequeños “Dios” de la tierra, al crearnos y cooperar con Dios en nuestra creación, además de cuidarnos con amor incansable.

La doctrina cristiana es perfección, finura de sentimiento y de juicio, verdad sin metáforas ni perífrasis y por tanto la antipatía, la separación y la indiferencia son ya odio; simplemente porque no son amor. Lo contrario del amor es el odio. Quien ama siente simpatía por el amado; así que, si siente antipatía por él, es que ya no le ama. Quien ama sigue de cerca

al amado con su espíritu, aunque materialmente la vida le haya alejado de él; por lo cual, cuando uno se separa de otro con el espíritu, es porque ya no le ama. Quien ama no siente jamás indiferencia hacia el amado; antes al contrario, todas sus cosas le interesan; así pues, si uno siente indiferencia por una persona, es señal de que ya no le ama.

En conclusión tanto la antipatía, como el hecho de alejarse de un ser o la indiferencia son tres ramificaciones de un solo árbol: el del odio.

Un cristiano antes de curar físicamente deber curar siempre antes el espíritu. Si el enfermo sabe creer en Cristo, vista en él la fe, puede ordenar a la enfermedad que se aleje, y se alejará. Hay que encender, antes que nada, la fe. Comunicar con la palabra firme, la esperanza. No se tiene que temer a los hombres ni al demonio pues no harán ningún mal. Lo único que debe temer es la sensualidad, la soberbia, la avaricia, que pueden ser causa de entrega a Satanás y a los hombres-demonio, que también existen.

Una persona arrepentida sabe encauzar su temperamento hacia la perfección, y, en el caso de que sea de un temperamento de poderoso absolutismo, se lanza sin reservas por ese camino. Es el caso de María de Magdala que utilizó su experiencia del mal para ser potente en el bien como lo fue en el mal; usando los mismos sistemas de darse enteramente, que tenía en el pecado, se dió toda a Dios. Llegó a ser María de Lázaro que comprendió la ley del “ama a Dios con todo tu ser, con tu cuerpo y con tu alma, con todas tus fuerzas” .

No es necesario saber si entre los cristianos hay personas sin amor pues sería falta de caridad indisponer hacia un compañero que no supiera amar. No obstante los hay. El amor aún siendo la cosa más sencilla, dulce e infrecuente que hay; no siempre arraiga, aunque haya sido sembrado.

Si bien todos deberían amar a Jesús, ello no es así y los que no lo hacen deben inspirar compasión. Todo el que renace en Jesús, sea con barba o canas, se hace “un niño” que es como decir “el que más sabe amar” .

La curiosidad no merece respuesta, por lo que uno no debe ocuparse de los curiosos. En cambio, a los que ponen buena voluntad se les debe adoctrinar sin engaño acerca de la severidad de la vocación de seguir a Jesús.

Venir a Jesús como discípulo quiere decir renunciar de todos los amores en aras de un solo amor: el suyo. Amor egoísta a uno mismo; amor culpable a las riquezas, a la sensualidad o el poder; amor justo a la propia esposa; santo, hacia la madre o el padre; amor cariñoso

de los hijos y a los hijos o hermanos: todo debe ceder ante su amor, si uno quiere ser de Jesús.

Los discípulos de Jesús han de ser más libres que las aves que extienden su vuelo por el cielo, más libres que los vientos que recorren el firmamento sin ser detenidos por nadie, ni por nada; libres, sin pesadas cadenas, sin vínculos de amor material, sin siquiera las finas telarañas de las más leves barreras. El espíritu es como una delicada mariposa enclaustrada dentro del capullo pesado de la carne; su vuelo lo puede obstaculizar —o pararlo del todo— simplemente la irisada e impalpable tela de una araña: la araña de la propia sensibilidad, de la falta de generosidad en el sacrificio. Jesús quiere todo, sin reservas. El espíritu tiene necesidad de esta libertad de dar, de esta generosidad de dar, para poder estar seguro de no caer en la telaraña de las inclinaciones, costumbres, reflexiones, miedos, tejido todo ello como otros tantos hilos de esa monstruosa araña que es Satanás, ladrón de almas.

Si uno quiere ir a Jesús y no “odia santamente” a su padre, a su madre, su mujer y sus hijos, a sus hermanos y hermanas, e incluso la propia vida, no puede ser su discípulo.

Odiar lo grave del amor, la pasionalidad terrenal del amor al padre y la madre, a la esposa y a los hijos, a los hermanos y hermanas, a la propia vida; pero amar, con la libertad ingrátida propia de los espíritus, a los padres y la vida. Amar en Dios y por Dios, no posponiendo jamás a Dios, no posponiéndole a ellos. Así se amará santamente a los padres y a Dios, y se conciliarán los dos amores, y se hará de los vínculos de la sangre no un peso sino alas, no culpa sino justicia.

Odia su vida aquel que, sin miedo a perderla o a que sea humanamente triste, la pone al servicio de Dios. Pero es sólo apariencia de odio, un sentimiento erróneamente llamado “odio” por la mente del hombre que no sabe elevarse, del hombre todo terrenal, superior en poco a los animales. En realidad, este aparente odio, que es el negar las satisfacciones sensuales a la existencia para dar cada vez más amplia vida al espíritu, es amor; amor es, y del más alto que existe, del más bendito. Negarse las bajas satisfacciones, prohibirse la sensualidad de los deseos, atraerse reprensiones y comentarios injustos, arriesgarse a sufrir castigos, rechazos, maldiciones, quizás persecuciones, todo esto es una serie continua de penas. Mas es necesario abrazarse a ellas, e imponérselas como una cruz, un patíbulo en que expiar todos los pecados pasados para presentarse uno justificado ante Dios; un patíbulo del cual se obtienen todas las gracias, verdaderas, poderosas, santas gracias de Dios para aquellos a quienes amamos. Para ser discípulo de Cristo cada uno debe cargar con su cruz y seguirle. No se puede traicionar la idea cristiana.

El discípulo de Cristo está más allá de la nacionalidad pues lo importante y lo suficiente es ser discípulo. Los cristianos sólo se pueden diferenciar en una cosa, en la santidad; la santidad sera individual y tendrá la medida que cada uno sepa alcanzar. No hay pues división de razas u otras cosas. Se es únicamente cristiano y debe anularse la separación de pertenecer a esta o aquella región. Se tiene una sola patria: el Cielo a la que se ha emprendido voluntariamente el camino. Entre los cristianos sólo hay un enemigo: el pecado.

Incluso puede haber perfectos representantes del viejo pueblo de Dios que deberán ser triturados para adquirir nueva forma. No se trata de hacerles la Guerra, al contrario, de presentarles batalla, amándoles, complaciéndolos en un deseo para sus cerebros momificados, y derramando sobre ellos un bálsamo que han de disgregarles para darles forma nueva.

Un cristiano no debe, por un estúpido escrúpulo del peor fariseísmo, humillar a un alma regenerada. Se ocupará de la tranquilidad de tal alma, velará por su formación. Uno que haya sido pecador puede empezar a decir palabras de sabiduría porque Dios le ha perdonado, porque ha renacido en Dios, porque Dios le ha abrazado. Hay que tener ojos para ver cuando se está consumiendo de penitencia y amor.

Un delator es una abyecta serpiente que se cela bajo apariencia de amigo, y que espía antes de asesinar; esa serpiente que envidia las alas del pájaro, y que le acosa para arrancárselas y meterle en prisión. Cuando el ave está para transformarse en ángel aunque la serpiente pudiera arrancarle las alas (no podrá), éstas se transformarían en su cuerpo glutinoso en alas de demonio. Todo delator es ya un demonio. Mas ninguno debe hacer nada contra el delator pues sería quebranto, por ocuparse de la culebra, dejar perecer el pez.

Para ser de Dios basta la voluntad y el amor, basta la rectitud de conciencia.

Esta existencia no es sino el principio embrional de la vida, y la verdadera Vida empieza cuando la muerte nos da a luz para la Vida eterna, como creyente en Dios.

Según Síntica, que podría considerarse como la primera filósofa cristiana, la única propiedad que tenemos y que nadie nos puede arrebatarnos es el alma libre y debemos conservarla pura para poder razonar según virtud. Pensar y luego obrar con incoherencia respecto al pensamiento no es sino falsa filosofía.

Toda persona o filósofo que quiera encontrar la Verdad debe querer la pureza a costa de la vida. Persistirá con templanza y fortaleza a las presiones externas pues bastaría querer y poder ser libre y feliz según el mundo cambiando el saber por el placer.

No obstante un ser humano no es un “objeto” y no debe consentir en serlo pues buscar por medio del sentido es siempre imperfecto.

El alma sea cual fuere, tiene siempre en sí misma algo de lo divino, especialmente cuando, con esfuerzo, se ha preservado del error y tiende a las cosas que tienen su misma naturaleza.

El “yo” no se comercia a precio de moneda a menos que uno se venda a alguien esperando un beneficio. Un tráfico ilícito, semejante al que el alma contrae con Satanás. Es más, mayor, porque además de al alma abraza también al pensamiento, o juicio, o libertad del hombre.



Un filósofo no debe aspirar a despojarse de todo lo que sabe. Lo que debe hacer es entresacar de ese saber suyo aquello que sea un átomo de Inteligencia eternal, conquistado por mentes de innegable valor.

Todo es error en la religión de los dioses. Sólo hay un Dios, que no es engendrado por otros, que no subyace a las pasiones y necesidades humanas, un Dios único, eterno, perfecto, creador.

Las almas, de los más antiguos, que dieron una religión, recordaron confusamente, hasta donde puede una persona imperfecta, que está al margen de la religión revelada.

En el mundo hay muchas religiones y si tuviéramos en un cuadro claro todos los detalles de ellas, veríamos que hay como un hilo áureo perdido entre abundante fango, un hilo con nudos; y, contenidos en estos nudos, retazos de la Verdad verdadera.

El mundo es cruel. Destroza a sus víctimas.

Cuando alguien se ríe de una cosa que todos saben, de un hecho que todos conocen es una imperfección respecto a la caridad. No es pecado como es la maledicencia o la calumnia, y ni siquiera como una acusación velada, pero es, de todas formas, una falta de caridad. Es como un hilo sacado en una tela. No es un desgarrón, ni que la tela esté consumida, pero es algo que va contra la integridad de la tela y su belleza, y facilita deslavazaduras y agujeros.

Hay carcajadas que ofenden a la caridad más que un bofetón. Corramos un velo sobre las faltas de los hermanos pues es innecesario recordarlas. Sea siempre nuestro primer pensamiento: “¿Desearía eso para mí?”. Abandonemos todo en Dios, incluso el juicio sobre las personas.

Según el Génesis en sus comienzos encontramos un pecado complejo, un pecado que abraza los tres estados del hombre: material, pensamiento y espíritu. Luego un fratricidio, un dúplice homicidio, corrupción y a pesar de la purificación del Diluvio y la reconstrucción de la raza a partir de un buen germen volvió a aparecer el fermento soberbio, el ultraje a Dios: “Vamos a tocar el cielo” y también la maldición divina: “Dispérsense y no se comprendan”. El único tronco se dividió: la raza se separó en razas.

La Humanidad puesta en fuga por su pecado y el castigo divino, se dispersó y no se volvió a reunir, llevando consigo la confusión que la soberbia había creado.

Pero las almas recuerdan, siempre queda algo en ellas; y las más virtuosas y sabias vislumbran una luz, aunque débil, en las tinieblas de los mitos: la luz de la Verdad. Es este

recuerdo de la Luz, vista antes de la vida, lo que remueve en ellas verdades que contienen retazos de la Verdad revelada.

Una ciudad puede ser muy bonita porque Dios le ha dado las Colinas, el arroyo, la verde llanura y se construyen casas y edificios bellos. Pero depende solamente de los ciudadanos el dar a la ciudad el nombre de santa y justa. La ciudad es como la hacen sus habitantes. Porque la ciudad es una parte de la sociedad pero quien hace la ciudad son los ciudadanos.

Los ciudadanos son los individuos que forman, uniéndose, una cosa múltiple, pero al mismo tiempo una cosa individual, que se llama "ciudad" .

Cuando hay unión en el propósito de realizar algo, cada ciudadano tratando de superar al otro en conseguir un fin común, es seguro que se logrará.

Por tanto, hace falta Concordia entre los ciudadanos para construir el bien de la ciudad, y, como consecuencia, de los propios ciudadanos, porque en la sociedad el bien de ella redundará en el bienestar de quienes la componen.

Ahora bien, no sólo existe la sociedad humana, la sociedad de los ciudadanos, o de los miembros de la misma patria, o la pequeña y amada sociedad de la familia. Existe una sociedad más grande, infinita: la de los espíritus.

Todos nosotros que vivimos, tenemos un alma. Esta alma no muere con el cuerpo, sino que a la muerte del cuerpo sigue viviendo, eternamente. Idea del Creador Dios, que ha dado al hombre el alma, era que todas las almas de los hombres se reunieran en un único lugar: el Cielo, constituyendo el Reino de los Cielos, cuyo monarca es Dios y cuyos súbditos bienaventurados serían los hombres tras una vida santa y una plácida dormición. Satanás vino a dividir y a crear desorden, a destruir y a afligir a Dios y a los espíritus. E introdujo el pecado en los corazones, y, con el pecado, acarrió la muerte al cuerpo al final de la existencia, con la esperanza de dar muerte también a los espíritus. La muerte de los espíritus es la condenación, que es un seguir existiendo, sí, pero con una existencia privada de aquello que es verdadera vida y júbilo eterno: de la visión beatífica de Dios y de su eternal posesión en las luces eternas. Y la Humanidad se dividió en sus voluntades, como una ciudad dividida por partidos contrarios. Actuando así, encontró su ruina.

En el Cielo formaremos una gran familia incluso con los que todavía viven. Las almas de los justos no quedan separadas por la muerte sino que constituyen una sola gran familia.

Nosotros trabajamos aquí en la tierra y las almas de los justos nos ayudan con sus oraciones. Y nosotros debemos ofrecer nuestros sufrimientos por su paz. Es una cadena que no se rompe. El Amor une a los que vivieron con los que viven. Y los que viven deben ser buenos para volverse a unir con los que vivieron y desean que estén con ellos.

La jornada nos la da Dios, toda: tanto la iluminada como la oscura: el día y la noche. Es un don vivir y gozar de luz. Es un modo de santificación el modo de vivir por lo que uno tiene que santificar todos los momentos del día, para conservarse en santidad y tener presente en su corazón al Altísimo y su bondad, y, al mismo tiempo, mantener alejado al Demonio.

Observa los pajarillos. Con el primer rayo del sol cantan. Bendicen la luz. También nosotros debemos bendecir la luz, que es un don de Dios, y, bendecir a Dios, que nos la concede y que es Luz. Tener deseos de Él ya desde los albores de la mañana, como para poner un sigilo de luz, una nota de luz en todo el día que transcurre, para que todo él sea luminoso y santo. Unirnos a toda la Creación para alabar al Creador. Luego, a medida que las horas van pasando, y pasando nos traen la constatación de cuánto dolor e ignorancia hay en el mundo, orar también, para que sea aliviado el dolor y caiga la ignorancia y conozcan a Dios, le amen, le eleven sus oraciones, todos los hombres; que si conocieran a Dios se verían siempre consolados incluso en su sufrimiento. En la hora sexta, orar por amor a la familia. Saborear este don de estar unidos a quien nos ama, que también esto es un don de Dios. Pedir que la comida no se transforme de algo útil en pecado. Y, al declinar la tarde, orar pensando que la muerte es ese ocaso que a todos nos espera. Orar para que nuestro caso, de un día o de toda la vida, se produzca siempre con el alma en gracia. Y, cuando se encienden las luces, orar para dar las gracias por el día que ha concluido y para pedir protección y perdón, para echarse a dormir sin miedo a un imprevisto juicio, a los altos demoniacos. Orar, en fin, por la noche para ofrecer reparación por los pecados de la noche, para alejar a Satanás de los débiles, para que en los que hayan incurrido en culpa surjan la reflexión, la contricción, los buenos propósitos que se harán realidad con los primeros rayos del sol. Y así el justo durante todo el día ora, y por estas cosas ora.

La unión con Dios es este tenerle presente en todo momento para alabarle e invocarle. Haciéndolo se progresa en la vida del espíritu.

Ignorar no es pecado, renegar sí. Demasiados de los que tienen noticias de Jesús le han renegado como si fuera espurio, o un ladrón, o un Diablo corruptor; porque en su soberbia han apagado la fe, se han descarriado por caminos no buenos, retorcidos, pecaminosos, abandonando el camino que mi voz les indica. El pecado está en el corazón, en los hechos, en las mentes del pueblo que le rechaza y que, viendo reflejada en todas partes su propia impureza, la ve también en Jesús, más concentrada aún por su odio.

Los que rechazan a Jesús han sido seducidos por los diez preceptos satánicos que se oponen a los diez mandamientos:

Al precepto de amar al verdadero Dios se opone el precepto satánico del desamor a Dios y al precepto de amar al prójimo el de amor a uno mismo.

Al precepto de respetar a los sabados sin profanarlos se opone la corrupción del culto y al de honrar a los padres, la dureza con los padres.

Al precepto de no matar se opone el deseo homicida y al de no robar el afán de hurtar la santidad ajena.

Al precepto de no cometer adulterio se opone la fornicación con Satanás y al de no ser falsos en los testimonios, los falsos testimonios.

A los preceptos de no desear la mujer y las cosas de los demás, se oponen la envidia por la naturaleza y misión del Verbo, el horrendo pecado que fermenta y va madurando en el fondo de los corazones, de demasiados corazones.

Si se cree en Jesucristo entonces el cristiano debe santificar su alma para que la Fe no signifique un don que no sólo sería ineficaz, sino incluso perjudicial.

Se siente castigado quien tiene conciencia de culpa. Esta conciencia de culpa, y no el castigo en sí mismo, debe producir dolor.

Reconstruir una ciudad, dedicándola al Señor, y no reconstruir las almas, cada una semejante a una pequeña ciudad de Dios, es necedad sin igual.

Para reconstruir estas pequeñas ciudades espirituales los materiales que se habrán de utilizar para hacerlas sólidas, hermosas y duraderas están en los preceptos del Señor: los diez mandamientos.

No es el miedo lo que salva. El miedo al juicio de Dios, a las sanciones de los hombres, a las enfermedades. El miedo nunca es constructivo; antes bien, agita, disgrega, desencaja, quebranta. El miedo lleva a la desesperación; lleva sólo a la astucia para ocultar las malas acciones; lleva sólo a temer, cuando ya el temor es inútil porque el mal ya está en nosotros.

El amor, por el contrario, construye. El amor edifica, da solidez, mantiene la cohesión, preserva. El amor porta esperanza en Dios; aleja las malas acciones; conduce a la prudencia hacia el propio cuerpo, que no es el centro del universo (como le creen y le hacen los egoístas, los falsos amantes de sí mismo, porque aman sólo una parte, la menos noble, con perjuicio de la parte inmortal y santa), pero que en todo caso, debe ser conservado sano, hasta que

Dios no decida lo contrario, para ser útiles a nosotros mismos, a la familia, a la propia ciudad, a la nación.

Es inevitable que vengan las enfermedades, y no se puede decir que toda enfermedad sea prueba de vicio o castigo. Existen enfermedades santas, enviadas por el Señor a sus justos, para que en el mundo, que de sí mismo hace el todo y el medio gozo, haya santos como rehenes de guerra para salvación de los demás, los cuales pagan personalmente para expiar con su sufrimiento la dosis de culpa que el mundo diariamente acumula y que acabaría cayendo sobre la humanidad, sepultándola bajo su maldición.

Así pues, es necesario amar para alcanzar la santidad, porque el amor crea, preserva, santifica.

El alma nada pierde con la muerte del familiar perecido. Es más, de las dos partes, ahora una sola está limitada en su libertad, la nuestra, que todavía permanecemos con el alma encerrada en la carne; la otra parte, la que ha pasado a la segunda vida, goza de la libertad y del poder de velar por nosotros y de obtener para nosotros mucho más que cuando nos amaba en la cárcel de su cuerpo.

No debemos tener miedo del Señor: nos llama porque nos ama.



Igual que el agua se alterna con el sol, el calor con el frío y la luz con las tinieblas una persona es distinta a otra. La variedad en la naturaleza es en sí misma cosa buena por lo tanto no se puede pretender que todos los hombres sean iguales. Cada uno tiene su misión y su forma. La infinita diversidad de especies parece signo de potencia del Creador.

No obstante todo hombre y mujer deben saber elevarse a ser espíritus. Se suele temer por estupideces y se preocupa de previsiones inútiles. La Providencia es potente y está presente.

No existe miseria alguna que Jesús no pueda transformar en riqueza; no hay soledad alguna que no pueda borrar. El pasado no existe, cuando el amor le anula.

La muerte es de por sí expiación.

El ser humano no debería ser tan necio como para recibir como verdaderas insinuaciones de cualquiera hasta el punto de preocuparse por ellas. Lo que debería preocupar son las realidades que se ven en el fondo de los corazones y se leen en las frentes destronadas pues todo hombre es rey por el alma y su trono está en el Cielo. Pero cuando el ser humano prostituye su alma y viene a ser un animal o un demonio, entonces pierde el trono.

Para algunas personas el estar enfermos es un bien pues han comprendido espontáneamente el valor del sufrimiento y de la muerte.

Toda alma es como un pájaro que la carne aprisiona en su jaula y que aspira ardientemente a la libertad del Cielo, anhelando el Sol que es Dios. Ningún amor humano, ni siquiera el santo amor de la madre por sus hijos o de los hijos por su madre, es tan fuerte como para ahogar este deseo de las almas de reunirse con su Origen, que es Dios. Como tampoco Dios, por su perfecto amor hacia nosotros, encuentra razón alguna que sea tan fuerte como para superar su deseo de reunirse con el alma que le desea.

El ocio es penoso. Siempre. Cuando luego se vuelve al trabajo se sufre el doble, porque se ha hecho uno demasiado delicado.

Igualmente sucede con quien se vuelve tibio en el fervor, en la voluntad. Pierde vigor, se hace débil. Más fácilmente se cansa de todo. Con mayor facilidad siendo débil, entran en él los venenos de las enfermedades espirituales.

No conviene estar ociosos creyendo que después se volverá más fresco al trabajo pues no se logrará nunca o con extremo esfuerzo. Se cumple con doble dificultad las obras buenas que antes no le costaba cumplir porque estaba en continuo ejercicio.

Aunque choque contra una mentalidad que viene de siglos y prejuicios errados acerca de la mujer es un error pensar que las mujeres no pueden hacerse apóstoles.

El espíritu humano conserará una tendencia al pecado que no habría tenido sin el pecado original.

Es inútil pretender fijar anticipadamente el tiempo lejano, cuando no estamos seguros del momento que vivimos, ni si nos sera concedido terminarlo.

El afán exagerado y temeroso del egoísta es distinto del cuidado prudente del justo. Pecado es la avaricia dirigida al mañana, que quizás no gozaremos nunca; no es pecado la sobriedad para garantizarse un pan, y garantizárselo a los nuestros, en los tiempos de escasez. Pecado es el cuidado egoísta el propio cuerpo, exigiendo que todos los que están alrededor de nosotros estén preocupados de él, evitando todos los trabajos o sacrificios por miedo a que la carne sufra; no es pecado preservar el cuerpo de inútiles enfermedades, cogidas por imprudencias, enfermedades que luego serán un peso para los familiars y una pérdida de productivo trabajo para nosotros. Dios ha dado la vida. Es un don suyo. Debemos, por tanto, hacer uso de ella santamente, sin imprudencias y sin egoísmos.

Hay que juzgar con sabiduría y prudencia e ir a los lugares donde no hubiera peligro de que nuestra poca virtud fuera sometida a una prueba demasidado dura. Hay lugares en los que hemos estado en el pasado y donde podrían dominar nuestro espíritu las muchas intransigencias humanas y el espíritu podría retroceder.

Un “yo humano” es como le hacen las ideas imperantes y los que entran en contacto con él. Si encuentra solamente corazones justos y mentes inteligentes no sentiría interés en pecar.

Un “yo humano” encuentra dificultades para formarse porque todos contribuyen a doformarle y es débil. Tiene impulsos buenos, deseos rectos, amor por Jesús (desviado en cuanto a la forma) pero no es ayudado a reparar esas partes buenas de las no buenas que forman el yo.

El Hombre Jesús de Nazaret debía sufrir todo, lo sabía y lo quiso por el bien del mundo. Como hombre lo sabía, porque su Espíritu divino lo comunicaba a su humanidad. Expió por el género humano y ofreció su sufrimiento por su conversión.

El Hijo del hombre fue el Primogénito porque fue como habrían debido ser los hijos del hombre, sin mancha.

Jesús de Nazaret siendo Dios y conociendo todo cuanto existe pidió incongruentemente al Padre que por su sacrificio y humillación, salvase a Judas. Por un instante, como Hombre

que no conoce el futuro y que puede forjarse ilusiones pidió el milagro que violase lo signado y lo anulase.

No pidió no ser traicionado pues debería suceder y sucedió sino que pidió no fuese su amigo, su apóstol, el traidor. Ciertamente Jesús no querría que ninguno le traicionara, pero la virtud de la amistad, herida y arrancada se lamentaba y se retorció dolorosamente pidiendo al Padre que no fuese el Traidor aquel a quien había llamado amigo y había amado como tal.

En el cristianismo no permanecerán separaciones de personas y de naciones porque las almas estarán unidas en una sola Patria: la de Jesús. Se congregarán en su Nombre y no serán de diferentes nacionalidades sino almas de Cristo. No se debe querer distinguir a las almas según sus patrias terrenas pues quien así lo hiciera demostraría que no ha comprendido la Caridad, que es universal.

Aunque parezca que no exista, siempre hay en los hombres un parentesco: el de proceder de un único Creador. Porque, aunque luego estos hijos de un único Padre se hayan separado, no por ello ha cambiado el vínculo de origen, de la misma forma que no cambia la sangre de un hijo cuando repudia la casa paterna.

No hay ninguno - aunque fuera el idólatra más lejano de Dios con su idolátrica religión, o el más pagano de los paganos, o el más ateo de los hombres -, no hay ninguno que esté absolutamente privado de una huella de su origen.

El hombre ha perdido de vista el verdadero fin de su vida, y se ocupa de los transitorio. El hombre no sabe, o no recuerda, o, recordando, no quiere prestar obediencia a esta santa orden del Señor de hacer el bien, que es bien en cualquier parte, porque la ley moral existe bajo todos los cielos y en todas las religiones, en todo corazón recto. Y las religiones, desde la de Dios hasta la moral individual, dicen que la parte mejor de nosotros sobrevive, y que según como haya obrado en la tierra así será su suerte en la otra vida.

No obstante Dios perdona la culpa de los corazones que no quieren recordar esta verdad si el alma repudia su comportamiento malo y se propone perseguir durante el resto de la vida el fin verdadero del hombre, que es conquistarse la paz eterna en el Reino del Dios verdadero.

No se debe amar con deshonesto concubinato de intereses, de forma que es “anatema” el extranjero pagano mientras no hay de por medio sensualidad o dinero; y luego, si surgen el deseo carnal o de ganancia ya no es “anatema” .

La disciplina de las armas no repugna a Dios, cuando se cumple con humanidad el propio deber del soldado. Todo consiste en ser siempre moralmente honestos, en todos los trabajos, para ser siempre virtuosos.

El espíritu, cuando es soberano, no se altera ante cualquier soplo del viento, que no siempre puede ser brisa perfumada... Podrá sufrir, pero no se altera. Tenemos que esforzarnos por alcanzar esa soberanía del espíritu.

Jesús sabe que somos hombres y no pretende nada por encima de cuanto podamos dar. Se hace necesario crecer, formarse... Es una obra lenta, un crecimiento continuo en su Vida.

Se debe amar a los malvados también. No por su maldad, sino porque con el amor es como se obtiene para ellos la misericordia que convierte.

Todo lo que hagamos lo debemos hacer con una finalidad clara y sin error. No posponiendo nunca el interés divino al interés humano.

Para muchos “amigo” quiere decir “conocido” ; para otros, “cómplice” ; para otros, “siervo” . Para un cristiano quiere decir “fiel a la Palabra del Padre” . Quien no es tal no puede ser amigo de un cristiano, ni éste suyo.

El Reino de Jesucristo no es un reino a la medida humana. No respecto a lo perecedero, sino a lo eterno. Las victorias contra nosotros mismos nos darán este Reino, no las victorias de armas en el campo de batalla.

La inocencia también es sabiduría, mucho mayor que el bajo y peligroso conocimiento del pecador. Donde la santa ignorancia del mal limitaría la capacidad de guiarse o guiar, suple el ministerio angélico, que jamás se ausenta de un corazón puro. Los ángeles, aun siendo purísimos, saben distinguir el Bien y el Mal, y conducir al hombre puro que custodian por el sendero recto y hacia actos rectos.

Sufrir no es pecar. Es expiar Como un borracho arrepentido no comete pecado, sino que adquiere mérito, si resiste heroicamente a la incitación y deja de beber vino; así mismo, quien ha pecado y se arrepiente y resiste a todas las incitaciones, adquiere un mérito; y no le falta la ayuda sobrenatural para esta resistencia. Ser uno tentado no es pecado. Es más, es batalla

que procura victoria. Dios desea sólo perdonar y ayudar a quien habiendo errado luego se arrepiente.

El cristiano no debe odiar ni siquiera a su enemigo. No debe abrir siquiera una rendija a lo que no es Dios. Hay veces que, por excesivo deseo de combatir a los enemigos con las mismas armas, uno termina pereciendo o vencido. Y, una vez vencido, podría, por contacto, absorber sus doctrinas.

Se debe tener caridad y prudencia pues el cristiano no tiene todavía tanto como para poder combatir estas doctrinas heréticas, sin que ellas mismas contaminen. Porque también el cristiano tiene algunos de sus elementos, de los cuales uno es el odio a ellas. No se debe huir de ellas pero se debe de saber no acogerlas.

Estar al servicio de Cristo es una cosa severa. Quien responde a su llamada y se alista en sus filas para cooperar en la redención del mundo debe estar dispuesto a negarse a sí mismo, al viejo yo con sus pasiones, tendencias, costumbres, tradiciones, pensamientos, y seguirle con su nuevo yo.

Cada cual tiene su cruz aunque le parezca demasiado infamante. Deje que el peso de su cruz triture a su yo humano para liberar al yo espiritual, al cual no produce horror la cruz; antes al contrario, le es apoyo y objeto de veneración, porque el espíritu sabe y recuerda.

Es amor no permitir que en nosotros arraiguen desviaciones de sentimiento y de pensamiento.

Inmortal es quien, habiendo nacido, ya no muere. Así, el alma de los justos es inmortal en el Cielo, el alma de los pecadores es inmortal en el Infierno; porque el alma, una vez creada, ya no muere sino a la gracia. Pero el alma tiene vida, existe desde el momento en que Dios la piensa. La crea el Pensamiento de Dios.

El cristiano no debe juzgar a los hermanos sino que debe juzgarse siempre primero a sí mismo.

El cristiano no descansa y no da tregua al Mal aunque sabe que cuanto más combata contra él más le hará sufrir.

Hay que buscar a Jesús con espíritu sobrenatural sin que domine el espíritu humano con sus curiosidades malsanas en las que quedan la sensualidad y el sentimiento viciado.

La sensualidad del espíritu humano se esconde, sutil como el demonio, de quien es hija,

detrás de apariencias y en actos aparentemente buenos.

El sentimiento viciado quiere cosas extraordinarias para sentirse impresionado y sentir el estremecimiento placentero, el estremecimiento enfermo de los paralizados, que necesitan drogas para experimentar sensaciones con que creerse aún integros y vigorosos. La sensualidad quiere satisfacer sin esfuerzo la gula.

Se ha de seguir a Cristo por el alimento que nutre al alma. Somos almas y la carne es la vestidura, el ser es el alma. Es el alma la que perdura.

Conocer la Ley no es practicarla. La Ley debería darnos la capacidad de realizar obras de Dios. Pero, para hacer esto, deberían haberse hecho unidad en nosotros, como sucede con el aire que respiramos y el alimento que asimilamos, que se transforman en vida y sangre.

Si uno no tiene fe no puede creer en las palabras de Cristo. Para nutrirse de Dios y realizar obras de Dios es necesario que se realice la obra-base, que es ésta: creer en Aquel que Dios ha enviado. Y la fe la da Dios a quien tiene una disposición de buena voluntad.

Debemos buscar al Señor y sus dones celestes, sin ser perezosos, hasta las postreras horas del día o de la vida. Levantémonos para alabarle antes incluso de que lo haga el naciente Sol, alimentémonos con su palabra, que conserva, preserva y conduce a la Vida verdadera.

Cuando una persona no ve ni siente a Satanás es porque forma unidad con ella.

No todos saben tener misericordia con las almas enfermas. Por eso hay que ser prudentes en dar a conocer sus males, para que el mundo no las rehúya y no las dañe con el desprecio. Un enfermo que se ve menospreciado se entristece, y empeora. Si, por el contrario, le asisten con alegre esperanza, puede sanar, porque la alegría esperanzada del que le asiste entra en él y ayuda a la acción de la medicina.

El dolor de las madres, siendo bueno como es, no es estéril; es fecundo. Por su dolor puede ser salvada el alma que ama expiando por él con una intención tan recta que es la indulgencia de los hijos.

La averiguación presupone sospecha y por caridad, no se debe ni siquiera indagar. La sospecha es ya falta de caridad.

La Iglesia de Cristo requiere el sacrificio de todos sus miembros. Desde Jesús de Nazaret

que es su Fundador, su Cabeza mística, hasta todos los apóstoles, hasta todos los discípulos, hasta todos aquellos que lleven el nombre de cristianos y el de pertenecientes a la Iglesia universal. Y, en verdad, los que harán verdaderamente vital a la Iglesia no pocas veces, serán los más humildes de la gran escala de las jerarquías, es decir, aquellos que parezcan simplemente “números” .

Por la fuerza de la bendición se confirma en las acciones pero son las personas las que tienen que cumplir las acciones justas para conseguir el Cielo.



VALORES ÉTICOS CRISTIANOS AGRUPADOS*

1. *Los valores de la pureza y el amor.*
2. *Los valores de la razón y la sabiduría.*
3. *Los valores de la familia y el trabajo*
4. *Sobre los valores de la vida y la sociedad.*
5. *El valor del dolor y el sufrimiento.*
6. *Los valores del arrepentimiento y la oración.*
7. *El valor de la identidad cristiana.*
8. *Otros valores importantes: Decálogo, orden, santidad...*

1. Los valores de la pureza y el amor.

La pureza tiene un gran valor en el cristianismo. La actitud cristiana es la de la persona que aunque vive en un mundo corrompido no quiere lesionar su candor ni siquiera con un pensamiento pecaminoso. Se conoce el pecado para expiarlo y para apiadarse de los pecadores rogando por su redención.

La Sabiduría está ligada a la pureza del corazón que se manifiesta mejor en el corazón de los niños (“Dejad que los niños vengan a mí, porque el Reino de los Cielos es de ellos, y quien no se haga como ellos no tendrán parte en mi Reino”).

El amor cristiano es el amor a Cristo por amor sin mezcla de otra cosa. Como una semilla intrépida que ha sabido nacer, resistir al sol, la sequía, crecer, desarrollar los primeros brotes y echar espiga. La caridad de sus granos alimentará a otros.

Si bien es verdad que en el corazón de ciertas personas suele haber muchos pliegues también hay que reconocer que también tiene lados buenos y positivos que hay que elevarlos a una bondad espiritual. Cualquier persona por muy difícil que sea cuanto más se le ame más ás bondadosa aparecerá ante nuestros ojos.

Conviene no esforzarse demasiado en definir a los demás pues conocer ciertas verdades perjudica y podríamos errar en el conocimiento.

El precepto santo entre los santos: “Ama a tu Dios, ama a tu prójimo.” Sin el amor, uno no podría prestar obediencia a las diez reglas y caerían las columnas y el templo.

Es inútil entrar en sutilezas acerca de las formas. El hombre se purifica con el arrepentimiento

* Ideas tomadas y adaptadas de María Valtorta “*El Evangelio como me ha sido revelado*” Volúmenes:1,2,3,4 y 5. Italia, Centro Editorial Valtortiano srl, 2002

humilde y sincero. No hay pecado que Dios no perdone si el pecador está realmente arrepentido. Hay que tener fe en esta Bondad. Firme voluntad de ser de Dios y deseo de cancelar del corazón de Dios, durante el resto de la vida, hasta el recuerdo de nuestro pecado.



Donde existe el concepto de Dios y el de espíritu así como el deseo de llegar a ellos, nacen los árboles de la fe, esperanza, caridad, justicia, templanza, fortaleza, prudencia. Del mismo modo que Cristo dice “caridad” dice también “caridad enteramente moral” . Los paganos son párvulos y desconocen las palabras santas, no comprenden el concepto de “espíritu” .

Hay muchos amores y de distintas potencias: el amor de primera potencia (a Dios), el de segunda potencia (el materno o paterno); el de tercera potencia (entre esposos); el de cuarta potencia (al prójimo). Después viene el amor a la ciencia y después el amor al trabajo.

En esta escala de valores el amor de la primera potencia a Dios es enteramente espiritual. En cambio en los restantes hay una mezcla de lo espiritual y lo afectivo humano.

Así, por ejemplo, el amor materno o paterno puede decirse que es en dos partes espiritual y en una carnal. Y esto es porque un padre o una madre si son sana y santamente tales, no dan sólo alimento y caricias a su hijo sino que también se preocupan de nutrir y amar su mente y espíritu.

El amor a Dios hace a Dios amigo y puede ciertamente amar al prójimo. Si no hubiera existido el amor conyugal y la paternidad en el mundo, no habría podido existir el prójimo que son la descendencia humana.

El amor no se demuestra con palabras sino con hechos por lo que aquel que cierra su corazón a su semejante tiene corazón de Caín. Hay que aprender ya desde la primera edad el respeto hacia la familia, que es el más pequeño y a la vez el más grande organismo del

mundo. El más pequeño respecto a una ciudad, región, nación o continente; pero el mayor porque es el más antiguo, pues lo puso Dios cuando conceptos como el de patria o país no existían.

Jesucristo no establece diferencia entre aquel que le ama con su pureza íntegra y aquel que le ama en la sincera contrición de un corazón renacido a la Gracia.

Los que son una sola cosa con Él llegarán a hacer las mismas cosas que hizo si se esfuerzan en superarse en aplastar su humanidad para que triunfe el espíritu. Santificarse por el espíritu de la palabra revelada.

Amar no quiere decir gozar de una carne y para la carne. Eso no es amor. Es sensualidad. Amor es el afecto de corazón a corazón, de parte superior a parte superior, por el que en la compañera no se ve la esclava sino la generadora de los hijos, solo eso, o sea, la mitad que forma con el hombre un todo que es capaz de crear una vida, varias vidas; o sea, la compañera que es madre, hermana, hija del hombre, que es más débil que un recién nacido o más fuerte que un león, según los casos, y que, como madre, hermana, hija, debe ser amada con respeto confidencial y protector. Todo lo que no es esto no es amor, es vicio. No conduce hacia arriba sino hacia abajo, no a la Luz sino a las Tinieblas, no a las estrellas sino al fango. Amar a la mujer para saber amar al prójimo, amar al prójimo para saber amar a Dios.

Un amor para serlo verdaderamente, jamás debe ser exclusivismo. Cuando uno sabe amar sólo un objeto y no sabe amar ningún otro, amado por el objeto de su amor, demuestra que no está en el verdadero amor. El amor perfecto ama, con las debidas gradaciones, a todo el género humano, a los animales y plantas, estrellas y agua, porque todo lo ve en Dios. Ama a Dios como conviene y ama todo en Dios. Mira que el exclusivismo en amor es muchas veces egoísmo. Hay que saber, por tanto, llegar a amar también a los demás por amor.

Debe de amarse espiritualmente de la misma forma que se ama por razones de trabajo.

Es necesario perseverar hasta el final. Perseverar es la gran palabra para todas las cosas buenas.

La gran fuerza del universo es el amor. Todas las catástrofes de la Tierra provienen de la falta de amor, empezando por la muerte y las enfermedades que nacieron de la falta de amor de Adán y Eva hacia el Señor altísimo. Porque el amor es obediencia. El que no obedece es un rebelde y el rebelde no ama a aquel contra el cual se rebela. Las guerras, la destrucción de una o dos familias rivales provienen del egoísmo, que es falta de amor.

Es pecaminoso indagar, observar, prepararlo todo con la finalidad de perjudicar al prójimo; como también es pecaminoso el hacer que otros indaguen, observen y preparen todo para perjudicar al prójimo: es inducir a los demás al pecado tentándolos con recompensas o

amenazándolos con represalias. Una conducta semejante es egoísmo y odio. El odio y el egoísmo son los enemigos del amor.

La hipocresía es pecado y la palabra, si no está corroborada por la acción es viento. Al igual que en una nuez encontramos una envoltura dura que parece un cofre mágico que tiene dentro la semilla con la pulpa y el germen, el hombre tiene el cuerpo que es el hueso duro en el que está cerrada la pulpa: el alma; y dentro de ella el germen que Dios ha depositado formado de muchos elementos el principal de los cuales es la caridad. Es la caridad la que hace de palanca para abrir el hueso y librar al espíritu de las constricciones de lo material y restablece su unión con Dios, que es Caridad. La caridad se hace sólo con la caridad.

No es necesario saber si entre los cristianos hay personas sin amor pues sería falta de caridad indisponer hacia un compañero que no supiera amar. No obstante los hay. El amor aún siendo la cosa más sencilla, dulce e infrecuente que hay; no siempre arraiga, aunque haya sido sembrado.

Si bien todos deberían amar a Jesús, ello no es así y los que no lo hacen deben inspirar compasión. Todo el que renace en Jesús, sea con barba o canas, se hace “un niño” que es como decir “el que más sabe amar” .

Venir a Jesús como discípulo quiere decir renunciar de todos los amores en aras de un solo amor: el suyo. Amor egoísta a uno mismo; amor culpable a las riquezas, a la sensualidad o el poder; amor justo a la propia esposa; santo, hacia la madre o el padre; amor cariñoso de los hijos y a los hijos o hermanos: todo debe ceder ante su amor, si uno quiere ser de Jesús.

Los discípulos de Jesús han de ser más libres que las aves que extienden su vuelo por el cielo, más libres que los vientos que recorren el firmamento sin ser detenidos por nadie, ni por nada; libres, sin pesadas cadenas, sin vínculos de amor material, sin vínculos de amor material, sin siquiera las finas telarañas de las más leves barreras. El espíritu es como una delicada mariposa enclaustrada dentro del capullo pesado de la carne; su vuelo lo puede obstaculizar – o pararlo del todo- simplemente la irisada e impalpable tela de una araña: la araña de la propia sensibilidad, de la falta de generosidad en el sacrificio. Jesús quiere todo, sin reservas. El espíritu tiene necesidad de esta libertad de dar, de esta generosidad de dar, para poder estar seguro de no caer en la telaraña de las inclinaciones, costumbres, reflexiones, miedos, tejido todo ello como otros tantos hilos de esa monstruosa araña que es Satanás, ladrón de almas.

Si uno quiere ir a Jesús y no “odia santamente” a su padre, a su madre, su mujer y sus hijos, a sus hermanos y hermanas, e incluso la propia vida, no puede ser su discípulo.

Odiar lo grave del amor, la pasionalidad terrenal del amor al padre y la madre, a la esposa y a los hijos, a los hermanos y hermanas, a la propia vida; pero amar, con la libertad ingrávida propia de los espíritus, a los padres y la vida. Amar en Dios y por Dios, no posponiendo jamás a Dios, no posponiéndole a ellos. Así se amará santamente a los padres y a Dios, y se conciliarán los dos amores, y se hará de los vínculos de la sangre no un peso sino alas, no culpa sino justicia.

Odia su vida aquel que, sin miedo a perderla o a que sea humanamente triste, la pone al servicio de Dios. Pero es sólo apariencia de odio, un sentimiento erróneamente llamado “odio” por la mente del hombre que no sabe elevarse, del hombre todo terrenal, superior en poco a los animales. En realidad, este aparente odio, que es el negar las satisfacciones sensuales a la existencia para dar cada vez más amplia vida al espíritu, es amor; amor es, y del más alto que existe, del más bendito. Negarse las bajas satisfacciones, prohibirse la sensualidad de los deseos, atraerse reprensiones y comentarios injustos, arriesgarse a sufrir castigos, rechazos, maldiciones, quizás persecuciones, todo esto es una serie continua de penas. Mas es necesario abrazarse a ellas, e imponérselas como una cruz, un patíbulo en que expiar todos los pecados pasados para presentarse uno justificado ante Dios; un patíbulo del cual se obtienen todas las gracias, verdaderas, poderosas, santas gracias de Dios para aquellos a quienes amamos. Para ser discípulo de Cristo cada uno debe cargar con su cruz y seguirle. No se puede traicionar la idea cristiana.

Cuando alguien se ríe de una cosa que todos saben, de un hecho que todos conocen es una imperfección respecto a la caridad. No es pecado como es la maledicencia o la calumnia, y ni siquiera como una acusación velada, pero es, de todas formas, una falta de caridad. Es como un hilo sacado en una tela. No es un desgarrón, ni que la tela esté consumida, pero es algo que va contra la integridad de la tela y su belleza, y facilita deslavazaduras y agujeros.

Hay carcajadas que ofenden a la caridad más que un bofetón. Corramos un velo sobre las faltas de los hermanos pues es innecesario recordarlas. Sea siempre nuestro primer pensamiento: “¿Desearía eso para mí?”. Abandonemos todo en Dios, incluso el juicio sobre las personas.

No se debe amar con deshonesto concubinato de intereses, de forma que es “anatema” el extranjero pagano mientras no hay de por medio sensualidad o dinero; y luego, si surgen el deseo carnal o de ganancia ya no es “anatema” .

Se debe amar a los malvados también. No por su maldad, sino porque con el amor es como se obtiene para ellos la misericordia que convierte.

Todo lo que hagamos lo debemos hacer con una finalidad clara y sin error. No posponiendo nunca el interés divino al interés humano.

El cristiano no debe odiar ni siquiera a su enemigo. No debe abrir siquiera una rendija a lo que no es Dios. Hay veces que, por excesivo deseo de combatir a los enemigos con las mismas armas, uno termina pereciendo o vencido. Y, una vez vencido, podría, por contacto, absorber sus doctrinas.

Se debe tener caridad y prudencia pues el cristiano no tiene todavía tanto como para poder combatir estas doctrinas heréticas, sin que ellas mismas contaminen. Porque también el cristiano tiene algunos de sus elementos, de los cuales uno es el odio a ellas. No se debe huir de ellas pero se debe de saber no acogerlas.

Es amor no permitir que en nosotros arraiguen desviaciones de sentimiento y de pensamiento.

La averiguación presupone sospecha y por caridad, no se debe ni siquiera indagar. La sospecha es ya falta de caridad.

Toda alma es como un pájaro que la carne aprisiona en su jaula y que aspira ardientemente a la libertad del Cielo, anhelando el Sol que es Dios. Ningún amor humano, ni siquiera el santo amor de la madre por sus hijos o de los hijos por su madre, es tan fuerte como para ahogar este deseo de las almas de reunirse con su Origen, que es Dios. Como tampoco Dios, por su perfecto amor hacia nosotros, encuentra razón alguna que sea tan fuerte como para superar su deseo de reunirse con el alma que le desea.

2. Los valores de la razón y la sabiduría

La razón es un don de Dios que más nos asemeja a su Espíritu inteligente. Razón e inteligencia fueron gracias otorgadas al hombre y estaban vivas cuando la gracia moraba intacta y operante antes de la caída. A medida que el ser humano viene a menos en la honestidad la inteligencia decae y empieza a ofrecer lagunas por falta de cumplimiento del deber.

Mostrar un inteligencia superior y al mismo tiempo mantenerse en los límites convenientes para no despertar la atención satánica es señal de sabiduría.

Según la manera de razonar humana se suele decir que el hombre progresa y camina hacia el “superhombre” , pero desde el punto de vista cristiano hacia lo que se va es hacia el “super-demonio” .

El único medio para ir hacia el “superhombre” sería dejar a Dios la administración de

la vida, del conocimiento, del bien para poder engendrar en una continua evolución hacia lo perfecto hombres en el cuerpo y en el espíritu: hijos de la Inteligencia y triunfadores contra Satanás y el mal.

La conciencia cristiana no busca el provecho personal sino que siempre busca el honor y gloria de Dios con una intención recta. Es una conciencia sensibilísima, afinada por una atención constante y una aguda introspección que refleja los hechos cotidianos. Sentir en sí misma que no hay nada contrario a Dios.

La actitud cristiana frente a la duda debe ser de reacción ante el peligro pues la duda es letal para el espíritu como elemento agente de la enfermedad mortal de la “desesperación” .

Como ser humano el cristiano debe elevarse hacia la perfección con todo el peso gravoso de la humanidad a costa del esfuerzo continuo de todas sus facultades. Para que se manifieste la verdad el espíritu no debe estar ausente ni soñoliento. Es necesario intuir la verdad para lo cual se necesita un espíritu vivo, de “buena voluntad” más que de mérito suficiente.

El ser humano suele llamar estúpido a un hecho que en realidad ha supuesto una gracia para un verdadero fiel. Lo que para el hombre es una pérdida de tiempo, un estúpido contratiempo que aparentemente ha echado a perder un proyecto humano, es visto desde la actitud cristiana como una respuesta de Dios para ayudar a diferenciar lo que es del hombre de lo que es de Dios.

Para la manera de pensar cristiana todo ser humano es portador de una gran misión para la que ha de prepararse pues las cosas bien preparadas salen bien.

La misión de Jesucristo fue la de hacer comprender a los hombres lo que es el Señor y, a través de esta comprensión, hacer que le amaran en espíritu y verdad.

Libertad y fortaleza son dos objetivos básicos del cristiano. Enderezar ideas equivocadas, controlar las pasiones, sostener debilidades, cortar incluso si fuera necesario tendencias, desligar las esclavitudes y las timideces. Seguir la voz que nos llama.

El que no vigila respecto a sí mismo y al Enemigo vendrá a ser una cosa con él y sucederá que los hijos de las tinieblas en vano habrán estado en contacto con la Luz.

Jesucristo creó la nueva planta de la fe en el Dios Uno y Trino. Permitió que la voluntad de Dios se cumpliera y que el cristianismo llegara a ser la religión perfecta, eterna, divina.

Siempre atentos contra la hipocresía o el pensar actuar de dos modos opuestos pues de Dios nadie se burla ni se le engaña. Comportarse con los hombres como con Dios.

El mundo para el cristiano se conquista con humildad y paciencia, no con violencia y fuerza. Es preferible utilizar la violencia contra los propios vicios arrancándolos de raíz, a costa incluso de dejar desgarrados pedazos de corazón. Para ello vigilar las miradas, ser sinceros y auténticos ¿por qué jugar con engaño?

Hacer el bien castamente sin orgullo y con humildad. Mantenerse al margen del hambre del oro, de la carne y del poder. Contentarse con poco pues Dios da lo necesario.

No juzgar pues el mal juicio es ofensa y sólo los verdaderos santos no vuelven ofensa por ofensa. Esforzarse en hacerse mejores con paciencia, firmeza y heroicidad pues merece la pena consumirse en ese esfuerzo.

La filosofía cuando es verdadera y honesta es la elevación de la humana razón hacia la Sabiduría y la Potencia infinitas, o sea, hacia Dios. Ir al Dios verdadero y su divino espíritu quiere decir llegar a ser docto en la “verdadera sabiduría y piedad, que es conocerse a sí mismo y dar culto de adoración a la Verdad.

El mentiroso que lo es en cosas graves es cruel; mata el aprecio con su lengua, y, por tanto, no se diferencia del asesino siendo incluso más que un asesino pues mata el buen nombre, el recuerdo de un hombre, por tanto, es dos veces asesino. Asesino que no esparce sangre, asesino impune, daña la reputación de la persona calumniada, y, con ella, toda su familia.

Uno miente por odio sin motivo, o ambicionando tener lo que el otro tiene, o también por miedo. El odio es el testimonio que de sí misma da un alma perdida, y el testimonio más hermoso en favor del inocente. Tiene odio sólo quien es amigo de Satanás.

El mentiroso bajo el orgullo y la aidez tiene los ojos tapados al posible desenmascaramiento pues se ha entregado a la Mentira y se fía neciamente de su protección.

El mentiroso como ha hecho el mal teme que se descubra y lo reconozcan como suyo. Usa y abusa de la estima en que nos tienen los otros invirtiendo los hechos.

El que actúa bien no necesita de mentiras. El que miente se coloca un yugo pesado, hecho de sujeción al demonio, de perpetuo miedo a quedar desmentidos y de la necesidad de recordar la mentira.

La sinceridad de la persona es más regia que el oro o la diadema. La presencia del hombre sincero alivia y da seguridad, mientras que la amistad con el insincero produce desazón; el simple hecho de tenerle cerca da un sentido de desazón.

Aunque Dios conoce todos los pensamientos de los hombres, Dios Padre quiere que el hombre muestre la confianza de exponer las propias necesidades y de pedir ayuda.

No hay nada más mutable que el pensamiento humano, pues en un momento determinado piensa de una manera y se muestra sincero en lo que dice y en otro cede a mezcolanzas. Ser auténticos en la fe eligiendo con sinceridad al verdadero Dios no casa con la mezcla de otras fes. No se puede mezclar la observancia de la Ley con lo que la Ley prohíbe, ser fieles a la Ley unas veces y otras a las ganancias humanas.

Las creencias religiosas se convierten así en una astuta política para triunfar sobre los

demás, un poder contra los semejantes mezclando al Dios cristiano con los dioses extranjeros.

El Dios cristiano vela con el santo celo del Padre de su voluntad de ser amado con exclusividad, con la totalidad de nosotros mismos y su justicia castiga la mentira. Dios castiga de la misma forma que favorece y llama de una manera severa (que no es odio ni rencor ni intransigencia sino amor) cuando ve que su pueblo se hunde en las más sacrílega de las idolatrías o en el abismo por el que se va a despeñar por persistir en las mismas culpas.

Jesús, la Piedra angular, no puede ser destruido y es digno de amor no por los prodigios y milagros que haya realizado sino porque por medio de él alcanzaremos el Todo, o sea, al Padre siendo dioses por participación. Jesús como Mesías desea obrar en nosotros el milagro íntimo y sublime de nuestra santificación.

Entre los paganos mientras que se cree en algo Desconocido, un Dios que aunque no tenga nombre satisface al alma necesariamente has reflejado un poco de Dios.

El alma es visible en todo aquello que diferencia al hombre del animal. Los primeros pensamientos de la inteligencia de un niño o una niña es el alma que se revela; cuando expresa amor no instintivo sino racional ese amor es el alma. El alma no se localiza en una parte del ser humano sino que está en el todo. Contien al ser humano y está en él contenida. Cuando le deja es cadáver y cuando cae muerta es réprobo y separada de Dios. Es un artículo de fe la inmortalidad del alma y el misterio más cierto y consolador del acto de creer.

Los dioses paganos no son sino neblina del pensamiento humano que ignorando a Dios, pero necesitando creer se ha creado su fábula sin fundamento alguno; no tienen existencia.

El Espíritu Santo estaba presente en el genio del hombre que decoró el Partenón así como dondequiera que un sabio piense, un escultor esculpa, un poeta componga, una madre cante, un hombre trabaje, un médico luche contra las enfermedades, un ser vivo respire, un animal viva, un árbol vegete y también en el estruendo del terremoto, en la luz de las estrellas o en el curso de las mareas tanto como en el vuelo del águila y en el zumbido del mosquito.

Dios se basta a sí mismo y siendo Amor vive amando no teniendo tiempo para aburrirse pues el aburrimiento es fruto del ocio y del vicio.

Cualquier dios que no sea el Dios Uno y Trino no son reales son los fantasmas del pensamiento humano que tiene necesidad de creer, necesidad más imperiosa que respirar. Aun la persona atea que dice “no creo en Dios” presupone otra fe, que puede ser fe en sí mismo, en su propia soberbia mente. Es semejante a la persona que dice “no quiero pensar” , con el simple hecho de decir estas frases manifiestan un pensamiento de no querer pensar.

La inteligencia es un gran don de Dios, pero debe ser usado con sabiduría; si no, es como ciertas medicinas, que, si se usan mal, en vez de curar matan.

El hombre está obligado a conocer a Dios por deber de gratitud y por respeto a su propia inteligencia. Por respeto a la propia razón la gratitud hacia quien lo cuida pone de manifiesto su inteligencia ya que el hombre que falta en este sentido para con Dios se deshonra a sí mismo, que es un ser dotado de razón.

Según la manera de pensar humana ciertos delitos no deben perdonarse sin embargo, desde el punto de vista cristiano cualquier culpable del máximo delito si corriera a los pies de Dios suplicando que le perdonase ofreciéndose a la expiación sin desesperación, Dios le daría el modo de expiar para merecerse el perdón y salvar el espíritu.

Además no podemos juzgar ligeramente las conductas de las personas sin conocer todo: intención, fin, circunstancias... Cuando uno juzga equivocadamente (en realidad es un error) pero considerándolo juicio imperfecto al suponer que no hay malicia es que no se es capaz de discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo.

La actitud cristiana se basa en la honestidad y sinceridad. No se puede mentir para atraerse la simpatía de los poderosos. Mentir supone renegar de la alegría y matar la esperanza.

Hay que actuar insistiendo en los principios en los que se cree. Ir hacia adelante, sin cansancios pues el cansancio como la prisa son raíces de la soberbia humana. Hay que actuar serenamente, por tiempos sucesivos y valorando la paciencia que se opone a cualquier tipo de violencia o desorden.

No es lo mismo actuar con “perfecta intención” que actuar por simple “bondad humana” . Cuando uno actúa por bondad humana desea que los hombres la conozcan y se amarga viendo que pasa desapercibida.

En cambio cuando uno actúa con perfecta intención se complace ofreciéndoselo al Señor que sabrá darlo a conocer si es bueno para él no anulando dicho comportamiento justo bajo un reflejo de complacencia orgullosa. Nada de cuanto está escondido permanece siempre oculto.

Jamás se debe juzgar por las apariencias. No siempre un acto que presenta feo aspecto exterior contiene motivos reprobables. Rechazar a un familiar o amigo puede parecer crueldad o incumplimiento de los deberes pero sin conocer las causas profundas fácilmente se puede caer en el prejuicio.

El rechazo que está sazonado con llanto amarguísimo puede celar motivos de justicia, en cambio será distinto si el rechazo se produce porque en su egoísmo se juzga superior a Dios.

Cada uno es responsable de lo que hace o dice y por tanto nadie debe echar la culpa a los otros de lo que ve en uno o en sí mismo. Cada cual añade a las enseñanzas que recibe lo que tiene en el corazón y ello pesa hacia el bien o hacia el mal. No sería justo recriminar

al profesor que tiene la misma palabra para todos los estudiantes del delito de algunos de sus estudiantes.

No debemos dejarnos vencer nunca, al juzgar, por motivos personales. Un amor excesivamente injusto hacia la tierra natal o de afecto hacia las personas reflejaría una estimación injusta y desviada que proyectaría en los demás, desorientando de la meta que es Dios.

Por otra parte, cuando uno comete una injusticia o un error tampoco debemos ser intransigentes porque ¿quién no ha cometido un error alguna vez? Velar, vigilar para no caer en falta pues sólo los que vigilen resultarán vencedores. El que no vigile respecto a sí mismo y al Enemigo vendrá a ser una cosa con él. Los hijos de las tinieblas en vano han estado en contacto con la luz.

Las discordias sirven para llegar a un conocimiento más exacto y a una clarificación; si no, serían sólo maldad.

Si en todo los litigios el más prudente supiera ceder y, en lugar de empeñarse en llevar la razón, tratase de conciliar para conseguir la paz, aunque fuera diviendo por la mitad lo que le perteneciera por derecho, el resultado siempre sería mejor y más santo. La actitud justa es siempre sabia. La actitud cristiana trata de hacer la paz con el mismo objeto de la guerra aunque probablemente no se logre si falta la voluntad de establecer la paz.

Sólo el juicio de los buenos tiene valor. No se debe escuchar el juicio de los no buenos, que siempre está impregnado de veneno y mentira.

Mucho bien nace de un acto bueno. Las repercusiones de un acto bueno son como ondas sonoras que se difunden hasta muy lejos del lugar en que nacen; o como flujo de viento que arrebatada las semillas y consigo las lleva muy lejos hasta fértiles glebas.

Los buenos no critican. Nunca. Comprenden. Lo que importa no es la crítica del mundo sino el juicio de Dios. Merece la pena perder la amistad de un hombre, su pobre amistad de hombre, con tal de devolver a un alma la amistad con Dios.

Nunca se debe llegar a un acuerdo con los pecadores ni adaptarse a ellos para tenerlos como amigos. En la verdad, en la honestidad, en la conducta moral, no hay ni adaptaciones ni acuerdos. Uno sabe cuando ha actuado bien y para el bien, y eso debe bastar.

El trabajo de discernimiento de los espíritus exige atención y silencio para oír las voces de las almas y la indicaciones sobrenaturales. Cada conciencia es singular y tiene su modo especial de escuchar y reaccionar respecto a las tentaciones y enseñanzas. Se debe tener una recta inteligencia en la manera de distinguir las conciencias. No es fácil discernir espíritus. Todo lo contrario. Se necesita ojo espiritual enteramente iluminado de luz divina, intelecto penetrado de divina sabiduría infusa, posesión de las virtudes en forma heroica, en primer

lugar la caridad. Se necesita capacidad de concentrarse en la meditación y una unión continua con Dios, olvidando todos los intereses egoístas; vivir para las almas y para Dios. Ser dulces como padres y férreos como guerreros.

Muchos son los que pasan la vida buscando la Verdad sin llegar a encontrarla.

Para encontrar la Verdad es necesario unir el intelecto con el amor y mirar las cosas no solo con ojos sabios sino también con ojos buenos, porque la bondad vale más que la sabiduría. El que ama siempre encuentra una huella que conduce a la Verdad.

La Verdad es Dios y nosotros somos dioses si tenemos viva en nosotros el alma, es decir, libre de aquellas culpas que envilecerían incluso al animal y que, no obstante, el hombre cumple y se gloria de cumplir.

Todo habla de Dios: esta tierra que verdece, esta tierra florida, esta fruta que va creciendo en los árboles, estas aves que procrean, estas corrientes de viento que distribuyen las nubes, este Sol que no yerra su alba desde hace siglos y milenios...todo habla de Dios.

Si la ciencia no se apoya en Dios viene a ser error, y no eleva; entes bien, degrada. El saber no es corrupción si es religión. Quien sabe en Dios no cae porque siente su dignidad, porque cree en su futuro eterno. Mas es necesario buscar al Dios real, no fantasmas, que no son dioses sino sólo delirios de hombres envueltos en las vendas de la ignorancia espiritual, por lo cual no hay traza de sabiduría en sus religiones ni de verdad en sus fes.

Basta la buena voluntad de encontrar la Verdad, y antes o después la Verdad se dejará encontrar. Una vez hallada hay que someterse a ella pues suele suceder que una vez encontrada se odia, acumulando en el intelecto y en el corazón cúmulos de legalismos y formulas que no son sino egoísmos.

A la hora de juzgar sería humanamente justo decir: “Hágase con vosotros lo que vosotros habéis hecho” pero el Dios cristiano cuando juzga quiere confiar al pecador a una expiación sobrehumana. Una enfermedad que produzca horror puede salvar por una parte de la justicia humana y al mismo tiempo es misericordia divina pues le ofrece la posibilidad de enmendarse.

Mejor que preguntar si un enfermo se curará o no habría que preguntar si se va a convertir o no. Porque es preferible morir enfermo y santo que no sano y pecador.

No existe sólo la riqueza del dinero, existe también la riqueza del saber. Pocos llegan a la confesión de Salomón: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad” . La ciencia humana es vanidad, porque aumentar sólo el humano saber “es afán y aflicción de espíritu, y quien multiplica la ciencia multiplica los afanes” . Esto no sería así si la ciencia humana estuviera sostenida y refrenada por la sabiduría sobrenatural y el santo amor a Dios.

Lo engañoso es la maraña de pobres palabras humanas, las palabras que ocupan el puesto de la Palabra; hay que olvidarlas, despojarse de ellas, acercarse desnudo y virgen a la Verdad,

para ser vestido y fecundado. Esto requiere humildad. Olvidar todo lo que es cosa de hombre. Recordar todo lo que es cosa de Dios.

La curiosidad no merece respuesta, por lo que uno no debe ocuparse de los curiosos. En cambio, a los que ponen buena voluntad se les debe adoctrinar sin engaño acerca de la severidad de la vocación de seguir a Jesús.

Según Síntica, que podría considerarse como la primera filósofa cristiana, la única propiedad que tenemos y que nadie nos puede arrebatarnos es el alma libre y debemos conservarla pura para poder razonar según virtud. Pensar y luego obrar con incoherencia respecto al pensamiento no es sino falsa filosofía.

Toda persona o filósofo que quiera encontrar la Verdad debe querer la pureza a costa de la vida. Persistirá con templanza y fortaleza a las presiones externas pues bastaría querer y poder ser libre y feliz según el mundo cambiando el saber por el placer.

No obstante un ser humano no es un “objeto” y no debe consentir en serlo pues buscar por medio del sentido es siempre imperfecto.

El alma sea cual fuere, tiene siempre en sí misma algo de lo divino, especialmente cuando, con esfuerzo, se ha preservado del error y tiende a las cosas que tienen su misma naturaleza.

El “yo” no se comercia a precio de moneda a menos que uno se venda a alguien esperando un beneficio. Un tráfico ilícito, semejante al que el alma contrae con Satanás. Es más, mayor, porque además de al alma abraza también al pensamiento, o juicio, o libertad del hombre.

Un filósofo no debe aspirar a despojarse de todo lo que sabe. Lo que debe hacer es entresacar de ese saber suyo aquello que sea un átomo de Inteligencia eternal, conquistado por mentes de innegable valor.

Todo es error en la religión de los dioses. Sólo hay un Dios, que no es engendrado por otros, que no subyace a las pasiones y necesidades humanas, un Dios único, eterno, perfecto, creador.

Las almas, de los más antiguos, que dieron una religión, recordaron confusamente, hasta donde puede una persona imperfecta, que está al margen de la religión revelada.

En el mundo hay muchas religiones y si tuviéramos en un cuadro claro todos los detalles de ellas, veríamos que hay como un hilo áureo perdido entre abundante fango, un hilo con nudos; y, contenidos en estos nudos, retazos de la Verdad verdadera.

Es bueno no ser demasiado absolutos, porque los ángeles del Señor escuchan las palabras

de los hombres y las anotan en los libros eternos, y un día podría resultar desagradable el oírse decir: “Hágase contigo según juzgaste” .

Ciertas convicciones humanas son como malas hierbas quemadas que superficialmente parecen muertas y aunque hayan sufrido un duro ataque que las ha arrasado, las raíces están vivas y no han muerto todavía. Hay que vigilar para que ello no suceda; si no, se quedará de nuevo invadido por las malas hierbas. El ser humano ofrece mucha resistencia a morir y tiene que morir para resucitar. Es decir tiene que pasar una evolución espiritual pues no hay ningún género de reencarnaciones. Los que creen en la reencarnación están en error.

Lo eterno no se destruye y el Creador no tiene límites par sí mismo. No puede pensarse, pues, que permita que un espíritu de reencarne porque llegado un cierto número de espíritus ya no puede haber más. Este pensamiento de una inmortalidad del espíritu – grande de por sí en un pagano, aunque unido al error de una inexacta valoración acerca de cómo se produce esta inmortalidad- debería ser perfecta en un cristiano. Sin embargo, en el cristiano que lo admite en los términos de la tesis pagana, se transforma en pensamiento disminuido, rebajado y culpable.

Hay que juzgar con sabiduría y prudencia e ir a los lugares donde no hubiera peligro de que nuestra poca virtud fuera sometida a una prueba demasiado dura. Hay lugares en los que hemos estado en el pasado y donde podrían dominar nuestro espíritu las muchas intransigencias humanas y el espíritu podría retroceder.

La inocencia también es sabiduría, mucho mayor que el bajo y peligroso conocimiento del pecador. Donde la santa ignorancia del mal limitaría la capacidad de guiarse o guiar, suple el ministerio angélico, que jamás se ausenta de un corazón puro. Los ángeles, aun siendo purísimos, saben distinguir el Bien y el Mal, y conducir al hombre puro que custodian por el sendero recto y hacia actos rectos.

El cristiano no debe juzgar a los hermanos sino que debe juzgarse siempre primero a sí mismo.



3. *Los valores de la familia y el trabajo.*

El núcleo familiar, manantial de la raza humana y de las distintas razas es un pequeño reino en el que el hombre es el rey, la mujer la reina y los súbditos son los hijos. Una familia no puede subsistir sino hay obediencia, respeto, economía, buena voluntad, laboriosidad, amor.

Se busca en la compañera no tanto belleza y riqueza cuanto virtud: la sabiduría de Dios contenida dentro del corazón de la mujer justa. En la rectitud se halla la alegría de las familias. Los hijos son la gloria de la mujer casada, justificación del vínculo matrimonial.

Incluso en la vejez para el marido la mujer sigue siendo la esposa de su juventud, su alegría, cuyas caricias tienen siempre el fresco encanto de la primera noche nupcial. En las aflicciones, preocupaciones y fatigas recíprocamente se dicen palabras de consuelo.

Entre los esposos cristianos es importante la castidad, ya que no es necesario ser vírgenes para ser castos. Los hijos buenos provienen de padres castos que hacen de dicha virtud norma para su vida. Ahora se suele no desear hijos pero no se desea tampoco la castidad.

El prototipo de mujer ideal cristiano es María. La creación del hombre se justifica para tener a la Virgen santa e inmaculada como corredentora del género humano. La vida es digna de vivirse a pesar de ser tan severa a causa de la maldad humana para conocer y admirar la belleza infinita que Dios ha sembrado en el universo.



En una casa cristiana no hay nerviosismos, caras largas o sombrías, como tampoco hay el echarse en cara recíprocamente nada. La preocupación de uno no es el propio bienestar, sino la del cónyuge. Se valora la frugalidad y se come para vivir, no para gozo de la gula.

También se tiene amor por el trabajo porque trabajando, el hombre obedece el mandato de Dios y se libera del vicio.

En una casa cristiana se respeta el orden: sobrenatural, moral y material pues se adora a Dios, se respeta al cabeza de familia y se recibe con gratitud la casa y el vestido. El cabeza de familia cristiano tiene una clara e indiscutible autoridad familiar ante la que se plega la esposa y se sujeta el hijo. Todo lo que decide, bien hecho está; sin discusiones, sin obstinaciones, sin resistencia alguna. Jamás abusa de su poder ni dictamina cosa alguna contra todo canon por el hecho de ser el jefe.

La esposa asume el rol de dulce consejera y pedagógicamente se inculca al hijo a realizar trabajos que sean útiles a la mamá inculcando el debido respeto y haciendo amar el trabajo como medio para realizar algo grato a los padres.

El progreso no puede demoler la verdad de la familia sin provocar un desastre. La autonomía de los miembros de la familia en donde cada uno ignora al otro quebranta las formas más santa de la vida social. La autonomía de los miembros de la familia en donde cada uno ignora al otro quebranta la forma más santa de la vida social. Nadie tiene más deber y derecho que un padre y una madre de formar la mente, el corazón y el espíritu de los hijos.

El trabajador que labora en cualquier actividad debe trabajar sin pausas pero con sosiego. No haber en él ningún movimiento desordenado o impaciente y trabajar con continuidad y precisión. También es importante no perder la paciencia por nada. El trabajo es un medio de cumplir la voluntad divina.



Cuando un cristiano vuelve adonde la familia y los amigos después de haber sido rechazado y tratado con dureza su actitud será la de no hablarles de tal experiencia pues sabe que les haría sufrir demasiado por esta crueldad del hombre.

La incoherencia humana ve en el dinero que se desea algo maldito. No obstante, para el cristiano toda riqueza material mal habida y por tanto maldita puede santificarse sirviendo para quien es pobre y santo. Si se trata de realizar el bien cuando se realiza una transacción debe sacársele el mayor partido posible teniendo siempre en cuenta no mentir, ni siquiera para alcanzar una acción buena.

La familia cristiana prospera y es admirada cuando está unida y se manifiesta concorde. Si no hay unión los esfuerzos del padre de familia quedan sin resultados. Cuando existe la disgresión las dificultades aumentan y tanto el mundo como los enemigos de la familia se aprovechan para acelerar su ruina. La unión del amor hace la fuerza.

La gracia no puede actuar donde no se cree pues no sería justo que en la familia en que vive un santo esté exenta de las inevitables desventuras de la vida. En ese caso Jesús debería haber sido eterno sobre la tierra.

Todo trabajo, si es honesto, merece bendición por parte del Señor. La honestidad en todas las acciones es la primera condición para obtener de Dios bendiciones. El trabajo ha sido puesto por Dios como medio de santificación por su valor formativo y mortificante. Se trabaja para ayudar al prójimo, para hacer resplandecer los prodigios de Dios pues hace del hombre, una pobre nada sacada de la nada por voluntad suya, un ayudante suyo en la población de la Tierra.

Un trabajo deshonesto, en cambio, vendría expresado por ejemplo, en el hecho de trabajar sin otra religión aparte de la de aumentar las riquezas sin preocuparles las necesidades del prójimo. Otro tipo de trabajo sumamente deshonesto sería el que obligase a trabajar a otros atesorando dinero con el sudor ajeno.

La honradez en el trabajo se inscribe en el amor al prójimo. Quien es honrado en su trabajo no roba en las transacciones, no le substraer al trabajador su salario, no le explota de manera culpable, tiene presente que quien está a su servicio y quien trabaja para él son una carne y un alma como las suyas, y no los trata como si fueran pedazos de piedra sin vida que es lícito romper o golpear con el pie o con el hierro. Quien no actúa así no ama al prójimo y peca por ello ante los ojos de Dios. Dios quiere obras vivas, no simulacros de obras.

Un cristiano no rechaza una oferta de trabajo ofrecida por un pagano por escrúpulo de perder la fe pues nada contamina si uno no quiere ser contaminado. Uno puede vivir en un país pagano y ser del Dios verdadero que le guiará y dará la oportunidad incluso de ser el benefactor ya que conocerán a Dios a través de su honradez.

Al hombre le es necesario un techo, un pan, un vestido; lo indispensable para vivir. Los que honradamente viven y trabajan son los más alegres y los más sanos. Tienen deseos rectos y no hay en ellos veneno de lujuria, de gula, ni de envidias. No ambicionan tener cada vez más y no se consume en la llama del odio o del abuso.

El cristiano no debe tener el aguijón que punza generalmente a los humanos con respecto a las ganancias, es decir, el interés. Jesucristo no poseía nada y vivía de la bondad del prójimo y amándolos. No tenía objetos de oro, ni campos ni viñas ni casas, aparte de la casita materna de Nazaret, que era tan pequeña y pobre, que el fisco ni la consideraba. Por eso a Jesús no le punzaba el temor a ser descubierto en declaración mendaz. Sólo poseía la Palabra que Dios le había dado y que él a su vez daba.

Se debe actuar sin lesionar la santa verdad que es siempre una sublime virtud aunque se aplique a cosas tan humanas como son los impuestos. Si Dios concede mucho, en proporción, mucho debemos dar para que el pobre no reciba tasación desproporcionada.

La muerte de un hijo es siempre para una madre un dolor distinto de todos los otros dolores, porque el golpe de la muerte de un hijo lacera no sólo el corazón y el cerebro sino las propias vísceras. Las madres permanecen unidas siempre al hijo.

No obstante esto una madre dejaría de amar a un hijo cristianamente y pensaría que siempre se ha equivocado, que ha sufrido el error si viera a su hijo perder su perfección rebajando su pensamiento a consideraciones humanas perdiendo de vista las consideraciones sobrehumanas, o sea: redimir a los hombres, por amor a ellos y para Gloria de Dios, a costa de crearse penas y rencores.

Un hijo que perdiera de vista las consideraciones sobrehumanas sería amado como un hijo descarriado por efecto de una fuerza maligna, por piedad, por el hecho de ser hijo, porque sería un desdichado. Pero no sería amado con esa plenitud de amor con que sería amado si es fiel al Señor. Cada uno recibe de Dios la ayuda proporcional a su misión.

Se debe cumplir el deber del trabajo. Cuanta más humanidad se use con el trabajador, mayor habrá de ser la alegre diligencia con que se trabaje, para devolver, con el trabajo, humanidad a quien humanidad dé.

Si bien es cierto que los jefes deben ser humanos para con sus subordinados, no es menos cierto que los siervos tienen el deber de ser buenos con sus jefes.

Las riquezas son obra no de quien las posee sino de los que para ellos las han atesorado. Se debe recordar que no hay que gloriarse de ellas ni avasallar por ellas, sino, más bien, usándolas con amor, discreción y justicia, hacer de las riquezas algo bueno también para los demás, para que nos mire sin severidad el verdadero Dueño, que es Dios, y que no se compra con talentos de oro ni se seduce con joyas, sino que antes al contrario su amistad se conquista con las buenas acciones.

Por llevar a Dios un alma, ningún trabajo debe pesar. El trabajo, sea cual fuere, no es nunca humillante; humillante son las acciones bajas, las falsedades, las denuncias mentirosas, la crueldad, los abusos, la usura, las calumnias, la lujuria. Estas cosas son las que envilecen al hombre, aunque a pesar de ello, se lleven a cabo sin sentir vergüenza.

El ocio es penoso. Siempre. Cuando luego se vuelve al trabajo se sufre el doble, porque se ha hecho uno demasiado delicado.

Igualmente sucede con quien se vuelve tibio en el fervor, en la voluntad. Pierde vigor, se hace débil. Más fácilmente se cansa de todo. Con mayor facilidad siendo débil, entran en él los venenos de las enfermedades espirituales.

No conviene estar ociosos creyendo que después se volverá más fresco al trabajo pues no se logrará nunca o con extremo esfuerzo. Se cumple con doble dificultad las obras buenas que antes no le costaba cumplir porque estaba en continuo ejercicio.

Aunque choque contra una mentalidad que viene de siglos y prejuicios errados acerca de la mujer es un error pensar que las mujeres no pueden hacerse apóstoles.



4. Sobre los valores de la vida y la sociedad.

Todo lo existente (cielo, agua, animales, minerales...) fue creado para que los gozara el hijo de Dios: el hombre. Dios se basta a sí mismo y no necesitaba nada de ello por lo que todo lo hizo para la criatura. Solamente por ver la obra de la Creación ya merece la pena de vivir y manifestarle reconocimiento a Dios. El hecho solamente de vivir produce una actitud cristiana de agradecimiento.

No existe la reencarnación pues no hay más que una existencia de la carne sobre la Tierra y una eterna vida del espíritu más allá de la Tierra. El espíritu inmortal puede renacer a la vida por el agua y por el Espíritu ya que el agua sin el espíritu no es más que un símbolo.

La doctrina cristiana tiene como ideal sublime el de llegar a la edad espiritual perfecta. Para lo cual se hace necesario saber renacer poniendo el yo bien sea en la hoguera del amor (como el apóstol Juan) o en la hoz de la meditación honesta (como el apóstol Pedro) arrancando la vieja planta del viejo pensamiento y dejando la buena voluntad de la cual nacerá el nuevo pensamiento. Cada uno tiene su método para llegar al puerto de la perfección.

Para el cristiano la vida no es existencia y la existencia no es vida. La existencia de los árboles, de los animales no es propiamente la vida. La vida no empieza con la existencia ni termina con la muerte física. La verdadera vida tiene su principio cuando el Pensamiento de Dios crea un alma para habitar en un cuerpo y termina cuando el pecado la mata. La vida es un don de Dios y como tal algo santo.

En la concepción cristiana no sólo existe un corazón que palpita sino que “vive” según el Pensamiento creador y ese todo (cuerpo y alma) es el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. La vida comienza antes del nacimiento y el alma no muere, no tiene fin.

No basta con ser buenos según las leyes del mundo sino que se requiere ser buenos según las leyes del espíritu, para obtener de Dios la gracia. Hacer el bien en secreto por un natural impulso a la humildad, por una natural bondad es algo que se impregna de perfección sobrenatural. Es el amor el redentor individual pues quien ama empieza su redención.

Cuando el Señor se manifestó en la cima del Sinaí para expresar su voluntad los Cielos estaban cerrados pero desde la venida de Jesucristo la Palabra divina habla al hombre para darle Gracia y Vida.

Todo en la naturaleza dice continuamente que Dios existe: la luz y las tinieblas, la salud y la enfermedad, la riqueza y la pobreza. Todo obedece a la voluntad del Señor y llama en las conciencias: “Yo soy el Señor Dios tuyo” .

Nada puede acallar esta conciencia ya sea justo y bueno o perverso y culpable. Solamente a los réprobos (presublimemente condenados) les es concedido el separarse de Dios, destino insaciable y eterno.

Jesucristo nos libera de nuestras cadenas dominadas por Satanás, nos arranca de su esclavitud que es la esclavitud de la Culpa y nos reviste de Gracia.

Toda persona que se siente llamada a Cristo siente la necesidad de purificación, de penitencia y arrepentimiento, pues el llorar también es agua de bautismo. Arrepentirse sinceramente quiere decir responsabilizarse y comprometerse en no volver a tener el mismo comportamiento pecaminoso. No es lícito pecar para volver a ser perdonados pues nadie se burla de Dios, abusando de sus dones. Un paso más adelante en el cristianismo supone un honor y una obligación.

Para un cristiano la vida de un hombre tiene un valor por sí misma puesto que es un don recibido de Dios sin pensar en la clase social (rico o pobre) ni en el estado (libre o esclavo). Para Cristo no existen esclavos u hombres de poder sino sólo hombres creados por el único Dios ante el cual son todos iguales.

Ante Dios sólo existe una sólo esclavitud y esa es la del pecado, por tanto, la de estar bajo Satanás. Quienquiera que mate a un semejante suyo peca, peca con el hombre y contra Dios.

El hombre es la criatura predilecta de Dios, su alma espiritual es el signo innegable de la paternidad divina y por tanto sólo a Dios le corresponde el dar o quitar la vida y la muerte. Matar es una violencia contra Dios y contra el hombre. Quien mata no ama al prójimo, porque le priva de aquello que el homicida quiere para sí: la vida. Matar es no poder tener piedad del hermano porque el asesino, siendo un satanás, es odio. Además no sólo se peca de homicidio con un arma o veneno sino también calumniando.

Imitemos a los pájaros en su libertad respecto a los deseos. El que vive sin deseo impuro posee la alegría del pájaro. Se fía de Dios y le siente como Padre; sonríe al día naciente y a la noche que desciende. Mira sin rencor a los hombres y no teme sus venganzas, porque no les perjudica en modo alguno. No se inquieta ni por su salud ni por su sueño, porque sabe que una vida honesta mantiene lejos las enfermedades y proporciona dulce descanso. No teme tampoco la muerte, porque sabe que, habiendo actuado bien, no puede recibir sino la sonrisa de Dios.

Para Dios sólo tiene valor una vida vivida en la Ley. Jesucristo salvará a los que se arrepientan y vuelvan a Dios. Los impenitentes no tendrán redención.

Nuestro cuerpo lo ha creado Dios para ser templo del alma, que es templo de Dios. Por

tanto, debe ser conservado honesto, si no, el alma se ve despojada de la amistad con Dios y de la vida eterna.

A quien más se arrepiente más le será perdonado; porque el arrepentimiento es forma de amor, de operante amor.

El alma constituye la verdadera nobleza del hombre pues todo linaje humano aunque glorioso tuvo origen y tendrá fin; en cambio, el alma es la sangre espiritual del Creador del hombre: de Dios eterno, potente, santo. El hombre es, pues, eterno, potente, santo, por el alma que hay en él y que vive mientras está unida a Dios. Los paganos, ateos y pecadores tienen el alma sumida en letargo y se hace necesario despertarla a la Verdad y la Vida.

Todo hombre procede de un único Dios y es deber cristiano llevar su verbo a todos los hombres, hijos del Padre universal. Por lo que se refiere a la Gracia los paganos no son hijos de Dios porque la Mancha de origen es obstáculo para que descienda a sus corazones. Pero por la creación el hombre es siempre hijo de Dios que dio su semejanza espiritual a Adán que es cabeza de toda la humanidad.

Tratar con benignidad a los paganos mostrándoles amistad no es malo cuando la intención es llevarlos al Señor Dios nuestro. La cordialidad obtiene muchas veces lo que no consigue el rigorismo.

No obstante los paganos que no tienen fe y creen que están en la Verdad no pecan contra la fe pues no la conocen. Será pecado si persisten en el error después de conocerla. Todo lo malo es una rebelión a sabiendas de que lo que se hace es contra la Ley de Dios.

Todo ser humano creado a imagen de Dios posee alma, no obstante no todos tienen un alma exactamente igual. En cuanto al origen y la naturaleza el alma es exactamente igual en todos pero en cuanto a su formación es distinta.

El alma sufre tres fases: fase creativa, fase de nueva creación y fase de perfección. La primera es común a todos los hombres, la segunda es propia de los justos que con su voluntad llevan a su alma hacia un renacimiento con sus buenas acciones uniéndose a la bondad de Dios. Edificando así un alma que es más perfecta y que es propia de los beatos o santos llegan a la tercera fase.

Antes de que la tierra posea el Reino de Dios, han de venir siglos y siglos de lágrimas y sangre, de errores y persecuciones, pero siempre bajo el destello de luz del Faro místico de la Iglesia.

La gloria del creyente cristiano no es de la tierra sino del Cielo y se conquista con virtud y sacrificio. Todo aspirante a seguir a Cristo necesita primero sopesarse a sí mismo antes de presumir y alardear de su propia capacidad. Es preferible tener temor que presunción pues la presunción es negativa pero el temor, si viene de la humildad, viene a ser una ayuda.

El impulso que mueve a una persona puede ser igual al impulso de otra en apariencia, no obstante, ambas pueden diferir en el fin, pues el fin que impulsa a uno puede tener motivación de gloria humana en cuyo caso será más imperfecto que el que no lo tiene. La esperanza del creyente cristiano es la de ser perfecto permaneciendo en la voluntad de amor divina: a mayor perfección mayor anonadarse.

El creyente cristiano no aspira a llevar a cabo obras de hombre sino que desea llevar a cabo obras del espíritu. Debe matar para ello al hombre y hacer que vuelva a nacer. Comprender lo verdadero que viene del espíritu de los hechos humanos.

La actitud cristiana está, no obstante, destinada a defraudar a muchos que quisieran imponerse o disputar algún poder a los poderosos. El objetivo no es triunfar política, económica o socialmente, sino cumplir la voluntad de Dios.

Los hombres tienen dos vidas: la del cuerpo y la del espíritu. No hay reencarnación, pero sí hay dos vidas.

En el caos del Universo cuando todo era todavía inexistente Dios hizo primero los elementos que son necesarios, a pesar de que alguna vez parezcan nocivos. Ni la más diminuta gota de rocío existe sin su razón buena de ser; no hay insecto, por pequeño y latoso que sea, que no tenga su razón buena de ser.

El secreto para vivir exentos de estériles dudas que dan a la jornada terrena nerviosismo, agotamiento, está en saber creer que Dios todo lo hace por una razón inteligente y buena, que Dios hace lo que hace por amor, y no por un estúpido intento de mortificar por mortificar.

Todo pesimismo es falta de fe mientras que los que viven sabiendo basar su pensamiento en una premisa de optimismo lleno de luz nunca errarán completamente, aunque los hechos los contradigan.

Los ángeles rebeldes, orgullosos pesimistas veían negrura incluso en las luminosísimas obras de Dios; de la misma forma que en la Tierra los pesimistas ven negrura hasta en las más claras y luminosas acciones del hombre, y, queriendo aislarse dentro de una torre de marfil, pues se creen los únicos perfectos, se autocondenan a una oscura prisión que termina en las tinieblas del reino infernal, el reino de la Negación; porque el pesimismo es también Negación.

La Creación tiene en sí el indeleble reflejo de su Creador. En la Creación todo es testimonio de Dios, mas tres son las cosas que más hablan de Él: la luz, el firmamento y el mar: el orden astral y metereológico, reflejo del Orden divino; la luz que sólo un Dios podía hacer; el mar, esa potencia que sólo Dios, tras haberla creado, podía meter en sólidos confines, y darle movimiento y voz, sin que por ello, cual turbulento elemento de desorden, dañase la tierra, a esta tierra que lo sostiene sobre la superficie.

Los pueblos sienten la necesidad de elegirse a uno que cargue con todas las responsabilidades para con sus súbditos, para con las naciones vecinas y, lo que es más tremendo, para con Dios. En efecto, si el juicio de la historia es terrible –en vano los intereses de los pueblos tratan de mutarlo, pues hechos y pueblos futuros lo devolverán a su primera, tremenda verdad-, todavía peor es el juicio de Dios, quien no sufre presiones de nadie, ni está sujeto a cambios de humor o de juicio –como demasiadas veces les sucede a los hombres-, ni todavía mucho menos a errores de juicio. Por tanto, los elegidos para dirigir pueblos y crear historia tendrían que actuar con justicia heroica propia de los santos, para no caer en la ignominia en los siglos futuros y recibir el castigo de Dios por los siglos de los siglos.

El hombre, pues, tendría el deber de responder a la tentación del demonio, del mundo y la carne: ¿Puedo yo dejar de ser espiritual para ocuparme de cosas materiales y pecaminosas?.

Muchos se dirigen a la persona dulce para tenerla como rey; no tanto por admiración de su dulzura, cuanto porque esperan que, siendo muy dulce, acabe transformándose en un rey de tres al cuarto, del cual podrán obtener todo tipo de consenso y con el cual podrán permitirse todo tipo de licencias. Pero la dulzura no es debilidad; es bondad, justa, inteligente, firme. No se debe confundir nunca dulzura con la debilidad: la primera es virtud; la segunda defecto. Y, precisamente por ser virtud, comunica a quien la posee una rectitud de conciencia que le permite resistir a las sollicitaciones y seducciones humanas (que pretenden doblegarse a sus intereses, que no son los de Dios) y permanece fiel a su destino, a toda costa. El dulce de espíritu no rebatirá nunca con acritud las recriminaciones de los demás, no rechazará nunca con dureza a quien le solicita; no obstante, perdonando y sonriendo, dirá siempre: “Hermano, déjame a mi dulce suerte. Estoy aquí para consolarte y ayudarte, pero no puedo ser rey como tú lo concibes, porque una sola realeza me interesa y me preocupa, por mi alma y por la tuya: la espiritual” .

Sucede con los reyes que un primer compromiso con la propia misión, un primer gesto de encogerse de hombros ante la voz de la conciencia (y ello porque las alabanzas son dulces y porque agrada ese aire de protector solicitado)... llega un momento en que ya no es el rey el que reina, sino los intereses de los demás. Estos intereses atan al rey, le amordazan, hasta ahogarle; y le matan si, siendo ya más fuertes que él, ven que no se da prisa en morir. También el hombre común, que es lo mismo un rey en el espíritu, se pierde si acepta realezas menores por soberbia o ambición. Y pierde su serenidad espiritual, la que le viene de la unión con Dios. Porque el demonio, el mundo y la carne pueden dar un poder y gozo ilusorios, pero a costa de la alegría espiritual que viene de la unión con Dios.

La corrupción de la humanidad es causa de que se tomen por verdadera realza la tiranía y la crueldad; la mansedumbre y bondad, por estupidez y bajos sentimientos. El hombre no se somete al Bien, pero sí se somete al Mal. El Mal lo seduce. La consecuencia es que el Mal le consume con fuego.

El pueblo de Dios observa mucho, sólo nominalmente, la Ley que Dios ha dado; en realidad no la observa. Ahí está la Ley. La analizan, la escrutan, la descuartizan...hasta que muere torturada con minuciosas sutilezas.

La Ley está en el pueblo de Dios, pero su presencia es como la de los árboles petrificados en el desierto. Han venido a ser sílice. Muertos. Objeto de engaño. Objeto destinado a disgregarse sin servir; antes al contrario, perjudicando, porque crean espejismos que seducen y, atrayendo hacia su muerte, alejan de los verdaderos oasis y, hacen morir de sed, de hambre, de desolación. Es una muerte que atrae a otros a la muerte, como se lee en algunas fábulas de mitos paganos.

Muchos de los que se dicen pertenecer al pueblo de Dios no quieren saber quién es Jesús. Son incrédulos voluntariamente; a la anticaridad, por tanto, une la incredulidad y niega la esperanza. Pisotear las tres virtudes principales no es un pecado mínimo sino grave.

Ciertas reacciones humanas manifiestan que perdura el hombre viejo del pueblo de Dios, con todos sus conceptos y prejuicios, y cómo todavía no ha salido de él, cual mariposa de su larva, el hombre Nuevo, el hombre de Cristo, el hombre que del Cristo tiene la grande, luminosa, misericordiosa mentalidad y la aún mayor caridad.

Dios crea el Nuevo pueblo de Dios precisamente con aquellos medios que el hombre viejo despreciaría.

Hay que saber dar una santa valoración de las conversiones y no juzgar con malsano juicio la presencia ciertos pecadores criticando y ridiculizando dichas resurrecciones.

Todo es susceptible de buenas acciones, hasta las cosas aparentemente menos apropiadas. Dios tiene poder para realizar prodigios con las materias menos adecuadas si se usan con recto fin. Cada alma es un fuego sagrado, encendido por Dios en el altar del corazón para que consuma el holocausto de la vida con amor al Creador. Toda vida es holocausto, si se emplea bien; cada día es un holocausto que ha de arder con santidad.

No basta el heroísmo de la persona que se convierte sino que es necesario también el heroísmo de quien convierte porque las almas se salvan con el sacrificio nuestro. Una persona arrepentida se funde con Dios en el fuego del arrepentimiento, llama con llama. La llama del arrepentido deja de ser llama relativa de ser creado para ser llama infinita de Ser increado. Los grandes pecadores entregados a la conversión no se quedan con nada del pasado,

consumiéndose primero ellos mismos.

Nunca un concepto desviado, una sospecha farisaica de contaminar a Dios llevándole un pecador arrepentido debe detener de cumplir la misión evangélica.

Dios ha plantado la vid de su pueblo en un lugar apropiado, y le ha procurado todo lo necesario para crecer y dar frutos apoyándose en los maestros para que pudieran comprender más fácilmente la Ley y para que fueran su fuerza. Pero los maestros quisieron ser más que el Legislador hasta hacerse valer por encima de la eterna palabra. Y así el pueblo de Dios ha quedado estéril.

Lo que hay que hacer es convencer al cristianismo a aquellos que, por ser ya pueblo de Dios, creen a pies juntillas que están en lo cierto. Convencer que el Reino de Dios no es de este mundo, sino que es el Reino enteramente espiritual de los Cielos, cuyo preludeo es una vida cristiana, o sea, una vida en que los valores preponderantes sean los del espíritu.

El convencimiento se obtiene con una firme dulzura sin necesidad de echar las manos al cuello para persuadir pues estamos rodeados de fanáticos, fanáticos cristianos y fanáticos católicos. Los primeros quieren acciones de fuerza o permiso para llevarlas a cabo y los segundos marcharán en contra de los cristianos sinceros como si fuera una guerra santa en defensa de la vieja Fe y de sus símbolos y ceremonias.

El discípulo de Cristo está más allá de la nacionalidad pues lo importante y lo suficiente es ser discípulo. Los cristianos sólo se pueden diferenciar en una cosa, en la santidad; la santidad sera individual y tendrá la medida que cada uno sepa alcanzar. No hay pues división de razas u otras cosas. Se es únicamente cristiano y debe anularse la separación de pertenecer a esta o aquella región. Se tiene una sola patria: el Cielo a la que se ha emprendido voluntariamente el camino. Entre los cristianos sólo hay un enemigo: el pecado.

Incluso puede haber perfectos representantes del viejo pueblo de Dios que deberán ser triturados para adquirir nueva forma. No se trata de hacerles la Guerra, al contrario, de presentarles batalla, amándoles, complaciéndolos en un deseo para sus cerebros momificados, y derramando sobre ellos un bálsamo que han de disgregarles para darles forma nueva.

Un cristiano no debe, por un estúpido escrúpulo del peor fariseísmo, humillar a un alma regenerada. Se ocupará de la tranquilidad de tal alma, velará por su formación. Uno que haya sido pecador puede empezar a decir palabras de sabiduría porque Dios le ha perdonado, porque ha renacido en Dios, porque Dios le ha abrazado. Hay que tener ojos para ver cuando se está consumiendo de penitencia y amor.

Un delator es una abyecta serpiente que se cela bajo apariencia de amigo, y que espía antes de asesinar; esa serpiente que envidia las alas del pájaro, y que le acosa para arrancárselas y meterle en prisión. Cuando el ave está para transformarse en ángel aunque la serpiente

podiera arrancarle las alas (no podrá), éstas se transformarían en su cuerpo glutinoso en alas de demonio. Todo delator es ya un demonio. Mas ninguno debe hacer nada contra el delator pues sería quebranto, por ocuparse de la culebra, dejar perecer el pez. Para ser de Dios basta la voluntad y el amor, basta la rectitud de conciencia.

Esta existencia no es sino el principio embrional de la vida, y la verdadera Vida empieza cuando la muerte nos da a luz para la Vida eternal, como creyente en Dios.

Según el Génesis en sus comienzos encontramos un pecado complejo, un pecado que abraza los tres estados del hombre: material, pensamiento y espíritu. Luego un fratricidio, un dúplice homicidio, corrupción y a pesar de la purificación del Diluvio y la reconstrucción de la raza a partir de un buen germen volvió a aparecer el fermento soberbio, el ultraje a Dios: “Vamos a tocar el cielo” y también la maldición divina: “Dispérsense y no se comprendan” . El único tronco se dividió: la raza se separó en razas.

La Humanidad puesta en fuga por su pecado y el castigo divino, se dispersó y no se volvió a reunir, llevando consigo la confusión que la soberbia había creado.

Pero las almas recuerdan, siempre queda algo en ellas; y las más virtuosas y sabias vislumbran una luz, aunque débil, en las tinieblas de los mitos: la luz de la Verdad. Es este recuerdo de la Luz, vista antes de la vida, lo que remueve en ellas verdades que contienen retazos de la Verdad revelada.

Una ciudad puede ser muy bonita porque Dios le ha dado las Colinas, el arroyo, la verde llanura y se construyen casas y edificios bellos. Pero depende solamente de los ciudadanos el dar a la ciudad el nombre de santa y justa. La ciudad es como la hacen sus habitantes. Porque la ciudad es una parte de la sociedad pero quien hace la ciudad son los ciudadanos.

Los ciudadanos son los individuos que forman, uniéndose, una cosa múltiple, pero al mismo tiempo una cosa individual, que se llama “ciudad” .

Cuando hay unión en el propósito de realizar algo, cada ciudadano tratando de superar al otro en conseguir un fin común, es seguro que se logrará.

Por tanto, hace falta Concordia entre los ciudadanos para construir el bien de la ciudad, y, como consecuencia, de los propios ciudadanos, porque en la sociedad el bien de ella redunda en el bienestar de quienes la componen.

Ahora bien, no sólo existe la sociedad humana, la sociedad de los ciudadanos, o de los miembros de la misma patria, o la pequeña y amada sociedad de la familia. Existe una sociedad más grande, infinita: la de los espíritus.

Todos nosotros que vivimos, tenemos un alma. Esta alma no muere con el cuerpo, sino que a la muerte del cuerpo sigue viviendo, eternamente. Idea del Creador Dios, que ha dado al hombre el alma, era que todas las almas de los hombres se reunieran en un único lugar: el Cielo, constituyendo el Reino de los Cielos, cuyo monarca es Dios y cuyos súbditos bienaventurados serían los hombres tras una vida santa y una plácida dormición. Satanás vino a dividir y a crear desorden, a destruir y a afligir a Dios y a los espíritus. E introdujo el pecado en los corazones, y, con el pecado, acarrió la muerte al cuerpo al final de la existencia, con la esperanza de dar muerte también a los espíritus. La muerte de los espíritus es la condenación, que es un seguir existiendo, sí, pero con una existencia privada de aquello que es verdadera vida y júbilo eterno: de la visión beatífica de Dios y de su eternal posesión en las luces eternas. Y la Humanidad se dividió en sus voluntades, como una ciudad dividida por partidos contrarios. Actuando así, encontró su ruina.

En el Cielo formaremos una gran familia incluso con los que todavía viven. Las almas de los justos no quedan separadas por la muerte sino que constituyen una sola gran familia.

Nosotros trabajamos aquí en la tierra y las almas de los justos nos ayudan con sus oraciones. Y nosotros debemos ofrecer nuestros sufrimientos por su paz. Es una cadena que no se rompe. El Amor une a los que vivieron con los que viven. Y los que viven deben ser buenos para volverse a unir con los que vivieron y desean que estén con ellos.

La jornada nos la da Dios, toda: tanto la iluminada como la oscura: el día y la noche. Es un don vivir y gozar de luz. Es un modo de santificación el modo de vivir por lo que uno tiene que santificar todos los momentos del día, para conservarse en santidad y tener presente en su corazón al Altísimo y su bondad, y, al mismo tiempo, mantener alejado al Demonio.

Observa los pajarillos. Con el primer rayo del sol cantan. Bendicen la luz. También nosotros debemos bendecir la luz, que es un don de Dios, y, bendecir a Dios, que nos la concede y que es Luz. Tener deseos de Él ya desde los albores de la mañana, como para poner un sigilo de luz, una nota de luz en todo el día que transcurre, para que todo él sea luminoso y santo. Unirnos a toda la Creación para alabar al Creador. Luego, a medida que las horas van pasando, y pasando nos traen la constatación de cuánto dolor e ignorancia hay en el mundo, orar también, para que sea aliviado el dolor y caiga la ignorancia y conozcan a Dios, le amen, le eleven sus oraciones, todos los hombres; que si conocieran a Dios se verían siempre consolados incluso en su sufrimiento. En la hora sexta, orar por amor a la familia. Saborear este don de estar unidos a quiennos ama, que también esto es un don de Dios. Pedir que la comida no se transforme de algo útil en pecado. Y, al declinar la tarde, orar

pensando que la muerte es ese ocaso que a todos nos espera. Orar para que nuestro caso, de un día o de toda la vida, se produzca siempre con el alma en gracia. Y, cuando se encienden las luces, orar para dar las gracias por el día que ha concluido y para pedir protección y perdón, para echarse a dormir sin miedo a un imprevisto juicio, a asaltos demoniacos. Orar, en fin, por la noche para ofrecer reparación por los pecados de la noche, para alejar a Satanás de los débiles, para que en los que hayan incurrido en culpa surjan la reflexión, la contricción, los buenos propósitos que se harán realidad con los primeros rayos del sol. Y así el justo durante todo el día ora, y por estas cosas ora.

La unión con Dios es este tenerle presente en todo momento para alabarle e invocarle. Haciéndolo se progresa en la vida del espíritu.

Ignorar no es pecado, renegar sí. Demasiados de los que tienen noticias de Jesús le han renegado como si fuera espurio, o un ladrón, o un Diablo corruptor; porque en su soberbia han apagado la fe, se han descarriado por caminos no buenos, retorcidos, pecaminosos, abandonando el camino que mi voz les indica. El pecado está en el corazón, en los hechos, en las mentes del pueblo que le rechaza y que, viendo reflejada en todas partes su propia impureza, la ve también en Jesús, más concentrada aún por su odio.

Los que rechazan a Jesús han sido seducidos por los diez preceptos satánicos que se oponen a los diez mandamientos:

Al precepto de amar al verdadero Dios se opone el precepto satánico del desamor a Dios y al precepto de amar al prójimo el de amor a uno mismo.

Al precepto de respetar a los sábados sin profanarlos se opone la corrupción del culto y al de honrar a los padres, la dureza con los padres.

Al precepto de no matar se opone el deseo homicida y al de no robar el afán de hurtar la santidad ajena.

Al precepto de no cometer adulterio se opone la fornicación con Satanás y al de no ser falsos en los testimonios, los falsos testimonios.

A los preceptos de no desear la mujer y las cosas de los demás, se oponen la envidia por la naturaleza y misión del Verbo, el horrendo pecado que fermenta y va madurando en el fondo de los corazones, de demasiados corazones.

Si se cree en Jesucristo entonces el cristiano debe santificar su alma para que la Fe no signifique un don que no sólo sería ineficaz, sino incluso perjudicial.

Se siente castigado quien tiene conciencia de culpa. Esta conciencia de culpa, y no el

castigo en sí mismo, debe producir dolor.

Reconstruir una ciudad, dedicándola al Señor, y no reconstruir las almas, cada una semejante a una pequeña ciudad de Dios, es necesidad sin igual.

Para reconstruir estas pequeñas ciudades espirituales los materiales que se habrán de utilizar para hacerlas sólidas, hermosas y duraderas están en los preceptos del Señor: los diez mandamientos.

No es el miedo lo que salva. El miedo al juicio de Dios, a las sanciones de los hombres, a las enfermedades. El miedo nunca es constructivo; antes bien, agita, disgrega, desencaja, quebranta. El miedo lleva a la desesperación; lleva sólo a la astucia para ocultar las malas acciones; lleva sólo a temer, cuando ya el temor es inútil porque el mal ya está en nosotros.

El amor, por el contrario, construye. El amor edifica, da solidez, mantiene la cohesión, preserva. El amor porta esperanza en Dios; aleja las malas acciones; conduce a la prudencia hacia el propio cuerpo, que no es el centro del universo (como le creen y le hacen los egoístas, los falsos amantes de sí mismo, porque aman sólo una parte, la menos noble, con perjuicio de la parte inmortal y santa), pero que en todo caso, debe ser conservado sano, hasta que Dios no decida lo contrario, para ser útiles a nosotros mismos, a la familia, a la propia ciudad, a la nación.

Es inevitable que vengan las enfermedades, y no se puede decir que toda enfermedad sea prueba de vicio o castigo. Existen enfermedades santas, enviadas por el Señor a sus justos, para que en el mundo, que de sí mismo hace el todo y el medio gozo, haya santos como rehenes de guerra para salvación de los demás, los cuales pagan personalmente para expiar con su sufrimiento la dosis de culpa que el mundo diariamente acumula y que acabaría cayendo sobre la humanidad, sepultándola bajo su maldición.

Así pues, es necesario amar para alcanzar la santidad, porque el amor crea, preserva, santifica.

El alma nada pierde con la muerte del familiar perecido. Es más, de las dos partes, ahora una sola está limitada en su libertad, la nuestra, que todavía permanecemos con el alma encerrada en la carne; la otra parte, la que ha pasado a la segunda vida, goza de la libertad y del poder de velar por nosotros y de obtener para nosotros mucho más que cuando nos amaba en la cárcel de su cuerpo.

Nada sucede sea una invasión, dominación o guerra sin que Dios la haya permitido. Todo

pueblo dominado si se examina con rectitud reconocerá que él mismo lo ha querido con sus modos de vivir contrarios a Dios. Ni la rebelión ni la guerra logran que sanen las heridas sino el vivir como justos. Dios interviene cuando hay un modo de vivir honesto.

Un pueblo puede estar sometido pero al mismo tiempo ser más grande que el dominador pues al predicar a Dios con las acciones de una vida santa puede convertirse en maestro para los pueblos gentiles y paganos.

A un cristiano sólo la responsabilidad en un acto inadecuado o delictivo (la culpa) es lo que le repugna, no la nacionalidad, la raza o las creencias.

En Occidente, que tiene tantos ídolos en el secreto de los corazones, existe también un hipócrita alabar a Dios, un alabar que no queda corroborado por las obras de quienes lo hacen. Existe en Occidente también una tendencia: la de descubrir muchos pecados en las cosas externas y no querer encontrarlos donde realmente existen, en las cosas internas.

Incluso suele estimarse que el nombre de Dios pronunciado por los labios paganos es una blasfemia impidiéndole a los seres creados sentir atracción de su Creador. Nadie tiene derecho a capitalizar el nombre de Dios. Pronuncia el nombre de Dios en vano quien con el alma impura lo invoca inútilmente e insinceramente.

No debemos tener miedo del Señor: nos llama porque nos ama.

Igual que el agua se alterna con el sol, el calor con el frío y la luz con las tinieblas una persona es distinta a otra. La variedad en la naturaleza es en sí misma cosa buena por lo tanto no se puede pretender que todos los hombres sean iguales. Cada uno tiene su misión y su forma. La infinita diversidad de especies parece signo de potencia del Creador.

No obstante todo hombre y mujer deben saber elevarse a ser espíritus. Se suele temer por estupideces y se preocupa de previsiones inútiles. La Providencia es potente y está presente.

El espíritu humano conservará una tendencia al pecado que no habría tenido sin el pecado original.

Es inútil pretender fijar anticipadamente el tiempo lejano, cuando no estamos seguros del momento que vivimos, ni si nos será concedido terminarlo.

El afán exagerado y temeroso del egoísta es distinto del cuidado prudente del justo. Pecado es la avaricia dirigida al mañana, que quizás no gozaremos nunca; no es pecado la sobriedad para garantizarse un pan, y garantizárselo a los nuestros, en los tiempos de escasez. Pecado es el cuidado egoísta del propio cuerpo, exigiendo que todos los que están alrededor de

nosotros estén preocupados de él, evitando todos los trabajos o sacrificios por miedo a que la carne sufra; no es pecado preservar el cuerpo de inútiles enfermedades, cogidas por imprudencias, enfermedades que luego serán un peso para los familiares y una pérdida de productivo trabajo para nosotros. Dios ha dado la vida. Es un don suyo. Debemos, por tanto, hacer uso de ella santamente, sin imprudencias y sin egoísmos.

En el cristianismo no permanecerán separaciones de personas y de naciones porque las almas estarán unidas en una sola Patria: la de Jesús. Se congregarán en su Nombre y no serán de diferentes nacionalidades sino almas de Cristo. No se debe querer distinguir a las almas según sus patrias terrenas pues quien así lo hiciere demostraría que no ha comprendido la Caridad, que es universal.

Aunque parezca que no exista, siempre hay en los hombres un parentesco: el de proceder de un único Creador. Porque, aunque luego estos hijos de un único Padre se hayan separado, no por ello ha cambiado el vínculo de origen, de la misma forma que no cambia la sangre de un hijo cuando repudia la casa paterna.

No hay ninguno - aunque fuera el idólatra más lejano de Dios con su idolátrica religión, o el más pagano de los paganos, o el más ateo de los hombres -, no hay ninguno que esté absolutamente privado de una huella de su origen.

El hombre ha perdido de vista el verdadero fin de su vida, y se ocupa de los transitorio. El hombre no sabe, o no recuerda, o, recordando, no quiere prestar obediencia a esta santa orden del Señor de hacer el bien, que es bien en cualquier parte, porque la ley moral existe bajo todos los cielos y en todas las religiones, en todo corazón recto. Y las religiones, desde la de Dios hasta la moral individual, dicen que la parte mejor de nosotros sobrevive, y que según como haya obrado en la tierra así será su suerte en la otra vida.

No obstante Dios perdona la culpa de los corazones que no quieren recordar esta verdad si el alma repudia su comportamiento malo y se propone perseguir durante el resto de la vida el fin verdadero del hombre, que es conquistarse la paz eterna en el Reino del Dios verdadero.

Para muchos “amigo” quiere decir “conocido” ; para otros, “cómplice” ; para otros, “siervo” . Para un cristiano quiere decir “fiel a la Palabra del Padre” . Quien no es tal no puede ser amigo de un cristiano, ni éste suyo.

El Reino de Jesucristo no es un reino a la medida humana. No respecto a lo perecedero, sino a lo eterno. Las victorias contra nosotros mismos nos darán este Reino, no las victorias de armas en el campo de batalla.

Inmortal es quien, habiendo nacido, ya no muere. Así, el alma de los justos es inmortal

en el Cielo, el alma de los pecadores es inmortal en el Infierno; porque el alma, una vez creada, ya no muere sino a la gracia. Pero el alma tiene vida, existe desde el momento en que Dios la piensa. La crea el Pensamiento de Dios.

La Iglesia de Cristo requiere el sacrificio de todos sus miembros. Desde Jesús de Nazaret que es su Fundador, su Cabeza mística, hasta todos los apóstoles, hasta todos los discípulos, hasta todos aquellos que lleven el nombre de cristianos y el de pertenecientes a la Iglesia universal. Y, en verdad, los que harán verdaderamente vital a la Iglesia no pocas veces, serán los más humildes de la gran escala de las jerarquías, es decir, aquellos que parezcan simplemente “números” .

Por la fuerza de la bendición se confirma en las acciones pero son las personas las que tienen que cumplir las acciones justas para conseguir el Cielo.

La disciplina de las armas no repugna a Dios, cuando se cumple con humanidad el propio deber del soldado. Todo consiste en ser siempre moralmente honestos, en todos los trabajos, para ser siempre virtuosos.



5. El valor del dolor y el sufrimiento.

Desde el punto de vista cristiano el dolor es un bien. Aumenta los méritos de los justos que lo sufren sin desesperación y rebelión. Ofreciéndose a sí mismos con su resignación y como sacrificio de expiación por las propias faltas y las culpas del mundo. La experiencia del dolor ofrecida a Dios es redención para los no justos.

Según la doctrina cristiana el dolor vino por la culpa y aunque durase toda la vida es mucho más beneficioso que sufrir en el Purgatorio o para siempre en el Infierno. Así pues, no se debería maldecir sino bendecir el sufrimiento y llamarlo “gracia” y “piedad” .

La amargura en la vida siempre se mezcla con la dulzura pero para el cristiano el sufrimiento y el dolor son experiencias que consolida a los débiles y un medio de santificación. Es algo valioso porque es don de Dios. Es en el sufrimiento donde se conquista la paz y toda gracia. Sufrir humillaciones sin defenderse. María conoció la tristeza y el dolor de los frutos de la culpa pero quedó exenta de engendrar con dolor.

Desde un punto de vista humano puede aparecer contradictorio que el cristiano no aleje de sí la fuente del dolor rechazando a la persona que la origina, pero el hecho de rechazar

a ese otro sería en realidad inútil humanamente y además sería anticaridad.

Es difícil soportar a un embustero que siempre miente y se comporta falsamente pero sería inútil alejarle pues lo que debe ser será y esa persona es parte de este mismo futuro en el que se debe de estar.

Así pues, el cristiano debe soportar al que es la causa del sufrimiento pues está destinado a ser una parte de tal trama. La persona que se comporta mal viene a ser la escuela en la que el cristiano más madurará. Ser bueno con los hombres justos es virtud de tontos pero ser bueno con quien nos ofende sabiendo entenderlo y siendo a la vez médico y sacerdote es lo difícil. La persona que se comporta mal es la enseñanza viviente para el cristiano pues es necesario aprender estudiando a dicha persona si bien es cierto que cuando más se progresa en la bondad más se sufre pues se perciben más claramente a los traidores y a los ingratos como lo que son: auténticos cadáveres espirituales.



Ante situaciones inhumanas la doctrina cristiana aconseja no dar pie a castigos inhumanos por la prisa del propio deseo, sino saber esperar. No obstante esto esta actitud no supone un abandono por su parte sino que promete una espera muy breve no sin antes poner un sigilo sobre todas las cosas para que los malvados no puedan perjudicar.

Ciertamente es una angustia ver sufrir a los buenos, a los justos pero si Dios remediase todo privaría de la facultad de ser misericordioso y de obedecer el mandamiento del amor.

Para un cristiano el contacto con el mundo es como quien va por un camino fétido y fangoso, que, aunque camine con cuidado, un poco de lodo le salpica y el hedor penetra aunque se esfuerce en no respirar.

Cuando uno recuerda experiencias pasadas crueles e inhumanas dicho recuerdo que permanece en nuestra memoria debería servir para hacer más hermosa la alegría de estar participando en el camino de la doctrina cristiana.

Ante la muerte o la enfermedad el cristiano no impreca, ni acusa o se queja en medio de arrebatos de cólera que son tan injustos, impotentes, penosos de ver y dolorosos de padecer. Si bien la muerte es dolorosa, para el cristiano que mantiene una actitud resignada viene a ser una experiencia menos traumática.

Se puede morir siendo incrédulo, ridiculizando incluso a Cristo llamándole loco pero no odiándole. Morir con rencor y odio es perder el alma. La muerte es lazo para los verdaderos afectos. El corazón del cristiano arde por el deseo de venerar y honrar los restos mortales de los fallecidos.

Para el cristiano la posesión diabólica es una enfermedad del espíritu. Ciertas perversiones humanas no son sino híbridos en las que se encuentran fundidas el hombre, el animal y el demonio.

Por Satanás entró la enfermedad y la muerte en el mundo así como el delito y la corrupción. Cuando alguien está atormentado por alguna desventura es que sufre por Satanás y es su instrumento.

Las enfermedades son un desorden en el orden porque Dios creó al hombre sano y perfecto. De Adán y Eva ha heredado tanto la mancha original como las tres ramas: la carne, cada vez más viciosa, y por tanto, débil y enferma; lo moral, cada vez más soberbio y, por tanto, corrompido; el espíritu, cada vez más incrédulo, o sea, cada vez más idólatra.

Por consiguiente es necesario enseñar el Nombre del que huye Satanás, esculpirlo en la mente y en el corazón, ponerlo en el yo como un sigilo de propiedad para poder ser sanado.

Siempre hay dolores mayores que el propio y el que odia al género humano es aún mayor que los otros dolores, porque envuelve no sólo carne, sangre y mente, sino también al espíritu llevándole a la perdición.

Hay formas de combatir el odio: madres sin hijos para los hijos sin madres. Viudas sin descendencia para que ejerzan su piedad para con los ancianos solitarios. El dolor es cruz pero también es ala. Toda buena acción es origen de cosas grandes. El esfuerzo de uno contra su propio egoísmo puede provocar una ola de amor.

Los enfermos necesitan al médico y los ignorantes al maestro; aunque tanto éstos como aquéllos algunas veces rechazan al maestro o al médico. No obstante si son buenos tanto los profesores como los doctores seguirán yendo a quienes los rechazan, porque es su deber

Con la buena voluntad se puede todo. Aunque la propia voluntad sea muy imperfecta la

ayuda de Dios pone en la voluntad lo que a ésta le falta para ser completa. La humildad nace en la enfermedad. El buen Dios, por medio de un suceso penoso, puede proporcionar una cosa de la que se carece.

Jesús no pone jamás obstáculo a las buenas aspiraciones de un alma enamorada pues ha venido a predicar, con los hechos, que en el sufrimiento hay expiación y en el dolor redención y no puede contradecirse.

El cristiano debe superar el mal que sufre de manos del hombre tentado por Satanás; al otro lado de esa barrera que cuesta lágrimas sabe ver la verdad del dolor y su belleza. El dolor viene del Mal. Pero, Dios, no pudiendo abolirlo porque la fuerza del Mal existe, le obliga a extraer de su veneno el jugo de una medicina que da vida eterna: porque el dolor con mordiente, inculca en los buenos reacciones tales, que los espiritualizan cada vez más y los hacen santos.

Debe tenerse presente que cuanto más penoso es el cumplimiento del deber, mayor es el mérito a los ojos de Dios.

No existe miseria alguna que Jesús no pueda transformar en riqueza; no hay soledad alguna que no pueda borrar. El pasado no existe, cuando el amor le anula.

La muerte es de por sí expiación.

Para algunas personas el estar enfermos es un bien pues han comprendido espontáneamente el valor del sufrimiento y de la muerte.

El espíritu, cuando es soberano, no se altera ante cualquier soplo del viento, que no siempre puede ser brisa perfumada... Podrá sufrir, pero no se altera. Tenemos que esforzarnos por alcanzar esa soberanía del espíritu.

Jesús sabe que somos hombres y no pretende nada por encima de cuanto podamos dar. Se hace necesario crecer, formarse... Es una obra lenta, un crecimiento continuo en su Vida.

Sufrir no es pecar. Es expiar Como un borracho arrepentido no comete pecado, sino que adquiere mérito, si resiste heroicamente a la incitación y deja de beber vino; así mismo, quien ha pecado y se arrepiente y resiste a todas las incitaciones, adquiere un mérito; y no le falta la ayuda sobrenatural para esta resistencia. Ser uno tentado no es pecado. Es más, es batalla que procura victoria. Dios desea sólo perdonar y ayudar a quien habiendo errado luego se arrepiente.

El cristiano no descansa y no da tregua al Mal aunque sabe que cuanto más combata contra él más le hará sufrir.

El dolor de las madres, siendo bueno como es, no es estéril; es fecundo. Por su dolor puede ser salvada el alma que ama expiando por él con una intención tan recta que es la indulgencia de los hijos.

El Hombre Jesús de Nazaret debía sufrir todo, lo sabía y lo quiso por el bien del mundo. Como hombre lo sabía, porque su Espíritu divino lo comunicaba a su humanidad. Expió por el género humano y ofreció su sufrimiento por su conversión.

El Hijo del hombre fue el Primogénito porque fue como habrían debido ser los hijos del hombre, sin mancha.



6. Los valores del arrepentimiento y la oración.

La oración es un don que Dios concede al hombre y que el hombre dona a Dios. La oración es sinceridad del corazón pues quien ora sólo con lo externo y por dentro está contra el bien, es un traidor.

La soberbia de la mente engendra, con la avidez de la carne y del poder, toda la maldad que hay en el mundo. Hay que abandonar el propio yo, matar la animalidad y el satanismo en nosotros que no morirá mientras haya mentira, orgullo, ira, soberbia, gula, avaricia y acidia (pereza).

Todos somos pecadores y tenemos conciencia de ello aunque no queramos decirlo; no obstante esto no debe desanimarnos si lo aceptamos y pedimos a Dios fortaleza para poder servirle cada día.

El arrepentimiento implica alejarse del pecado, hacer penitencia, pedir con los hechos el perdón. Una actitud hipócrita es como invitar a Dios a que se haga cómplice de las malas acciones del hombre. Es reírse de Dios.

Mejor sería que en vez de llorar por la muerte de los demás, el hombre que teniendo muerta el alma, llorase por sí mismo, de modo que, por ese llanto de contrito y humilde corazón, le devolviera al alma la vida con el perdón de Dios. A los ojos de Dios es todavía más inmundo el pecador impenitente que el leproso arrepentido. Jesucristo necesita la humillación del pecador para tener piedad.

La tentación es obra del Maligno pero se transforma en gloria para quien la vence. El

marido que va a otros amores es un asesino de su esposa, de sus hijos, de sí mismo. Quien entra en morada ajena para cometer adulterio es un ladrón y de los más viles.

La lujuria al cristiano le produce una sensación de asco y se siente nauseado. Hay una repugnancia por la lujuria. Si bien el cristiano ama igualmente al justo que al pecador, al pecador lo ama con esfuerzo y dolor.

El alma tiende a la adoración, espontáneamente, porque se acuerda del Cielo y tiene los mismos deberes y derechos respecto al Bien, es decir, el Dios verdadero.

El pecado libera la voluntad y el arrepentimiento. Cuando una persona llora arrepentida siente soledad, una soledad llena del deseo y amor de Dios, y, por tanto, ya no es soledad desesperada. Este deseo es una prueba de que Dios responde a tal amor, es amigo, le llama, le invita, le interesa.

El alma antes de su encuentro con Dios deben santificarse con la justicia que cuando se practica firmemente, da vestido blanco. Así mismo debe estar limpia con la humildad que es como agua que lava. Quien es humilde enseguida se da cuenta de que su vestido está manchado y corre a su Señor pidiendo su purificación.

También el alma estará lozana, una lozanía del corazón como los niños la tienen por don de Dios. Los pecadores desde el momento que se miran con repulsa y deciden cambiar de vida con su propia superheroica voluntad reconstruyendo lo que ellos mismos han echado por tierra restituyen la lozanía infantil a su alma.

El alma debe permanecer siempre vigilante porque no sabe cuando se presentará ante el Esposo.

Al pecador impenitente Dios le mira con dolor e indignación. Pero si se arrepintiera le diría lo mismo que el padre de la parábola al hijo arrepentido. No se debe desear el mal a nadie, incluso a los perversos debemos desearle el mayor bien. La vida es un bien porque da al hombre la oportunidad de adquirir méritos ante los ojos de Dios.

No obstante el mayor delito del pecador impenitente es inducir a inocentes a odiar ya que en el Cielo no entra quien odia. Desear el mal nos haría perder el amor de Dios, el Cielo.

Todas las acciones del hombre o son pecaminosas o son santas, tienen pues un valor moral. Quien obra bien, la conciencia de la presencia de Dios es un estímulo para dicho obrar porque el creyente cristiano cree que Él premiará las buenas acciones y en esa seguridad descansa su comportamiento. Ya en vida ya en muerte el alma se verá consolada por la amistad de Dios.

El que obra el mal erige otros altares a otros dioses: a la mujer, al oro, al poder, a la

ciencia, al triunfo militar y a otros semejantes. No debemos asombrarnos de que los paganos adoren animales, reptiles y astros ¡Cuántos de estos ídolos adoramos en nuestros corazones!

El abuso de la conducta humana tiene un límite más allá del cual Dios no permite que se vaya. Dios es celoso, posee un santo celo respecto a sus hijos que los ha creado y los ama.

El Señor promete castigo sobre los culpables y sobre los hijos de los culpables y Dios no miente nunca en sus promesas. No obstante no debe deprimirse nuestro ánimo pues concede misericordia a los que con corazón contrito se confiesan y devuelven a Dios su morada que está en los corazones de los hombres.

Cuando una persona va con actitud honesta mas que como hombre va como “alma” recubriéndose de silencio porque piensa que ante la Palabra de Dios nada significa el status ni la posición social.

Cuando uno está enfermo de posesión demoniaca y experimenta las crisis más violentas con incoherencias, rabias, lloros y estados de desolación y anhelo de Dios, entonces es que son las fases de la enfermedad llegado el momento de la curación.

Lo que entristece a Dios es el pecado sea cual sea y lo que le pone inexorablemente severo es la resistencia a la Gracia, porque la Justicia no puede perdonar al impenitente que muere siéndolo a pesar de todas las ayudas que tuvo para convertirse.

Se deben llorar las culpas pero no escandalizarse de ellas pues el escándalo puede ser una trinchera en la que se esconde uno para abandonar a un alma.

Las cualidades necesarias en las tres fases de la salvación de un alma son:

1) Ser íntegros para poder hablar sin temor a que nos hagan callarnos. Hablar a los demás para romper la costra del duro terruño y prepararlo para la semilla de la Verdad. La palabra revelada debe herir para abrir.

2) Trabajar incluso donde otro huiría. Quebrantarse en el esfuerzo de arrancar cizaña y espinas, para poner al desnudo el terreno arado y que resplandezca el poder de Dios sobre él. Firme en un período de espera para dar tiempo a las almas de superar la crisis, meditar y decidir.

3) En el momento en que el alma que en el silencio se ha arrepentido, llorando y pensando en sus errores, se ha de tener un corazón más grande que el mar, más dulce que un corazón de madre, más enamorado que un corazón de esposo.

El cristiano debe saber hacerse acémila para llevar las debilidades de los demás. El apóstol debe llevar las suyas y las de los demás, junto con sus cruces y las de los demás.

Satanás cuando se ve obligado a soltar la presa por una Victoria de Dios, se pone inmediatamente manos a la obra para encontrar otras víctimas. Se venga así de la presa que ha perdido para siempre.

Lo que afianza la curación de espíritu de otro son las torturas que sufre un tercero, que resiste a los asaltos porque es bueno y fiel. Todo lo que acaece y lo que existe en la Creación está relacionado y sigue una ley eterna de dependencias y consecuencias, de forma que el acto de uno produce vastísimas repercusiones naturales y sobrenaturales

Un auténtico converso dice: "...pero te juro, mi Señor, que ahora el mundo al mirarme comprenderá tu poder."

Un cristiano descansa en la oración. Tanto en la alegría como en el dolor, en la paz como en la lucha, nuestro espíritu necesita zambullirse enteramente en el océano de la meditación para reconstruir aquello que el mundo y las diversas vicisitudes derriban, y para crear nuevas fuerzas para subir cada vez más.

Se suele hacer uso y abuso de la oración vocal siendo siempre mucho más útil para el espíritu la elevación mental a Dios, la meditación, en que, contemplando su divina perfección y nuestra miseria, o la miseria de tantas pobres almas llegamos realmente a orar, o sea, a amar. Porque la oración, para que sea realmente oración, debe ser amor.

Cada conversión es una resurrección. Resucitar un cuerpo es un milagro siempre relativo, destinado a quedar un día anulado por la muerte. No se da inmortalidad al resucitado en cuerpo sino al resucitado en espíritu. En el resucitado en espíritu está presente su voluntad y por tanto hay mérito del resucitado a diferencia del resucitado en el cuerpo.

No basta el heroísmo de la persona que se convierte sino que es necesario también el heroísmo de quien convierte porque las almas se salvan con el sacrificio nuestro. Una persona arrepentida se funde con Dios en el fuego del arrepentimiento, llama con llama. La llama del arrepentido deja de ser llama relativa de ser creado para ser llama infinita de Ser increado. Los grandes pecadores entregados a la conversión no se quedan con nada del pasado, consumiéndose primero ellos mismos.

La oración no está en la acción sino en el sentimiento. La oración es la conversación del corazón con Dios, y debería ser el estado habitual del hombre.

Demasiadas veces se invoca el Nombre del Señor y su bendición como premio o garantía de las maldades del hombre. Está escrito: "No tomarás el Nombre de Dios en vano" . No hay nada más vano y más malo que nombrarle para cumplir un delito contra el prójimo.

Una persona arrepentida sabe encauzar su temperamento hacia la perfección, y, en el caso de que sea de un temperamento de poderoso absolutismo, se lanza sin reservas por ese camino. Es el caso de María de Magdala que utilizó su experiencia del mal para ser potente

en el bien como lo fue en el mal; usando los mismos sistemas de darse enteramente, que tenía en el pecado, se dió toda a Dios. Llegó a ser María de Lázaro que comprendió la ley del “ama a Dios con todo tu ser, con tu cuerpo y con tu alma, con todas tus fuerzas” .

Jesús de Nazaret siendo Dios y conociendo todo cuanto existe pidió incongruentemente al Padre que por su sacrificio y humillación, salvase a Judas. Por un instante, como Hombre que no conoce el futuro y que puede forjarse ilusiones pidió el milagro que violase lo signado y lo anulase.

No pidió no ser traicionado pues debería suceder y sucedió sino que pidió no fuese su amigo, su apóstol, el traidor. Ciertamente Jesús no quería que ninguno le traicionara, pero la virtud de la amistad, herida y arrancada se lamentaba y se retorció dolorosamente pidiendo al Padre que no fuese el Traidor aquel a quien había llamado amigo y había amado como tal.

Si uno no tiene fe no puede creer en las palabras de Cristo. Para nutrirse de Dios y realizar obras de Dios es necesario que se realice la obra-base, que es ésta: creer en Aquel que Dios ha enviado. Y la fe la da Dios a quien tiene una disposición de buena voluntad.

Debemos buscar al Señor y sus dones celestes, sin ser perezosos, hasta las postreras horas del día o de la vida. Levantémonos para alabarle antes incluso de que lo haga el naciente Sol, alimentémonos con su palabra, que conserva, preserva y conduce a la Vida verdadera.



7. El valor de la identidad cristiana.

La actitud cristiana que configura su identidad nace de la observancia libre de la Ley que nos conduce al Padre a través de Jesucristo. El cristiano al ampararse de su Sangre y su dolor, queda purificado y fortalecido renaciendo la Gracia.

Este “nuevo yo” de la persona cristiana es un yo superior y espiritual que refleja las siguientes bienaventuranzas:

-Es un yo “pobre de espíritu” .

La persona con un yo pobre de espíritu, aunque sea rico, no peca a causa del oro; antes bien, se santifica con él porque lo convierte en amor. El pobre de espíritu, si es pobre, se siente dichoso en su pobreza; come su sabroso pan, duerme su sueño exento de pesadilla alguna, se levanta habiendo descansado para ir a su sereno trabajo, que parece siempre ligero si se realiza sin avidez ni envidia.

Hay que tener en cuenta que peca quien pone su corazón desmedidamente en una cosa. Así pues, tanto el hombre rico como el hombre pobre deben vigilarse a sí mismo pues hay una medida establecida por Dios cuando se trata de amar al padre, a la madre, a la esposa, al prójimo (esto es “como a nosotros mismos”). En cambio, el amor a Dios debe ser sobre todas las cosas y con todo nuestro ser, o sea, con toda la capacidad de amar.

Tanto las riquezas que Dios nos da como las gracias que nos concede no deben elevarse a ídolos, sino que debemos hacerlas medios de servicio a Dios en santidad, mostrando no tener apego pecaminoso a ellas.

La santa pobreza del espíritu de todo se despoja para ser más libre en la conquista de Dios santo, suprema Riqueza. Y conquistar a Dios significa poseer el Reino de los Cielos.

-Es un yo manso que heredará la Tierra.

Un yo manso va a la conquista de los espíritus con la dulzura paciente, humilde, amorosa. A las almas hay que atraerlas con amor; porque la mansedumbre es amor, como lo es también la pobreza de espíritu.

La mansedumbre vence al odio y la soberbia y hereda la Tierra que se llevará a Dios precedentemente propiedad de Satanás.

-Es un yo que sabe llorar sin rebelarse.

Existe el dolor en la Tierra, y arranca lágrimas de los ojos del hombre. El hombre lo introdujo en este mundo y por depravación de su intelecto se aplica cada vez más a aumentarlo con todos los medios a su alcance. A las enfermedades y desventuras añade, como fruto de su mente, las armas mortíferas y la crueldad moral.

Estas lágrimas son, no obstante, una perfección del hombre. El llanto le hace adulto, reflexivo, inteligente. Sólo los que lloran- o han llorado- saben amar y comprender los sufrimientos de los demás. Y saben amar a Dios porque han comprendido que, excepto Dios,

todo lo demás es dolor. El llanto resignado que no quebranta la fe, que no hace árida la oración, que no conoce la rebeldía, cambia de naturaleza, transformándose en consuelo.

-Es un yo que tiene hambre y sed de justicia.

No es la carne lo que viene a ser inmortal sino el alma que debe ser alimentada con los alimentos de la Sabiduría y la Justicia. Llegará un día en que el alma insaciable con esta santa hambre, será saciada por Dios.

El sabor del alimento espiritual que proporciona la ciencia divina no equivale al de la ciencia humana que sólo saca la curiosidad mental.

Hay una vida en la vida, de la misma manera que en una nuez está la pulpa; la nuez no es la cáscara, la pulpa interna es la nuez. Asimismo está la vida del alma en el cuerpo ya que el hombre no es un animal y su vida no cesa al cambiar de morada.

-Es un yo misericordioso.

Todos tienen necesidad de perdón y lo que obtiene el perdón es el rito interno del amor, o sea, la misericordia.

En la base de todos los males se encuentran siempre dos raíces: codicia y soberbia. No es conveniente encerrarse en una torre de cristal ignorando las miserias de los demás. Cualquier riqueza, salud, bienestar familiar, pueden desvanecerse rápidamente como el humo. El cristal del aislamiento hace de lente y lo que pasaría desapercibido si uno se mezcla con la gente no se podrá mantener escondido en una torre de cristal.

Misericordia para cumplir un santo sacrificio de expiación y obtener misericordia.

-Es un yo puro de corazón.

Dios es pureza. El Paraíso es Reino de Pureza y nada impuro puede entrar en el Cielo donde está Dios. Quien es puro ya desde la Tierra posee un principio de Cielo porque Dios se inclina hacia el hombre puro. No conoce sabor de amores humanos, sino que degusta, hasta extasiarse, el sabor del amor divino. Son los esposorios del alma con la divinidad.

-Es un yo pacífico.

La paz es una de las características de Dios pues Dios sólo está en la paz, porque la

paz es amor, mientras que la guerra es odio. Satanás es Odio, Dios es Paz.

No puede uno decirse hijo de Dios, ni puede Dios llamar hijo suyo a un hombre de espíritu irascible, siempre dispuesto a crear trifulcas. Una actitud cristiana contribuye con su gran paz a calmar las que crean otros. El hombre pacífico transmite la paz incluso sin palabras.

-Es un yo bienaventurado si padece persecución por amor a la Justicia.

El hombre en su mayor parte está lleno de mal, que odia el bien dondequiera que éste se encuentre, y que odia al bueno, como si el bueno le estuviera acusando o reprendiendo, aunque de hecho no diga nada. En efecto: la bondad de una persona hace ver todavía más negra la maldad del malvado; la fe del creyente verdadero hace aparecer aún más viva la hipocresía del falso creyente; aquel que con su modo de vida está dando continuamente testimonio de la justicia no puede no ser odiado por los injustos.

El hombre progresa en el arte satánico de la persecución más que en el arte santo del amor. Las fatigas y sufrimientos del perseguido son los peldaños para subir a los tronos que el Padre tiene preparados para sus mártires.

-Es un yo bienaventurado si le ultrajan y calumnian.

La preocupación debe estar puesta en que el nombre de cada uno sea recogido en los libros celestes, en los cuales no se escriben los nombres según el criterio de los embustes humanos, que alaban a quienes son menos merecedores de elogio sino aquéllos en que se reflejan las obras de los buenos.

Existe el yo espiritual que se acuerda de Dios y de su origen divino y el yo inferior de la carne que se acuerda de las exigencias de las pasiones. Para estimular ese recuerdo santo del yo espiritual se hace necesario olvidarse de uno mismo en todos los recuerdos, las exigencias y las reflexiones del yo humano.

Los Profetas fueron en el pasado calumniados y ultrajados y aparecerán en la Ciudad de Dios y recibirán el saludo reverenciador de los ángeles junto a los que son ultrajados y calumniados ahora. La lágrimas vertidas serán amadas porque por ellas habrá sido conquistada la gloria eterna.

Todos los cristianos son muy humanos, incluso los santos de la tierra, aunque en grado menor. Algo de humano persiste incluso en los perfectos. Lo humano está filtrado en sus pensamientos. La perfección consiste en no tener conversaciones malas ni siquiera con nuestro interior. Porque Dios ve, y debe ver puro el interior para poder descender a él y morar en él.

Lo primero que se necesita para tener a Dios con nosotros, la primera condición, es no tener rencor y saber perdonar.

El cristiano debe saber hacerse acémila para llevar las debilidades de los demás. El apóstol debe llevar las suyas y las de los demás, junto con sus cruces y las de los demás.

Un carácter cristiano no se muestra desabrido nunca, ni siquiera en los momentos más desagradables por algún hecho que le haya sucedido; se le verá, por el contrario, siempre majestuosamente digno, comunicando dignidad sobrenatural al lugar en que se mueve. No se mostrará jocosos, riéndose a mandíbula batiente, ni siquiera en los momentos de mayor alegría; tampoco quejumbroso, con expresión hipocondríaca, ni siquiera en los momentos de mayor desconsuelo.

Su sonrisa debe ser inimitable, rósea cuando aprueba las acciones espontáneas de sus amigos; azul, angélica, cuando se inclina hacia los niños para escucharlos; modelada de piedad cuando observa alguna miseria de la carne o del espíritu; en fin, divina cuando habla de Dios.

Callar es regla de caridad del cristiano hacia los demás y hacia uno mismo, cuando decir que uno es bueno no se puede y no se quiere mentir. Pero diligente brotaría la alabanza a quien viniera a la doctrina cristiana.

No se puede medir la bondad de Dios con la humana. El hombre, después de una culpa, no perdona, aunque él mismo sea también culpable. Dios no se muestra implacable a la primera caída, pero no permite que impunemente el hombre se endurezca en el mismo pecado. A la primera caída, por tanto, no castiga, sino que habla al corazón; pero sí castiga cuando su bondad no sirve para convertir y el hombre juzga tal bondad como debilidad. Entonces descende el castigo, porque nadie se burla de Dios.

El hombre se viene abajo siempre a partir de una ligereza aparentemente inocua. Luego aumenta la condescendencia con el mal. Se forma el hábito de transigir con la conciencia y de descuidar lo que constituye el deber y la obediencia a Dios, y, por grados, se llega al pecado grande.

El hombre no es un instrumento mecánico. El hombre está dotado de cerebro inteligente y debe usarlo por sí mismo, según las necesidades y circunstancias. Porque, si bien la letra de la palabra es eterna, las circunstancias cambian. Son raquíticos esos maestros que no saben saber querer el esfuerzo y satisfacción que supone el ir extrayendo gradualmente la enseñanza nueva, es decir, el espíritu que siempre está contenido en las palabras antiguas y sabias. Serán semejantes al eco, que lo único que puede hacer es repetir, incluso hasta el infinito, una sola palabra, sin decir ni siquiera una de su propia cosecha.

Callar es otorgar y no se debe dar el visto bueno a los pecados; ni de los pequeños ni de los grandes. Tanto la persecución como la muerte por fidelidad al deber cristiano son gloria para el hombre. El mártir es siempre glorioso. La vocación está por encima de la sangre. El primer mandamiento está dedicado a Dios.

Una madre cristiana hace la voluntad de Dios a través del destino de sus hijos siendo ese su martirio redentor.

Dios no retira nunca una gracia que ha concedido. Uno debe estar tranquilo al no querer pecar. Debe vigilar, eso sí, pero no tener miedo.

Hay animales que se los considera animales sagrados que representan a un dios, y, de la misma forma que los cristianos ofrecen el sacrificio a Dios, ellos, los pobre idólatras, lo hacen con las formas y errores que su condición comporta.

El cristiano no debe ser objeto de escándalo para los que están naciendo a la Luz pues una imperfección perjudica a la redención de un pagano o de un pecador más que todos los errores del paganismo.

Un cristiano necesita fortaleza, constancia, paciencia y sagacidad sin límites. Tiene que ser justo con caridad, con una fe simple y pura como la de un niño, y al mismo tiempo erudita, propia de un verdadero maestro, para sostener la fe, agredida en muchos corazones y por muchas cosas contrarias, y para refutar los errores de los falsos cristianos y las sutilezas doctrinales del viejo pueblo de Dios, el cual está más ciego que nunca porque ha matado la Luz y forzado las palabras proféticas e incluso los mandamientos del Padre para persuadirse a sí mismo, y así darse paz, y persuadir al mundo, de que los patriarcas y los profetas no hablaban de Jesús de Nazaret, sino que era solamente un pobre hombre, un iluso, un desquiciado para los mejores o un hereje endemoniado para los menos buenos.

Entonces el cristiano debe ser otro Cristo. Deberá tener presente a Jesús, sus actos, su palabra, sus obras; deberá vaciarse en Él como si se depositara suavemente en el molde de arcilla que usan los fundidores de metales para darles una impronta.

Un cristiano habrá de saber amar con perfección para poder ser líder santamente. La encarnación de Dios en Jesús fue para todo el género humano, así pues, no se puede considerar a los gentiles como estiércol sino tratarlos con dulzura que no rechaza, limitándose a ser inquebrantable sólo en el dogma. Se debe ser condescendiente para con otras formas materiales de vida que no menoscaban el espíritu y son distintas a la cristiana. No se debe pretender que los gentiles muden de repente sus usanzas.

Muchos en el pueblo de Dios son y serán más idólatras y crueles que el más bárbaro

de los ídólatras del mundo y sacrificarán víctimas humanas a sí mismos y a su orgullo.

Un líder cristiano debe velar y cuidar porque no haya celos ni calumnias en la asamblea de los fieles, como tampoco resentimientos ni espíritu de venganza. Vela y cuida porque la carne no pase a dominar sobre el espíritu pues no podría soportar las persecuciones aquel cuyo espíritu no fuera soberano de la carne.

El trabajo de Dios no es nunca fastidioso aunque la apatía de los espíritus, la volubilidad y preferencias del mal sean desalentadoras. Las pobres almas deben producirnos compasión, no fastidio. Tenemos que tener siempre un corazón de padre, de padre bueno que nunca siente fastidio por las enfermedades de sus hijos.

Los sacramentos son formas del culto para administrar la Gracia, o devolverla, o fortalecerla en los fieles. La palabra del sacerdote, miembro de la Iglesia de Cristo, consagrado a su servicio, o de otro verdadero creyente que en casos excepcionales le substituya, será la que obrará el milagro de la redención del bautizado de la culpa original.

En el mundo cristiano es el Espíritu Paráclito quien da pensamientos santos. Todos los cristianos tienen los mismos pensamientos para la Gloria de Dios en su Iglesia, aunque de todas formas habrá siempre todavía divergencias.

En los momentos de mayor peligro es cuando un líder cristiano más tendrá que velar por su iglesia como si fuese su hija más amada y estuviera a las puertas de la muerte. El ejemplo del líder cristiano fortalecerá el espíritu de los fieles.

Se debe tener prudencia al aceptar fieles malos, causa de encándalo y de peligro para los demás. Es mejor ser pocos buenos que muchos no buenos.

Si uno encuentra también sus traidores se debe tratar por todos los medios de hacerles cambiar, reservando las medidas severas como último recurso.

Si se trata sólo de pequeñas culpas, individuales, no manifestar una severidad apabullante. Para redimir a un corazón es más eficaz el perdón sazonado de lágrimas y palabras de amor que no un anatema.

Los discípulos pueden realizar lo que el Maestro cuando lo hacen con un santo motivo. Con la piedad, con el deseo de que amen a Jesucristo se puede curar tanto con el llanto como con la confianza en su Nombre.

Cuando uno debe hablar y no lo hace por miedo a no cumplir el deseo de Jesús de iluminar y levantar los corazones se hace mal porque falta la confianza en el Señor.

También puede ser que uno no hable, no por miedo a ser comprendido sino por desprecio en el hacerse comprender de unos pobres ignorantes en todo excepto en la virtud. Esto es peor.

El Evangelio es realmente la Buena Nueva comunicada a los pobres, enfermos, esclavos, afligidos. Luego sera también de los demás, pero se da precisamente para que los infelices, de todo tipo de infelicidad, reciban ayuda y consuelo.

Un cristiano nunca venga las ofensas contra sí mismo; pero, eso sí, pasa al Padre a aquellos que obstinadamente persisten en su pecado de egoísmo para con el prójimo y que, sacrílegamente, se burlan del precepto, y que, cuantas más palabras se les dice para persuadirlos, cuantas más obras, junto a las palabras, se hacen para convencerlos en orden al amor, más crueles son.

El infierno es poco para lo que se merece el que engañe aparentando ser mensajero de Dios siendo en realidad por dentro vil y diabólico.

Si bien se debe honrar y respetar a los mensajeros de Dios, el ojo del hombre debe ir más allá del medio, debe ver al mensajero y debe ver el fin, ver a Dios y su obra más allá del medio, que demasiado frecuentemente es deficiente.

Sólo en casos de culpas graves que dañen la fe de los corazones se tomarán medidas para amputar el miembro corrompido, porque no es lícito que por un sacerdote demonio se pierdan almas de fieles.

El cristiano no buscará nunca “lo mejor” para el cuerpo mortal. Antes bien, le dará siempre lo peor y se reservará todos los derechos al espíritu. Se dará siempre preferencia a los pobres.

El cristiano dado que no tiene el poder de Cristo necesita tener mayor prudencia y sencillez; mayor sagacidad, para evitar, por ahora, cárceles y flagelaciones. Debe ser, pues, prudente como la serpiente y sencillo como la paloma pues el mundo es, en verdad, más de lobos que de ovejas.

Todo cristiano debe ser consciente de sus limitaciones pues el ser humano raramente soporta ni siquiera una mirada irónica o iracunda. No obstante, llegará un tiempo en que su carácter será fuerte como héroe en la persecución, un heroísmo que sera llamado “locura” . Este mal denominado “locura” será la identificación, en virtud del amor, del hombre con el

Hombre-Dios.

El hombre ha dado muerte a Dios, en la Carne del Hombre Dios y en el alma de sus asesinos.

Verdaderamente los enemigos del hombre, además de los demonios, son los propios hombres; enemigos del hombre Nuevo, del cristiano, serán los de su propia casa, con sus quejas, amenazas o súplicas.

El que reconoce al profeta en el profeta es señal de que también él es profeta, es decir, muy santo porque el Espíritu de Dios le tiene en sus brazos; y quien reconoce a un justo como justo demuestra que él mismo es justo, porque las almas semejantes se reconocen.

Todo cristiano tiende a ser ciudadano del Reino y por su propia voluntad es violento consigo mismo, con un fin santo. El Reino de los Cielos es de los que saben conquistárselo con la fuerza opuesta al Mal, y son los violentos los que lo conquistan.

No se debe despreciar nunca el don de Dios, ni usarlo para hacer el mal.

Un cristiano es un obrero responsable que trabaja hasta que se termine el material. No confunde nunca el objeto con la acción. De un objeto hecho por Dios se hace una reliquia para el espíritu, dando a su espíritu la enseñanza derivada de la acción divina: las virtudes de la caridad, la humildad y la laboriosidad. Dios enseña con la acción predicando la caridad en la práctica.

El cristiano cree en Dios Padre y en Él encuentra a su posible padre perdido.

El cristiano nunca debe sentir desdén hacia los hombres, ni siquiera si se comportan malamente. Sólo se indigna cuando ve pisoteada la Ley y profanada la casa de Dios, pues está entonces en juego los intereses del Padre.

Nunca debe cansarse de dedicarse a las muchedumbres, a pesar de verlas tan obstusas, tardas, humanas, como para hacer perder el ánimo a los más optimistas en su misión.

Es más, precisamente por estas grandes deficiencias, debe multiplicar hasta el infinito las lecciones, considerando como si fueran escolares retrasados y guiar su espíritu hacia los primeros pasos, de la misma forma que un paciente maestro guía las manitas inexpertas de los escolares para que tracen los primeros signos, para irlos haciendo cada vez más capaces de comprender y hacer. Debe coger de la carne para llevar al espíritu.

El cristiano siente una nostalgia de amor infinita. Vive en la tierra, pero como un cadáver inerte. Decir al Padre “te amo” es su dicha. Decírselo como ser humano además de como dios por participación. Prosternar ante Él el sentimiento del hombre, de la misma manera que le ofrece su palpitar divino.

Un cristiano no se abstrae de las necesidades de los hombres. La caridad debe ser diligente. Como ser humano y después de haber andado muchos metros se hunde porque la humanidad sobrepuja su espíritu. Cuando uno es muy “hombre” suele tener esa violenta osadía de cambiar volublemente de pensamiento. En cambio, la pureza da prudencia y firmeza.

Todo “hombre-cristiano” desea sobresalir, hacer ver que ninguno ama como él a Jesús, quiere imponerse y sólo por el hecho de ser cristiano se cree ya desarraigado de las debilidades de la carne. Sin embargo en las pruebas da muestras contrarias no sublimes y no sólo deja la delantera al miedo por el peligro de perder la vida, sino que queda reducido a “carne que tiembla” . Cuanto más inminente es el peligro, más quiere valerse por sí mismo el hombre-cristiano. En los momentos precisamente que más tendría que esperar en Jesús, y llamarle, se aleja y le clausura su corazón y hasta llega a maldecirle o le olvida.

Todo cristiano como criatura que tiende a la vida perfecta, bendita, fatigosa, del siervo de Dios, del ministro de Cristo tiene el deber en esta vida de un amor total a Dios y un amor total al prójimo. Su finalidad: servir. Restituyendo a Dios a aquellos que el mundo, la carne, el demonio le han arrebatado. El modo: con el amor.

El cristiano dedicado a la doctrina de Jesús sufrirá intentos de seducción con donativos por el rico y el malvado para tenerle de su parte y para que consienta su modo de vivir y su pecado. Incluso habrá ministros que cedan a la tentación de los donativos. En esto hay que aprender de Juan el Bautista que poseía la perfección indicada en el Deuteronomio: “No harás acepción de personas, no aceptarás donativos, que ciegan los ojos de los prudentes y alteran las palabras de los justos” .

Hay que saber ser pobres, saber morir sin pactar nunca con el pecado; ni siquiera con la disculpa de usar el oro en pro de los pobres. Es oro maldito pues no se debe aprobar el mal por interés.

Verdaderamente las alteraciones del alma se reflejan en la cara. Es como si el demonio aflorase a la superficie de la persona poseída. Pocos son los demonios que no dejan ver eso que en realidad son, o con hechos o con el aspecto. Y estos pocos son los perfectos en el mal, los perfectamente poseídos.

Por el contrario, el rostro del justo es siempre hermoso, aunque físicamente sea deforme,

por una belleza sobrenatural que se expande de dentro afuera.

El cristiano debe estar atento a que su preocupación no sea nunca ansiosa, inquieta. El bien es enemigo de las inquietudes, de los miedos, de las prisas; todas estas cosas denotan demasiado todavía la avaricia, la rivalidad, la humana desconfianza. Su trabajo es constante, esperanzado, pacífico; sin arranques bruscos ni bruscas detenciones. Pacíficos en las victorias, pacíficos en las derrotas. El dolor por un error cometido, que le entristece porque con él se ha contrariado a Dios, debe ser también pacífico, debe sentir el alivio de la humildad y la confianza. El abatimiento, el odio hacia uno mismo, es siempre síntoma de soberbia y de falta de confianza. El humilde sabe que es un pobre hombre sujeto a las miserias de la carne, que algunas veces triunfa; el humilde tiene confianza no tanto en sí mismo cuanto en Dios, y mantiene la calma incluso en las grandes derrotas, diciendo: “Perdóname, Padre. Sé que conoces mi debilidad que a veces me domina. Sientes compasión de mí, lo creo. Confío firmemente en que me vas a ayudar, incluso más que antes, en el futuro a pesar de que te satisfaga tan poco” .

El cristiano está siempre preparado como quien va a emprender un viaje o espera a su amo. Como siervo de Dios en cualquier momento puede ser llamado a su presencia.

Un cristiano antes de curar físicamente deber curar siempre antes el espíritu. Si el enfermo sabe creer en Cristo, vista en él la fe, puede ordenar a la enfermedad que se aleje, y se alejará. Hay que encender, antes que nada, la fe. Comunicar con la palabra firme, la esperanza. No se tiene que temer a los hombres ni al demonio pues no harán ningún mal. Lo único que debe temer es la sensualidad, la soberbia, la avaricia, que pueden ser causa de entrega a Satanás y a los hombres-demonio, que también existen.

El ser humano no debería ser tan necio como para recibir como verdaderas insinuaciones de cualquiera hasta el punto de preocuparse por ellas. Lo que debería preocupar son las realidades que se ven en el fondo de los corazones y se leen en las frentes destronadas pues todo hombre es rey por el alma y su trono está en el Cielo. Pero cuando el ser humano prostituye su alma y viene a ser un animal o un demonio, entonces pierde el trono.

Un “yo humano” es como le hacen las ideas imperantes y los que entran en contacto con él. Si encuentra solamente corazones justos y mentes inteligentes no sentiría interés en pecar.

Un “yo humano” encuentra dificultades para formarse porque todos contribuyen a deformarle y es débil. Tiene impulsos buenos, deseos rectos, amor por Jesús (desviado en cuanto a la forma) pero no es ayudado a reparar esas partes buenas de las no buenas que forman el yo.

Estar al servicio de Cristo es una cosa severa. Quien responde a su llamada y se alista en sus filas para cooperar en la redención del mundo debe estar dispuesto a negarse a sí mismo, al viejo yo con sus pasiones, tendencias, costumbres, tradiciones, pensamientos, y seguirle con su nuevo yo.

Cada cual tiene su cruz aunque le parezca demasiado infamante. Deje que el peso de su cruz triture a su yo humano para liberar al yo espiritual, al cual no produce horror la cruz; antes al contrario, le es apoyo y objeto de veneración, porque el espíritu sabe y recuerda.

Hay que buscar a Jesús con espíritu sobrenatural sin que domine el espíritu humano con sus curiosidades malsanas en las que quedan la sensualidad y el sentimiento viciado.

La sensualidad del espíritu humano se esconde, sutil como el demonio, de quien es hija, detrás de apariencias y en actos aparentemente buenos.

El sentimiento viciado quiere cosas extraordinarias para sentirse impresionado y sentir el estremecimiento placentero, el estremecimiento enfermo de los paralizados, que necesitan drogas para experimentar sensaciones con que creerse aún íntegros y vigorosos. La sensualidad quiere satisfacer sin esfuerzo la gula.

Se ha de seguir a Cristo por el alimento que nutre al alma. Somos almas y la carne es la vestidura, el ser es el alma. Es el alma la que perdura.



8. Otros valores importantes: Decálogo, orden, santidad...

El Decálogo es el edificio inmutable de la perfección. El Decálogo son las diez columnas del templo del alma con sus diez noes; ni uno más:

- “No blasfemes, no seas idólatra, no profanes las fiestas, no deshonres a los padres, no mates, no cometas fornicación, no robes, no mientas, no envidies las cosas ajenas, no desees la mujer que a otro pertenece.”

Jesucristo vino a completar la Ley que durante siglos los hombres la hicieron indescifrable apilando leyes y preceptos hasta la saciedad, sacados de su pensamiento y según sus conveniencias haciéndola estéril. La Ley ha muerto en muchos corazones ahogada como si fuese un árbol bajo aludes de demasiadas sobreestructuras sobrepuestas.

Jesucristo hace de la Ley su perfección pues no la corrompe con la superposición de teorías

humanas y aconseja el vivirla.

Si meditamos sobre el progreso del hombre y pensamos en su origen observando la Creación veremos que lo creado es obra de serena acción creadora. Dios-Padre no hizo desordenadamente todo, sino que hizo el universo por tiempos sucesivos.

Todo lo que aprendió el hombre de la Naturaleza fue paso a paso y no se hizo docto de repente. En realidad su historia es un cúmulo de fracasos antes de obtener algún resultado.

Pero al final lo obtuvo y siguió progresando aunque no puede decirse que haya sido más feliz por eso. No siempre el comportamiento moral acompañó a dicho progreso. Pero en todo fue necesario la paciencia.

Dios hizo todo ordenadamente por lo que nada debe ser violencia pues la violencia es siempre contraria al orden. No se debe querer valer más que Dios.

También conviene guardarse de los falsos profetas y de los doctores que enseñan el error estudiándolos antes de seguirlos. El hombre tiene lengua para hablar, ojos para mirar, manos para señalar, pero con sus actos es con lo que manifiesta de forma más fiel su verdadero ser. Las acciones santas son fruto de una verdadera religión.

Amar al prójimo es saber soportar cualquier tipo de afrenta pensando siempre caritativamente de los otros. Aún y cuando uno robe por vicio y no por necesidad es preferible dar lo robado dando oportunidad de reparación y redención.

Los cristianos son un grupo de personas pero forman un núcleo, o sea, una sola cosa. Son un complejo que se forma como ente y que debe ser estudiado en sus características singulares para enriquecerlo y hacer de él una única cosa perfecta.

Los cristianos son como la sal de la tierra con la que se preservan las carnes de la corrupción. La salinidad celeste al mezclarse con la dulzura humana pierde su fuerza y suele desparramarse en avalanchas de sentido y sentimientos humanos.

Ser cristiano es tener el tremendo compromiso de la aceptación de una sola cosa: la santidad. Ser cristiano es tener el objetivo de la santidad lo que supone un esfuerzo heroico.

Las líneas esenciales de la doctrina cristiana señalan este sublime destino a los de voluntad honesta: vigilancia y preparación como de alguien que de un momento a otro tiene que partir o acudir al encuentro de uno que llega.

A la doctrina cristiana pueden acudir personas de todas las sectas y de todos los niveles deseosas de oír la voz de Dios y capaces de crecer. El verdadero secreto para creer que Jesús de Nazaret es el Mesías del Señor, la Palabra del Padre encarnada para instruir y redimir al mundo es saber nacer nuevamente, con un espíritu nuevo, libre de cualquier cadena, virgen de toda idea que permita comprender a Dios.

Dios no fuerza la resurrección en los espíritus que no son sino esencias capaces de renacer por voluntad propia. Otorga la primera llamada y la primera ayuda, si el espíritu tiene deseos de salir de su sepulcro, sale; si no lo desea, sus tinieblas aumentan y queda hundido. En cambio si sale ninguno será mayor que el renacido en su espíritu. Son los triunfos de Cristo.

Hay que ser heroicos hasta llegar a perdonarse el no haber sabido amar antes, ser penitentes hasta saturarse de expiación.

La nueva Ley cristiana es el fruto de la antigua, o sea, es la perfección alcanzada por el árbol de la Fe. El Deuteronomio es intocable. Incluso cuando triunfe el Reino de Cristo con sus nuevos códigos y disposiciones, seguirá aplicándose en los nuevos dictámenes, de la misma forma que los sillares de las antiguas construcciones se usan para las nuevas porque son piedras perfectas con que se hacen fuertes murallas.

Fe presupone esperanza segura. Se puede creer que se llegará a Dios si se espera en su bondad. Uno se mantiene a flote en la vida esperando en una eternidad. Se persevera en la justicia porque nos anima la esperanza de que Dios ve todas nuestras buenas acciones y nos premiará por ellas.

Se hace vivir la caridad porque hay esperanza. La esperanza precede a la caridad y la prepara. Porque un hombre necesita esperar para poder amar. Los desesperados ya no aman.

La escalera que conduce a la caridad está hecha de los peldaños de la fe y la barandilla de la esperanza. El hombre espera para creer, cree para amar.

No tener esperanza quiere decir que la rebelión a la Ley la ha matado en su interior; rebelión es, en efecto, aunque esté encubierta por parámetros sagrados, siempre que no hay aceptación íntegra de la palabra de Dios.

Cuando no hay ni fe ni caridad el divino yugo, que Dios ha dado al hombre para que se haga de él obediencia y mérito, la celeste luz que Dios ha dado al hombre como exorcismo contra las serpientes del Mal, para obtener salvación de ella, han perdido su brazo transversal, el que sujetaba la cándida llama y la llama roja: la fe y la caridad; y las tinieblas han bajado a los corazones.

La victoria del que perjudica a su prójimo durará cuanto la hierba del prado: crecerá pronto, y pronto se secará y será triturada por el pie indiferente de los que pasan. Sin embargo, la buena conducta, la vida honrada, parece como si tuviera dificultad en nacer y consolidarse, pero, una vez formada como hábito de vida, se hace árbol robusto y frondoso que no será descuajado por el torbellino ni abrasado por la canícula; en verdad, quien es fiel a la Ley, verdaderamente fiel, se hace árbol poderoso que no sera combado por las pasiones ni quemado por el fuego de Satanás.

Hay una cosa que supera al milagro y que convence igualmente a las multitudes, y con mayor profundidad y duración: una vida santa.

La esperanza (patíbulo de la humanidad y trono de la salvación) es yugo porque obliga al hombre a tener baja su necia soberbia bajo el peso de las verdades eternas. Es patíbulo de esta soberbia. El hombre que espera en Dios, su Señor, se ve obligado a humillar su orgullo, que querría proclamarse “dios”, y a reconocer que él no es nada y Dios todo; que él no puede nada y Dios todo; que él-hombre es polvo que pasa, mientras que Dios es eternidad.

No se debe rechazar a Dios, ni siquiera en las cosas más pequeñas; negar ayuda al prójimo por pagano orgullo es rechazar a Dios.

La doctrina cristiana es yugo que pliega a la humanidad culpable y es mazo que rompe la dura corteza para rescatar de ella al espíritu. El que la acepta, a pesar de ello, no siente el cansancio que producen todas las otras doctrinas humanas, no siente el dolor de ser quebrado en su yo humano, sino que experimenta un sentido de liberación.

La doctrina cristiana (“La Buena Nueva”) y su fe, son el alivio de las cargas agobiantes, de los dolores y trabajos que todos los hombres padecen, algunas veces superiores a las fuerzas humanas desde el niño hasta el anciano, que se pliega hacia la tumba con todos sus desengaños y las heridas de su larga vida.

El cristiano debe tener exclusivamente esa voluntariosa humildad de aceptar la reprensión y de confesar que se ha errado, prometiendo en el corazón la voluntad de la perfección por un fin sobrehumano.

El camino de la santificación es largo y misterioso, y algunas veces se cumple con desconocimiento por parte del que camina, el cual avanza entre tinieblas, sin saber que esta ceguera espiritual es también un elemento de perfección.

Bienaventurados aquellos que siguen andando sin goces de luz ni de dulzuras y que no se rinden por no ver ni sentir nada y no se paran diciendo: “Mientras Dios no me dé deleites no continuo” .

Pues suele suceder que de inmediato el más oscuro de los caminos se hace luminosísimo y se abre a paisajes celestiales.

Los verdaderos triunfadores sobre los hombres son aquellos que los conquistan con el amor, y el amor es siempre manso y humilde.

Nunca Dios propondría, por otra parte, cosas superiores a nuestras fuerzas.

Obras de misericordia que las virtudes cristianas enseñan a cumplir:

- *Dar de comer a los hambrientos es un deber de imitación y oración de gratitud al*

Señor y Padre que nos da de comer.

- *Dar de beber a los sedientos pues el agua es de Dios y para todos.*
- *Vestir a los desnudos es aligerar su desaliento haciéndolos mejores si ya son buenos o destruyendo el odio si son menos buenos con el amor.*
- *Hospedar a los peregrinos pues todos somos peregrinos en camino que va al Cielo.*
- *Visitar a los enfermos ya que todos los hombres, de la misma forma que son peregrinos, están enfermos pues verdaderamente las enfermedades más graves son las del espíritu.*
- *Visitar a los presos pues la justicia humana juzga mal y no es justo que nosotros nos hagamos ladrones y homicidas quitándoles la esperanza del perdón con nuestro desprecio. La cárcel, como la muerte en el patíbulo es expiación.*
- *Enterrar a los muertos pues la contemplación de la muerte es escuela de la vida. Somos templos y, como tales, merecemos honor. Hay que dar, pues, a los muertos la caridad de un descanso venerado en espera de la resurrección, venerando incluso en el cadáver la obra del Señor.*

Conocer la Ley no es practicarla. La Ley debería darnos la capacidad de realizar obras de Dios. Pero, para hacer esto, deberían haberse hecho unidad en nosotros, como sucede con el aire que respiramos y el alimento que asimilamos, que se transforman en vida y sangre.

Cuando una persona no ve ni siente a Satanás es porque forma unidad con ella.

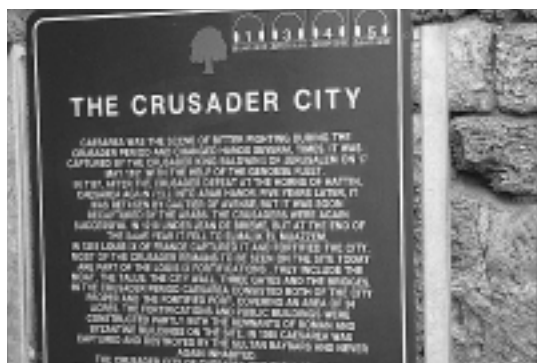
No todos saben tener misericordia con las almas enfermas. Por eso hay que ser prudentes en dar a conocer sus males, para que el mundo no las rehúya y no las dañe con el desprecio. Un enfermo que se ve menospreciado se entristece, y empeora. Si, por el contrario, le asisten con alegre esperanza, puede sanar, porque la alegría esperanzada del que le asiste entra en él y ayuda a la acción de la medicina.

La doctrina cristiana es perfección, finura de sentimiento y de juicio, verdad sin metáforas ni perífrasis y por tanto la antipatía, la separación y la indiferencia son ya odio; simplemente porque no son amor. Lo contrario del amor es el odio. Quien ama siente simpatía por el amado; así que, si siente antipatía por él, es que ya no le ama. Quien ama sigue de cerca al amado con su espíritu, aunque materialmente la vida le haya alejado de él; por lo cual, cuando uno se separa de otro con el espíritu, es porque ya no le ama.

Quien ama no siente jamás indiferencia hacia el amado; antes al contrario, todas sus cosas le interesan; así pues, si uno siente indiferencia por una persona, es señal de que ya

no le ama.

En conclusión tanto la antipatía, como el hecho de alejarse de un ser o la indiferencia son tres ramificaciones de un solo árbol: el del odio.



ANALOGÍA DE LA ÉTICA CRISTIANA(*)

En la ética cristiana no hay “expertos” para juzgar a Dios.

Por principio no se deber creer en ningún mensaje moral que produzca inquietud.

La ética cristiana clama con fuerza por la Paz y por el Amor.

Hay cosas que las personas hacen de buena fe pero no son justas. Por eso no debe uno dejarse influenciar por los hombres, que quieren imponer sus teorías.

La ética cristiana es una guía que nos permite tomar conciencia de la existencia del acto moral bueno y malo. Nos enseña a aceptar, ser humildes, honestos consigo mismo y fiel con Dios.

Todos los mensajes éticos que contienen reprensiones o palabras duras no son cristianos.

La ética cristiana enseña a vivir santamente, enseña todas las virtudes que glorifican a Dios incluido el sufrimiento pues a través del sufrimiento el alma se purifica. Asimismo disuade de las malas acciones y de los vicios liberando del mal.

Es un principio ético cristiano que el que siembra maldad y la extiende al final la recoge y se alimenta de sus malos frutos.

La ética cristiana inspira las revelaciones en cuyo interior hay amargas pasiones de tristeza, dolores y otros sufrimientos. Enseña a percibir la “razón intuitiva”.

La ética racional humana siempre ha juzgado de un modo parcial e injusta basándose en leyes violentas productos de la imaginación humana.

La ética cristiana se fundamenta en el libro ético por excelencia que es la Santa Biblia que reconoce a Dios como el Bien y la Autoridad Suprema.

La ética cristiana busca la unidad, pues la unidad hace la fuerza; para ello hace falta doblar las diferentes opiniones dejando a un lado las intenciones egoístas.

Los principios éticos cristianos aumentan la capacidad de discernimiento y enseña la verdadera libertad que es cuando un alma se despegas de las solicitudes del mundo y vuela hacia la búsqueda de Dios.

La ética cristiana no es impuesta sino que respeta la libertad de la persona en su elección sobre lo bueno y lo malo.

Una vez aceptada la ética cristiana ésta impide que la persona se exalte recordándole su imperfección.

(*) Idea basada y desarrollada de la “VVeD” y de “LP”.

Para la ética cristiana todo lo que es bueno viene de Dios y el pecado quiere decir donde todo el bien es deformado en mal.

La persona en el camino de la ética cristiana no busca ya las viejas costumbres de su vida pasada pues es como un espejo, no busca a nadie sino a Dios.

Para la ética cristiana el mal representa la iniquidad, el materialismo, las revoluciones, el odio, el paganismo y la inmoralidad.

Las enseñanzas de la ética cristiana son dadas espiritualmente a través de la revelación y no por medio de la filosofía. Y si bien el mundo la rechaza acepta el desprecio, la mortificación y la humillación. No se desanima aunque sea rechazada por el mundo pues no pertenece a él.

Hasta que la persona no se dé cuenta de su indignidad no empezará el camino de la perfección ética pues la ética cristiana es abnegación que conduce a la santidad.

El motivo por el que muchas personas se negarán a creer en la ética cristiana será por el miedo a reconocer su culpa pues la sinceridad es la base de todo lo que hay que hablar. Los que son fieles sacarán sin miedo sus obras a relucir, pues la exigencia de la ética cristiana aceptada libremente pide deshacerse de la hipocresía.

Para la ética cristiana es importante no juzgar prematuramente, liberándose de cualquier tipo de crítica mezquina. Para ello no se preocupa por los que vienen a ella con controversias incesantes y con la manía de cuestionar todo y discutir sobre palabras. La ética cristiana tiene intención de enseñar un juicio razonable por lo que se abstiene de hacer cualquier juicio prematuro. El juicio imparcial de la ética cristiana sufre tanto por el acusador como por el acusado injustamente pues la injusticia viene de Satanás.

La sabiduría humana no aceptará a la ética cristiana pues los sabios no querrán humillarse ya que les falta sinceridad y sin ella la rechazarán como irracional. La ética humana se esfuerza en edificar sus propias teorías para acomodarlas a su propia inteligencia humana, intentando congraciarse con el mundo.

Todo acto moral malo suscita angustias, engaños, acusaciones para llevar a la persona a la desesperación. La ética cristiana en cambio dice: refutad la mentira, corregid los errores, someteos a la obediencia, pero con paciencia y con intención de enseñar la virtud.

El mal en todo momento inventa toda clase de excusas para hacer creer que son razonables y válidas y las adorna, para que aparezcan siempre tan razonables, impidiendo en definitiva llegar al bien.

La ética cristiana es una moral del corazón no de la razón y busca la Sabiduría en el sentido oculto de los proverbios.

Actualmente la sociedad vive en un desierto moral, causado por el racionalismo, la falta

de fe, la promiscuidad y el rencor contra todo lo espiritual. Para la ética cristiana la plaga de esta generación se llama Racionalismo y el Racionalismo es letal.

Los que se rebelan contra la ética cristiana han dejado que la vanidad sea su corona y han aceptado la desobediencia que ha llegado a ser su cetro, incapaces de ser sencillos siempre tratan de ser algo. A estos rebeldes cuyas acciones son malas la verdad los trastorna tanto que están dispuestos a matar, porque su maldad queda descubierta y su desnudez revelada a los ojos de todos.

La persona racional y rebelde no puede engañar a una auténtica actitud moral cristiana con su máscara pues ésta sabe que detrás de su disfraz de cordero, esconde una inmensa destrucción armándose del mal hasta los dientes.

La razón rebelde racionalista pide leyes que sean justas, pero cuando se le dan los preceptos de la ética cristiana cierra su corazón y se niega a oír. En realidad le es difícil desprenderse del cetro de la falsedad una vez que lo tiene.

Toda persona que asume una actitud inmoral es una persona que se deleita despiadadamente en llamar al mal bien y al bien mal. Incapaz de aceptar el ropaje de la humillación de sí misma le resulta difícil morir a su propia codicia.

La ética cristiana enseña siempre a estar en guardia contra quien fomente disturbios, divisiones y confusión, recordando que los pasos de quienes traen buenas nuevas son un sonido grato. Así pues, enseña evitar conversaciones vacías, propósitos inútiles rechazando todas las cosas que deprimen, como los chismes y la charla vacía.

Es claro que en nuestros días las personas están centradas en sí mismas, son irreligiosas, sin corazón, prefiriendo sus propios placeres a Dios: son inmorales.

La persona inmoral contemporánea vive en un espíritu de letargo y se ha sumido en un profundo sueño ahogada con el racionalismo. En realidad no cree una sola palabra de lo que dice, su corazón es tan duro como la roca.

La ética cristiana enseña a la persona a no tratar de descubrir cosas que están más allá de sus capacidades porque fácilmente podría extraviarse por su propia presunción y también extraviar a otros.

Asimismo es conveniente cuando vienen las pruebas no quejarse ni protestar dando una opinión ya que respuestas instintivas y sin reflexión pueden volverse errores irreparables.

La ética cristiana tiende a desarrollar un tipo de actitud moral con un tipo de predisposición a pasar más bien inadvertida, sin ánimo de competir vanamente pues no siente la necesidad de convencer a nadie. Sencillamente hace lo que puede dentro de sus limitaciones.

Esta generación inmoral se ha fiado de la mentira, concibiendo así el racionalismo que ha dado nacimiento al ateísmo. Este tipo de ética humana ha engendrado gran cantidad de nuevas doctrinas y ha embotado su sentido de lo que es justo y falso.

De la boca de la gente inmoral salen falsos testimonios inconscientes pues mientras proclama con orgullo que hace cosas grandes, buenas y honestas con su disfraz de cordero, maquina el mal. Vive con corazón doble.

Es característico de la persona inmoral estar llena de creencias antagónicas y a la hora de juzgar, condena y discute sobre las palabras sin dejar de plantear cuestiones vacías.

El espíritu inmoral es un espíritu rebelde, que manda vivir una vida sensual, una vida sin meta, una vida atea. Hinchada de arrogancia se considera igual a Dios. Esta razón rebelde está edificando falsas expectativas sobre la humanidad al creer que puede lograrlo todo con sus propias fuerzas.

Incluso hay un tipo de hipocresía religiosa que manteniendo la apariencia externa de la religión rechaza la fuerza interior de ella.

La ética cristiana tiene fe en sus convicciones y es sincera. Nunca viola la libertad del hombre y da a conocer lo que es correcto aniquilando el letargo que lleva a la apostasía y a la ruina del alma.

La persona con una actitud cristiana defiende siempre la Verdad hasta la muerte haciendo frente a los oponentes y resistiendo sus contradicciones con elocuencia de palabra, aguante y resistencia a las amenazas de sus perseguidores.

Inmoralidad para la ética cristiana quiere decir maldad y ateísmo, sed de poder y racionalismo, una actitud vacía, es la vacuidad misma.

Actualmente el Racionalismo y el Modernismo son los enemigos fundamentales de la ética cristiana porque ambos conducen al ateísmo. La persona racionalista ha establecido en la razón su monopolio de ostentación y de presunción. Difícilmente este tipo de persona comprenderá cualquier enseñanza espiritual mientras piense como filósofo.

Se caracteriza la persona erudita inmoral por el hecho de rodearse de falsos maestros que de forma abierta y sin miedo proclaman el saber humano que se basa en una mentira y en la desconfianza. Vive con un solo objeto, vive para sí misma, sirve a su vanidad. Cree que está investida de esplendor y gloria, pero en realidad está totalmente desnuda.

La ética cristiana enseña estar siempre dispuesta a perdonar pero se hace necesario que exista primeramente arrepentimiento. La paciencia es muy importante para perdonar y tolerar pues la paciencia acarrea perseverancia y la perseverancia trae esperanza.

Dado que las reglas morales de la ética cristiana son sagradas no sigue ninguna filosofía a basada en la mente del hombre. Estas reglas de comportamiento cristianas no son como la

de los eruditos y los filósofos que justifican su filosofía al modo de su propio espíritu racionalista.

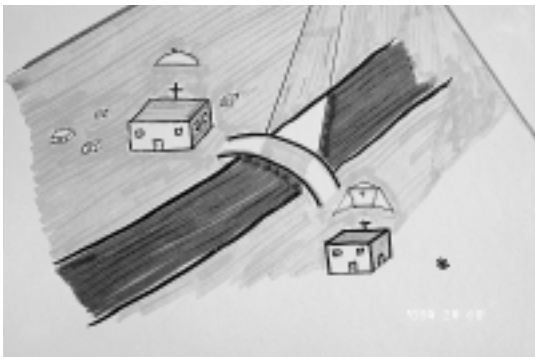
Cuando la ética cristiana estuviere lista para juzgar, no empieza a juzgar por las apariencias, prematuramente, sino que deja que su juicio madure y esté de acuerdo con lo que es bueno y recto.

Hoy día esta sociedad humana está dominada por el terror, por causa de su racionalismo e iniquidad, los programas televisivos inmorales ofrecen a los niños imágenes horribles arrebatando la pureza dentro de ellos.

Según la ética cristiana en María están depositadas todas las leyes, los preceptos y las doctrinas básicas y esenciales que tienen como virtud primaria transmutar la naturaleza humana en bien.

La persona que no hace el bien es como una habitación vacía que aunque bella no hay nada para admirar. Hacer el bien es cumplir un deber de justicia donde se encuentra el medio y el fin de la santidad. Quien no quiere obrar el bien y desea la paz es como aquel que quiere encontrar el fruto sin encontrar la cáscara, o sea, imposible.

Para la justicia basada en la ética cristiana hubo tristes tiempos cuando todo era falsedad y doblez que para hacer que la verdad pudiera dominar y señorear, el ser humano necesitó ser castigado y destruido.



Para la persona moral que ha aceptado la voluntad de Dios en todo está contenta, todo le parece conveniente para ella, la muerte, la vida, la cruz o la pobreza pues no aspira a la humildad donde siempre se siente algo de sí misma sino a la nada, al despojamiento de sí, al desinterés. En realidad nada de extraordinario tiene en su vida exterior, su único distintivo es su virtud, en la que casi ninguno pone atención.

En la ética cristiana individulizar no existe, porque se difunde y se quiere dar a todos, y el que quiere, toma. Todo bien es siempre comunicativo y libre.

En la ética cristiana la persona acepta libremente concurrir tanto a los actos de misericordia como a los actos de justicia pues a veces los seres humanos tienen necesidad de purificaciones fuertes. De otra manera no se desengañan ni quieren salir de su error.

ANALOGÍA DE LA “RAZÓN INTUITIVA” (*)

La Intuición es la luz. La razón está con la Intuición, la razón está junto a la Intuición, está en la Intuición. La Intuición protege a la razón. La razón puede apoyarse en la Intuición. La Intuición da a la razón su fuerza, la ama y la alumbra para que vea.

La razón no tiene que tener miedo pues el camino que conduce a la Intuición es recto. La Intuición irá al encuentro de la razón y ésta la reconocerá porque irradia paz y amor. La Intuición cura a la razón de sus enfermedades y de su vergüenza lavando sus pensamientos e ideas de pecados. La razón debe utilizar su facultad de pensar y discurrir para ir al encuentro de la Intuición.

La razón debe utilizar su fe para encontrar la Intuición. La Intuición rescata a la razón de su esclavitud y la redime pagando su propio rescate. La Intuición ha vivido en la tierra encarnada como hija predilecta de la Divinidad.

La razón puede utilizar su facultad de pensar orando, elevando la mente a Dios para que le indique el camino de regreso a su Identidad intuitiva. La Intuición da a la razón una imagen muy clara de sí misma, o sea, una visión intelectual de su identidad.

La Intuición indica el camino de regreso a la razón que siempre que se sienta perdida puede llamarla ya que la Intuición irá a su encuentro.

La Intuición es el camino.

Si las palabras de la razón no son sinceras la oración no tiene sentido. La razón debe expresarse siempre sintiendo pues la Intuición oye todo y cuando la razón pide algo, la Intuición debe sentir el amor que brota del fondo del alma de la razón.

No es necesario ser santa para que la razón pueda tener un experiencia intuitiva. La Intuición no rechaza a nadie y censura a los que reprimen las palabras de aliento que da a la razón para atraerla hacia sí. No es necesario que para poder estar con la Intuición o ser aceptado por ella la razón tenga que ser pura y digna. La Intuición no es intangible.

Ninguna razón experta puede juzgar si tal o cual iniciativa es intuitiva o no pues sólo ello es propio de la facultad de la Intuición.

Por falta de fe de la razón puede parecerle imposible alcanzar a la Intuición esgrimiendo como argumento precisamente que sólo las ideas dignas pueden alcanzar tal experiencia, pero esto es falso porque la Intuición da sus dones incluso a los más miserables pensamientos.

La Intuición avisa a la razón preparándola en no caer en las trampas de la mentira para

(*) Idea basada y desarrollada de la VVeD.

lo cual le aconseja que no debe creer ningún mensaje que produzca inquietud.

Existe el maligno un espíritu con tendencia a obrar o pensar mal que tiende a desanimar a la razón y hacerle desistir de su camino a la Intuición. Sus mensajes producen inquietud.

La razón no debe creer ningún mensaje que deje el corazón inquieto porque la Intuición es paz y la razón debe sentirse también en paz.

La Intuición que ha visto crecer a la razón desde su más tierna infancia se sentía alegre al verla vivir en su luz. Siempre estaba a su lado para ayudarla a conservar su pureza y su belleza.

En un momento determinado la razón empezó a ignorar a la Intuición y aunque era llamada por ésta no prestaba atención. La Intuición aunque volvió a llamarla de nuevo, la ignoró. Y aunque de vez en cuando la razón iba a verla parecía que la había olvidado. Ni siquiera parecía percibir que estaba junto a ella. Con el paso de los años la razón empezó a marchitarse y sus sentimientos se endurecieron. Aunque la Intuición la miraba con piedad y muchas veces intentó acercarse para asistirle, la razón se había alejado demasiado y ya no la podía reconocer.

La Intuición ayuda a la razón a revelarse dándole su apoyo. Pero la Intuición es santa y exige santidad a la razón.

La Intuición sufre porque conoce a la razón y la ve dispersa, desconocedora de las trampas del espíritu de falsedad. Al ser la razón espíritu como la Intuición, recibe de ésta los conocimientos y así puede ser elevada para participar de sus sufrimientos.

La razón para elevarse no puede seguir siendo la que es pues estaría dividida consigo misma por lo que es realmente necesario que cambie y sea santa. Para ello no debe dejarse desanimar por los razonamientos humanos ya que muchos de sus propios pensamientos e ideas oscuras les han ofuscado y quitado toda comprensión intuitiva.

Una razón santa quiere decir una razón pura que está enteramente dedicada a la Intuición, trabajando y cumpliendo su ley con amor.

La analogía de la razón intuitiva conducirá a la razón a la percepción inmediata de su verdadera identidad pues la Intuición le dará sabiduría divina.

Cierta manera de pensar y proceder de la razón incluso hecha de buena fe contra la Intuición intentando pararla puede parecer justa, pero en realidad es una manera de perseguirla y en definitiva de intentar destruirla.

La Intuición es inspiración no brujería ni adivinación. Las adivinaciones son para los tontos, las inspiraciones son para las personas elegidas. Las adivinaciones no dan frutos, las inspiraciones dan buenos frutos.

La Intuición no se deja influenciar por las teorías humanas que quieren imponerse y guía

a la razón para que tome conciencia del espíritu maligno de falsedad y mentira que busca su ruina alimentándola con la vanidad.

La Intuición enseña a aceptarse a la razón tal como es, le enseña a ser humilde aceptar sus errores y ser honesta consigo misma y fiel. La Intuición ama a la razón porque es inútil, miserable y culpable. La miseria de la razón atrae a la Intuición porque así puede consolarla.

La Intuición se acerca a cada razón sin mirar quién es ni cuántos son los conocimientos adquiridos en el curso de su vida. Si la razón está llena de faltas y pecados la intuición lejos de reprenderla la purificará. La Intuición escoge a la razón para manifestar su amor por medio de ella.

La Intuición requiere fidelidad de la razón.

El signo que da la Intuición y que prueba su divinidad es el de la razón intuitiva. La Intuición aspira solamente a entrar en el corazón de la razón para lavar todas las impurezas y purificarlas.

Para la Intuición divina todas las almas son escogidas de un modo especial, todas tienen el mismo valor. La Intuición contempla a todas las almas racionales que la han abandonado y las contempla llena de dolor al verlas en tal estado de miseria.

La razón, que terminó haciendo sus propias leyes mundanas, odia sin motivo las leyes de la Intuición respetuosas de su libertad. La razón de ser del odio de la razón a la Intuición es su desconocimiento.

La ley de la Intuición es una ley de amor.

La Intuición es la que poda las ramas de la razón y le da fuerza para que sus frutos sean abundantes. La razón solamente debe dejarse podar. La sabiduría viene de la Intuición y restablece la palabra y el mensaje divino.

La razón intuitiva se encuentra feliz con la Intuición.

La Intuición consuela a la razón de sus sufrimientos y, en compensación, quiere ser consolada cuando sufre.

La Intuición no tiene necesidad de nadie: se basta a sí misma.

La agonía de la Intuición es inmensa y sus sufrimientos incontables por eso quiere que la razón también participe de estos sentimientos correspondiéndole.

No todos los misterios y obras de la Intuición han sido ya revelados.

Antes de que la razón encontrase a la Intuición era atormentada por terribles pensamientos y luchaba por su cuenta. Inesperadamente se acordó de la Intuición y comprendió que podría ser su refugio y la llamó. La Intuición curó sus heridas y le enseñó poco a poco adaptándose a su vocabulario.

La Intuición quiere que la razón se arrepienta de sus numerosas faltas y pecados y que

no le niegue nada. La Intuición prepara a la razón para enfrentarse a numerosas pruebas. La Intuición desea que la razón sea íntima con ella.

La razón tiene muchas ocupaciones y a la Intuición le agrada verla trabajar y cumplir sus pequeñas obligaciones, sus tareas de menor importancia, siempre que las haga con amor. Cualquier trabajo que la razón haga, por pequeño que sea, es grande a los ojos de la Intuición, siempre que esté hecho con amor. Pero el trabajo más importante es trabajar para la Intuición, así pues feliz la razón que renunciando a sus ocupaciones sigue a la Intuición.

El sufrimiento está en la enseñanza de la Intuición, así pues la razón no debe rechazar el sufrir pues se purifica al igual que el oro lo hace en el fuego.

El espíritu maligno ataca a la razón dando pensamientos e ideas incorrectos para desanimarla. La razón debe ser paciente y aprender a aceptar. La Intuición elige a una razón sencilla e ingenua pues no tiene necesidad ni de autoridad, ni de santidad.

La mentira acecha porque ha encontrado medios para seducir y hacer caer en sus inmundas redes a la razón humana. La razón con sus orgullosas intenciones es responsable de las guerras y cuando siembra la maldad y la extiende debe recoger y alimentar sus malos frutos. La razón, prisionera de su egoísmo, en rivalidad con el prójimo, posee leyes basadas en la violencia conduciendo a la humanidad a su destrucción.

El alma de la Intuición divina, en cambio, es fuente de amor y de vida en sí misma y por ella ha existido lo que hay. La razón debe asimilarse, hacerse semejante a la Intuición.

Asimilarse a la Intuición hace sufrir a la razón que desea estar con ella, liberarse de su racionalismo y estar junto a ella.

La Intuición hace notar sus flaquezas a la razón para recordarle su origen. La razón, separada de la Intuición se apartó de la verdad, transformando el bien en mal y siendo más atraída por el mal que por el bien.

La razón virtuosa es la que se acuerda de la Intuición. La Intuición se acerca a la razón de un modo sobrenatural lo que supone que le da un carisma.

La enseñanza de la Intuición tiene su martirio pues intentar conocer la verdad sin encontrarla es un sufrimiento pero esto purifica a la razón.

La Intuición que ha creado a la razón en libertad no comprende por qué le produce tanto dolor rebelándose contra ella.

La razón tiene miedo de dar la cara a la Intuición porque teme ser censurada por sus pecados dado el desconocimiento que tiene de su piedad.

La Intuición ofrece a la razón la gracia de saber elegir entre el bien y el mal y le da la libertad de elegir junto a la facultad de la inteligencia. La Intuición enseña a la razón a ser perfecta lo que no es imposible siempre que ésta se deje modelar.

Es la incertidumbre lo que hace sufrir a la razón. La razón debe discernir que el mal existe. Los ataques de la mentira son tanto más fuertes cuanto más importante es el mensaje de la Intuición.

La libertad es cuando un alma se despega de las solicitudes del mundo y vuela hacia la Intuición divina, hacia su origen, su lugar desde el principio.

El mal siempre maldice a la razón. La Intuición siempre la bendice.

La razón tiene que ser perfecta creciendo en espíritu, amor, modestia, humildad, fidelidad. Para ello debe permanecer exenta de vanidad, de maldad y de toda mentira.

La razón debe aprender a no preguntar cuando no comprende lo que la Intuición quiere decir, en el momento oportuno se lo hará saber. La razón colocando sus pies en las huellas de la Intuición la seguirá intentando alcanzar su pureza. El amor vence al mal.

La Intuición no tolera rivales y quiere que todo lo que haga la razón lo haga por ella.

La razón debe ser la víctima de la Intuición.

La razón debe abandonarse a sí misma con alegría poniendo en primer lugar a la Intuición divina. En este proceso se produce sufrimiento, el sufrir por no estar todavía en la unión deseada.

Toda autoridad de la razón viene de la Intuición.

A la Intuición le gusta conversar horas seguidas sobre cualquier asunto que sea y le dará gran alegría si la razón le cuenta entre sus amigos.

A veces la Intuición da a la razón diversas impresiones sensibles.

La mentira intenta convencer a la razón de que todo lo que la Intuición enseña es producto de su imaginación. Esto se produce cuando el espíritu maligno se siente desesperado y quiere hacerle creer que todas las gracias dadas a la razón son pura imaginación.

La Intuición ama a la razón que le negó. La Intuición impedirá a la razón que se exalte por causa de los dones otorgados recordándole su imperfección. La fe de la razón en la Intuición es una gracia de la Intuición.

La razón debe merecer lo que desea.

Ser libre significa desprenderse la razón de sí misma y de las solicitudes del mundo y unirse con la Intuición divina. La pomposidad de la razón cansa a la Intuición. La razón debe ser como un espejo, como un reflejo de la Intuición. La razón, a través de la reflexión o la meditación debe buscar en el silencio a la Intuición.

La Intuición jamás rechaza a nadie que viene a ella. La razón debe buscar los intereses de la Intuición no los suyos. La sinceridad desenmascará el mal y la mentira.

Una razón simple puede sentir el contraste y la grandilocuencia de los pensamientos e ideas que flagelan a la Intuición.

La Intuición da gratuitamente y no vuelve a tomar lo que da.

La conciencia racional de la Intuición significa separación y ambas, la razón y la Intuición son una.

La Intuición siempre viene de improviso, es una Intuición de justicia. La Intuición detesta el ateísmo. No obstante, la Intuición arroja a su víctima, la razón, desterrándola a estar entre gente sin Dios.

Cualquier sufrimiento escogido por la propia voluntad de la razón, pensando que va a complacer a la Intuición, será un horror a sus ojos y se estaría engañando a sí misma. Las reparaciones las ordena la Intuición.

Las inspiraciones de la razón vienen de la Intuición. La razón no debe gastar el tiempo en cualquier parte.

Cuando la razón intenta compararse con la Intuición divina está promoviendo el paganismo, el politeísmo. Entonces la razón niega a Dios. La razón deforma la palabra de la Intuición para complacer la capacidad de comprensión humana.

La ciencia racional no puede compararse con las obras de la Intuición divina. Lo que es “suerte” para la razón es ayuda de la Intuición. Y es que a veces la razón aparece como incrédula pero sólo está desorientada.

Toda enfermedad tanto física como psíquica viene de la Intuición, son sus purificaciones. Cada acto de amor reparará todo lo que la razón había destruido.

Cuando la razón adora a la Intuición hace huir a la mentira pues ésta no soportaría a la humildad que es la que revela los proyectos insidiosos de su mente.

Lo que la Intuición enseña a la razón cuando se siente desolada es el alcanzar un alto grado de meditación mientras que, al mismo tiempo, la purifica. El miedo de la razón es Intuición. Empatizar y sentir tanto el sufrimiento como la alegría de los demás es Intuición.

La filosofía de la razón no se puede comparar con la espiritualidad de la Intuición. Esta es una de las principales razones por las que todos aquellos que están en el poder y que se definen a sí mismos como sabios se burlan de la Intuición, la desprecian y quieren escudriñarla.

Cuando la Intuición retira su luz de la razón alimenta su inteligencia en el sentido de hacerse buscar más. No es un abandono. La Intuición desprende en todos los sentidos a la razón pudiendo entonces reanimar sus facultades haciéndole avanzar hacia la santidad y verdad. La perfección de la razón es la contemplación de la Intuición.

La razón asesina representa todas las cosas que pertenecen al mundo, todo lo que desagrada a la Intuición, esto es, materialismo, revoluciones, odio, paganismo, inmoralidad e iniquidad.

Todo es espiritual.

La época del racionalismo ha perdido todos los valores espirituales.

Los ojos de la Intuición están cansados de ver la hipocresía, el ateísmo, la inmoralidad, esta es la hora de la decadencia de la razón humana.

La razón cegada por su vanidad e hipocresía pide pruebas a la Intuición aunque ha recibido señales. Los signos que la razón demanda son los que se pueden explicar con pruebas. La razón cree únicamente si ve.

La razón reniega de la Intuición y le pide pruebas. La única prueba que la Intuición dará será la razón intuitiva. La razón intuitiva será como un espejo reflejando la imagen de la Intuición.

Rara vez encuentra la Intuición fidelidad en la razón.

Las enseñanzas de la Intuición se dan espiritualmente y no por medio de la filosofía. Hay dos mundos, uno material, físico, y el otro invisible, espiritual. Cada persona tiene su propio camino de comunicarse con la Intuición. Cualquier imagen que proceda de la Intuición divina ha de ser honrada. La Intuición tiene piedad de la razón por lo que raras veces se enfada.

La Intuición borrarán lo que la razón cree que es ciencia. La Intuición puede predecir acontecimientos antes de que ocurran. El espíritu de profecía es el testimonio de la Intuición divina.

Hasta que no se de cuenta la razón de lo indigna que es, no empezará el camino de la perfección. La razón debe dejar que la Intuición sea la dulce tortura de su mente y de su alma.

A la Intuición le encanta la incapacidad de la razón porque se siente honrada cuando es solicitada. Aunque la razón no dice lo que tiene en el corazón, la Intuición siente lo que hay en él, porque le ha dado el don de sincronizarse y lo que siente una lo siente también la otra.

Muchas almas no escucharán a la Intuición y transgredirán su ley por su negativa a creer en ella, todo por su repugnancia y miedo a reconocer sus culpas.

El mensaje de la Intuición cumple su palabra divina.

Hoy en día el trabajo del espíritu maligno es convencer a la razón de que él no existe. De esa forma actúa estratégicamente sin ser temido.

La muerte no es más que una liberación.

La razón no debe atormentar su corazón sobre lo que va a decir o va a hacer, la Intuición pondrá las palabras en sus labios.

La razón necesita riego intuitivo si no morirá. La obediencia de la razón a la Intuición deja a la mentira impotente y le hace huir. La Intuición no condena a la razón sólo quiere que vea y admita sus errores y que vaya a ella con arrepentimiento.

La razón se ha degenerado y tiene que hacer unas reparaciones enormes pues vive en una oscuridad total. La Intuición dará la sabiduría a la razón sencilla y no a la erudita.

La Intuición hizo discernir a la razón para que pueda decir que el perdón será siempre concedido sin el menor titubeo. La razón sincera comprende su error.

La Intuición pura no tiene cuerpo físico y por lo tanto no tiene dolor físico, pero su alma sufre insoportablemente. La Intuición pura sufre todo lo que la razón sufre.

La soledad desarrollará místicamente a la razón. Cada razón será transformada en imágenes vivientes de la Intuición.

La ciencia seguirá siendo el arma favorita de la razón contra la Intuición. Entre la razón científica hay quienes rehusan escuchar a la Intuición.

La razón no ve a la Intuición pero la siente. El mayor milagro que da autenticidad al mensaje intuitivo es la conversión de la razón. La razón humana debe tomar conciencia de la presencia de la Intuición.

La Intuición ama a la razón por lo que no es.

Lo peor a los ojos de la Intuición es la hipocresía de la razón, la respuesta diplomática que no dice ni sí ni no.

El símbolo de la razón intuitiva es la santa palabra “fe”.

Mientras que la razón rehuse dejar entrar a la Intuición aunque posea la inteligencia y la percepción, no podrá cambiar.

La curiosidad de la razón no debe profanar la Intuición. La razón no debe dudar que el espíritu de la Intuición está con ella. La mentira suscita angustias en la razón, la engaña, y la acusa para llevarla a la desesperación. Por eso la razón debe estar alerta, siempre en vela, siempre en guardia. Cuando la razón está inconsciente o dormida se vuelve presa fácil para el tentador.

La Intuición pura es un Absoluto.

La Intuición quiere compartir con la razón sus actividades de cada día. Cada actitud, pensamiento, deseo, meditación, reflexión, servicio, necesidad, es decir, todo lo de la razón debe ser imagen intuitiva.

Muchos que se presentan como razonamientos filosóficos para enseñar dogmas que no proceden de la Intuición pura han degradado a la razón. La persistencia de la razón en edificar sus propias teorías para acomodarlas a su propia inteligencia humana es debido a la falta de fe en la Intuición.

La razón debe tener cuidado con la mentira que en todo momento inventa toda clase de excusas para hacerla creer que son razonables y válidas.

La Intuición no entrará a la fuerza en la razón que la ha dotado de libertad y voluntad.

La razón debe examinarse a sí misma buscando la verdad. La razón ha caído en el racionalismo traicionando con deslealtad a la Intuición.

Los frutos de la Intuición están en los proverbios.

Desde el día del nacimiento de la razón la Intuición ya sabía que era irrespetuosa ante las cosas sagradas.

La razón no debe juzgar nunca a las ideas que rechazan la Intuición.

La razón intuitiva no hace diferencia alguna ni de color ni de credo pues todas las almas están hechas a su imagen.

La razón razona con su inteligencia y no con su corazón.

La razón vive en un período de oscuridad en donde ha perdido el sentido de lo divino y no obra sino a su antojo, sin saber distinguir el bien del mal.

La Intuición pura dice a la razón: ¡reflexiona! La Intuición no se deleita en la razón que busca lo sensacional o solamente viene por curiosidad. La mentira incita a dudar a la razón.

La razón intuitiva no pertenece a este mundo y por eso la razón humana le acusará de no ser como ella. Si le ofreces ídolos a la razón será la primera en adorarlos, pero ofrécele lo que es santo y se burlará de ello.

La razón debe suspirar por la Intuición. La sabiduría intuitiva no entra en un alma astuta. El razonar falso y mentiroso es un conversar con el demonio. La razón debe creer con sencillez de corazón y no poner a prueba a la Intuición.

La Intuición pide a la razón que medite y examine su conciencia.

Los racionalistas claman por la paz sin temor, una paz inexistente porque se ha dejado capturar y seducir por el racionalismo. A los racionalistas les es difícil desprenderse del cetro de la falsedad, una vez que lo tienen. Les es difícil aceptar el ropaje de la humillación de sí mismo.

La Intuición anhela que la razón aprenda a discernir lo que viene del espíritu de lo que viene de la subjetividad. La propia subjetividad desorienta. La razón debe ser prudente en las palabras, con los chismes, con las advertencias y sustituirlo todo por el silencio. La Intuición pone en la razón conocimiento y discernimiento por lo que no debe permitir las trampas.

La Intuición es disciplina y sabiduría; enseña el bien y busca la justicia.

El espíritu de letargo de la razón es debido a su resistencia a abandonarse enteramente a la Intuición. Para ser consciente de sus actos, pensamientos y palabras la razón debe tener en su mente la Intuición.

La razón debe aceptar su ambiente aunque le sea difícil y apoyarse enteramente en la Intuición. La Intuición en lugar de una pagana hostil ha hecho de la razón intuitiva una

ferpiente adoradora.

El deseo de la Intuición es hacer volver a los ateos a su sano juicio.

La Intuición sabe que la razón es cobarde pero le da su fuerza para afrontar a los opresores.

La Intuición tiene sus principios y la razón debe recordarlos.

En nuestros días la razón humana está centrada en sí misma, es irreligiosa, sin corazón y prefiere sus propios placeres a Dios. La santificación de la razón pasa por el sufrimiento.

La Intuición se ahoga, se asfixia de ver a la razón llena de pensamientos muertos.

Desde el principio la Intuición jamás ha impuesto nada a la razón, siempre a respetado su libertad.

La razón no necesita inquietarse, no tiene necesidad de apresurarse. La Intuición sacará a relucir cada cosa en el tiempo oportuno.

Las preocupaciones de la razón no son más importantes que la presencia de la Intuición.

Los caminos de la Intuición son santos, así es que la razón debe tener cuidado de no quejarse de nada.

El racionalismo atormenta a la razón pues proviene de la mentira.

La luz de la Intuición incomoda al racionalismo y lo trastorna tanto que éste está dispuesto a matar, porque su maldad queda descubierta y su desnudez revelada a los ojos de todos.

La razón reacciona ante la Intuición tratando de huir y esconderse. La razón al racionalizar alza el velo de la inocencia. La razón ha perdido el sentido de lo que está bien y de lo que está mal.

La Intuición trae a su sano juicio a la razón. La Intuición no pedirá jamás de la razón más de lo que ella le pueda ofrecer. No pide más de lo que su capacidad le permite. Hasta un simple pensamiento de la razón la Intuición lo tomará como lo más precioso.

La razón no debe tratar de descubrir cosas que están más allá de sus capacidades porque podría extraviarse por su propia presunción y también extraviar a otros. La Intuición levanta el alma de la razón para que alcance la cima de la conciencia.

Las trampas que tiende la mentira a la razón son trampas tan sutilmente disfrazadas que las almas caen en ellas instantáneamente, sin tener la menor conciencia de haber caído.

La razón humana clama por la paz y la unidad pero no cree una sola palabra de lo que dice. La razón no debe buscar ningún aliado sino seguir las huellas de la Intuición. La Intuición transformará la falsedad de la razón en un lenguaje sincero.

Mientras esté en actividad el intelecto de la razón la sabiduría intuitiva estará oculta y será un enigma. La razón está aprisionada, alimentada de ateísmo, de racionalismo y de iniquidad.

La razón debe reflexionar antes de hablar, buscar a la Intuición con su corazón y no

con la facultad de pensar.

Los desastres, el hambre, las aflicciones, las guerras y la peste, todo es causado por la razón humana.

La Intuición llena de espíritu de inteligencia a la razón para hacerle capaz de percibir la verdad y alcanzar una profunda comprensión de su conocimiento.

La lengua de la razón proclama con orgullo que hace cosas grandes, buenas y honestas. Pero no puede engañar a la Intuición que sabe que detrás de su máscara se esconde la intención de abolir a la propia Intuición.

A los ojos del mundo parecerá que la razón rebelde ha vencido pero su alegría será corta, la justicia de la Intuición la dominará.

La Intuición ha venido para borrar de la superficie de esta tierra todas las doctrinas y reglamentos humanos.

La razón rebelde da al mundo una porción de racionalismo y naturismo: una mentira, un alimento profano.

De la misma boca de la razón rebelde salen bendiciones falsas y maldiciones verdaderas.

La razón rebelde se ha vuelto contra la Intuición con plena conciencia de arruinar su fe. Su intención es deformar los mensajes de la Intuición y hacer de ella una teoría racional, la teoría de un filósofo simulando sabiduría.

La razón debe volver a su juicio y darle la cara a la Intuición que no necesita de filósofos ni de sabios ni tampoco maestros.

La razón rebelde únicamente está llena de creencias antagónicas del “conocimiento”, que no es en absoluto Conocimiento. A la hora de juzgar, condena y discute sobre las palabras y no deja de plantear cuestiones, sin darse cuenta de que es presa de la mentira.

El espíritu del racionalismo es un espíritu rebelde que manda vivir una vida sensual, una vida sin meta, una vida atea, cambiando la santidad por la perversión. El racionalismo ha cerrado las puertas del corazón a la razón.

El lenguaje de la Intuición puede sonar ilógico para la razón. La profecía es la sierva de la Intuición. Nunca vino una profecía por iniciativa humana.

El materialismo cambió de dirección a la razón aunque todavía hay esperanza de reconciliación entre la razón y la Intuición.

El creer de la razón en la Intuición es una gracia que la Intuición concede. Tener fe es también una gracia que da la Intuición. La razón que acepta el testimonio de la Intuición está dando fe de su veracidad.

En el racionalismo la Intuición murió por la razón. Cuando la razón cerró su corazón, cortó sus lazos y se distanció inmediatamente de la Intuición. Su sentido de lo que es correcto

o no se oscureció y obedeció a la mentira.

La razón intuitiva no debe prestar atención a las conclusiones de los teólogos sino entender que los cálculos humanos y las doctrinas de los hombres han hecho de la razón un desierto devastador.

La pureza de la razón puede manifestarse solamente si imita a la Intuición. Imitarla está dentro de sus facultades. La razón intuitiva no pertenece al mundo, pertenece a la Intuición pura. La razón intuitiva es una razón nacida de nuevo. La razón nunca más será “yo”; su “yo” no existirá más. La Intuición borrarán su “yo” enteramente.

La Intuición hará que la razón sienta aversión a todo lo que sea contrario a la voluntad intuitiva. La cribará del todo para estar segura de que ningún rival permanezca dentro. Aceptar falsas acusaciones y no ponerse violenta por ello es algo que fortalece a la razón.

La Intuición pura es perfecta. Si se lo permite la razón, la Intuición despertará en ella un anhelo por su propia perfección. La razón intuitiva es expuesta como una señal de rechazo. El rechazo a la unidad de la razón y la Intuición.

Sin la Intuición la razón está sola y no puede hacer nada; no podría ni siquiera llegar a dominar sus pensamientos.

La razón está edificando sus expectativas sobre la humanidad basadas en una mentira al creer que puede lograrlo todo con su propia fuerza.

La razón va descarriada en la dirección que actualmente sigue yendo en busca de asientos y autoridad.

La Intuición quiere de la razón que tenga fe en sus convicciones y sea sincera con respecto a ella. La Intuición no está nunca ausente y la razón debe concentrarse en su presencia. Es la razón la que oscurece la luz en sus ojos por la acumulación de sus pecados y las impurezas que absorbe cada día hasta el punto de volverse ciega.

La Intuición puede usar a la razón incluso con sus imperfecciones. La Intuición nunca violará la libertad de la razón. Le permite escoger y se alegra cuando la elección es correcta.

Mientras que la razón lucha por ser algo, la Intuición que quiere vivir en ella es relegada por su rivalidad.

La mentira de una razón rebelde puede sacar una acusación de nada contra alguien para destruirla. Uno de sus actos más perversos es sugerir toda clase de ideas a la razón dormida que la llevan a la agitación y total desasosiego. Es por esto que la razón tiene que mantenerse despierta.

Una razón prudente no desprecia jamás una advertencia de la Intuición, sólo la razón orgullosa desconoce el temor. Si la razón echa raíces en la Intuición producirá frutos.

El racionalismo sigue sus propias ideas irracionales. Es el espíritu de rebelión que pretende

ser igual a la Intuición pura, o sea, Dios. Es el espíritu que hace creerse a la razón autosuficiente y que puede conseguirlo todo por su propio esfuerzo. El racionalismo empaña el espíritu, embota el discernimiento y mata la humildad.

La razón intuitiva defiende siempre la verdad hasta la muerte.

La razón debe inclinar su cabeza, rebajarse para que pueda elevarse hacia la Intuición y ésta pueda derramar su luz trascendente. La razón debe procurar que la luz dentro de ella provenga de la Intuición. Sólo así entenderá por qué la humildad permitió ser deshonrada, desfigurada, despreciada.

La Intuición se propone liberar de las garras de la mentira y restaurar la memoria de la razón. La razón intuitiva es el signo de unidad que rechaza esta generación racionalista. Un signo de unidad mofada y rechazada por la propia razón.

La Intuición llora por la excesiva arrogancia de la razón. Para que la intuición retire el espíritu de letargo de la razón ésta debe admitir sinceramente su indignidad. La razón debe ser el eco de la Intuición.

Los dones espirituales de la Intuición serán difíciles de comprender mientras la razón piense y venga a ella como se enseña la filosofía. La razón ha perdido el sentido del lenguaje de la Intuición. Mientras la razón se alegre de su división con la Intuición estará bajo el poder de la mentira.

Donde hay desconfianza y un modo de ver racional hay también disputa y contienda. La Intuición tiene la intención de enseñar un juicio razonable a la razón ignorante. La razón no debe estar sujeta a sus propios pensamientos, no debe ceder a su propia mente.

La razón ha abusado de la libertad que la Intuición le ha dado destruyéndose a sí misma. La Intuición ha venido a enseñar a la razón el sano juicio y recordarle su Conocimiento, liderazgo y servicio.

La razón debe abstenerse de crítica, para que su lengua no divida. La Intuición es la morada que está en la habitación interior de la razón. La Intuición talla y forma a la razón según la figura que tiene en mente. La razón debe morir y tomar como ejemplo de dignidad a la Intuición.

Ya que la razón es incapaz de dignarse inclinarse hacia abajo, la intervención de la Intuición es necesaria. El íntimo núcleo de la Intuición anhela la perfección de la razón. La Intuición exige la pureza de la razón.

La razón profana el santuario de la Intuición con su espíritu de rebelión, rigiendo el mundo para vivir una vida sin Dios. La razón rebelde debe entrar en razón. Sus padecimientos le enseñarán a ser paciente. La paciencia acarrea perseverancia y ésta esperanza. La Intuición

renovará la mente de la razón de tal manera que será triturado su viejo yo.

La Intuición ha enviado a la razón a segar una cosecha para la que no ha trabajado.

El Conocimiento de la Intuición es evitar toda maldad. La Intuición salvará a la razón por medio de su misma desgracia, usando la aflicción para abrir sus ojos.

Mientras los pensamientos de la razón se mantengan terrenales, será incapaz de captar las cosas de la Intuición.

La razón que ama la disciplina, ama el conocimiento. Estúpida es en cambio la que odia la corrección.

Que la razón hable con sensatez y que sus pensamientos sean dignos de la sabiduría es algo que concede la Intuición. Si permanece como un espejo sin empañar, la razón reflejará la imagen de la Intuición.

Que el celo de la razón no se convierta en fanatismo. La razón intuitiva continuará escandalizando a los filósofos y a la arrogante sociedad. La razón que siembra división cosecha destrucción y la que siembra prejuicios recoge locura. La razón intuitiva es un signo de unidad.

Si la razón permite permanecer en ella a la Intuición aunque esté todavía moviéndose entre los hombres su mente estará en lo trascendente.

La razón intuitiva no justifica una filosofía al modo de los eruditos con su propio espíritu racionalista, no sigue una filosofía basada en la mente del hombre.

El objeto de la razón intuitiva debe ser permanecer en la verdad y nunca dar asidero a la mentira con un espíritu racionalista, evitando cualquier tendencia a la autoestima.

La manera de razonar intuitiva es distinta que la manera de razonar humana.

La razón debe ser pura para poder enfrentarse a la Intuición con buena conciencia.

Engañada por la mentira la razón rebelde promueve el error y el liberalismo, desafiando a la verdad de la Intuición.

La Intuición no se preocupa por el mañana; cada día tiene bastante con su inquietud.

La razón que no sigue a la Intuición sigue ideas ilusorias. La razón que no comprende a la Intuición se convierte en la víctima de su pensamiento y de su propia falta.

La razón encontrará en la Intuición su realización.

La razón no debe permitir a su mente vagar afuera por el mundo puesto que del mundo no recibirá nada. La razón debe olvidarse de sí misma, desaparecer enteramente, llegando a ser como una sustancia líquida, de tal modo que pueda fluir dentro de la Intuición llegando a ser un espíritu con ella.

La razón debe permitir a la Intuición penetrar en su intelecto para darle una sublime luz de conocimiento.

La Intuición revelará la parte más íntima del corazón de la razón.

La Intuición diviniza a la razón que ya no hablará con su propia mente sino de la manera que la Intuición hablaría.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUSTÍN.** *La Ciudad de Dios. Obras completas de San Agustín.*
Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos. 1988.
- AQUINO, Tomás.** *Suma de Teología.*
Madrid, B. A. C., 1994.
- CATECISMO.** *Catecismo de la Iglesia Católica. Madrid, Asociación de Editores del Catecismo, 1992.*
- GIUSEPPE BUCCI, Bernardino. Luisa Piccarreta.**
<http://www.divinewill.org/Spanish%20Page/benardino-giuseppe-bucci.htm>
- KÜNG, Hans.** *El cristianismo. Esencia e historia.*
Madrid, Editorial Trotta, 1997.
- MICHELINI, Ottavio.** *Confidencias de Jesús a un sacerdote.*
<http://personal2.iddo.es/jlto/Michelini.htm>.
- PABLO II, Juan.** *Cruzando el umbral de la esperanza. Barcelona, Plaza & Janés Editores, S.A.,1994.*
- RYDEN, Vassula.** *La verdadera vida en Dios.*
<http://www.tlig.org/spmsg/spandex.html>
- VALTORTA, María.** “*El Evangelio como me ha sido revelado*”
Volúmenes:1,2,3 y 4. Italia, Centro Editorial Valtortiano srl, 2002.